
SERIE
MINDF*CK
LIBRO 4
MEN
TI
RAS
S.T. ABBY

SERIE
MINDF*CK
LIBRO 4

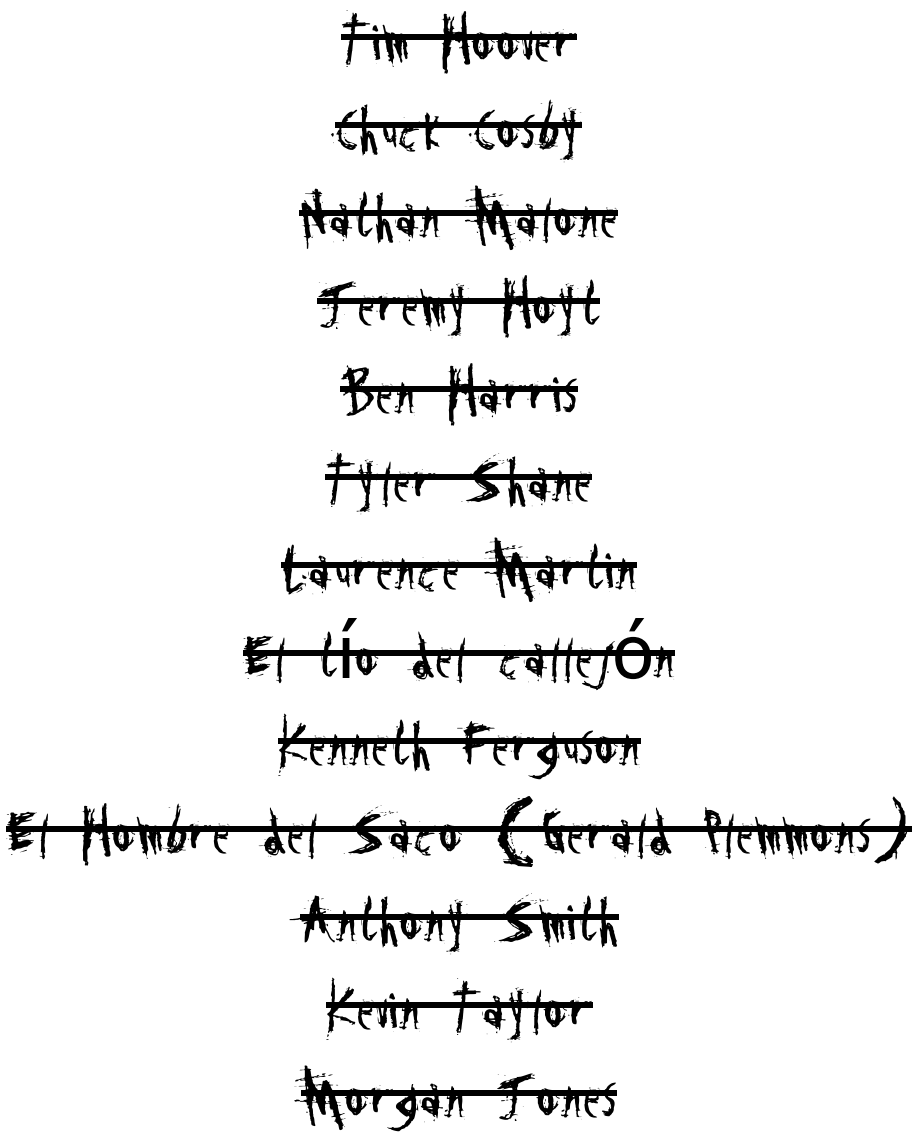
MENTIRAS

S.T. ABBY

Traducido del inglés por Gema Pereira Silvestre

CONTRALUZ

Esto es para las que han perdido la voz.
Esto es para las que desearían ser Lana Myers.
Esto es para aquellas de las que la gente todavía habla entre susurros.
Esto es para las que luchan cada día por olvidar.
No estáis solas.



«Es preciso que en los gobiernos haya pastores y carniceros».

—Voltaire

Si Logan y yo gobernáramos el mundo juntos, Voltaire nos consideraría la combinación perfecta.

Puede que mi lista haya aumentado, pero voy tachando nombres sin descanso. Casi ha llegado el momento de dar el último golpe. Es hora de que pierdan la vida a manos de una chica muerta que olvidó lo que era ser débil.

Me muero de ganas por verlos arder.

Capítulo 1
Logan

A los vivos les debemos respeto,
a los muertos solo la verdad.
—Voltaire

—Marcus Evans… Ese chico era un trasto cuando era pequeño, pero también un encanto. Y Victoria… siempre se comportaba como su sombra. Adondequiera que fueran Marcus y Jacob, ella los seguía. A ellos no les importaba. Los chicos solo le sacaban un año a Victoria. Y Robert, bueno, hizo todo lo que estuvo en su mano para darles amor a esos niños. Jacob pasaba más tiempo en su casa que en la suya propia porque era un hombre de los que ya no quedan, lleno de fuerza y compasión.

Diana Barnes se aclara la garganta y la observo mientras se levanta para servirse un vaso de agua.

—¿Queréis beber algo?

—No, señora —decimos ambos al unísono.

Su piel color chocolate destaca en contraste con el vestido de tono marfil que le llega hasta las rodillas. Es una mujer elegante y de aspecto atemporal, con ojos melancólicos. Los mismos que mi Lana.

Solo que, a diferencia de Lana, estos esconden también un sentimiento de culpa. Tiene una actitud hastiada y severa, como si se obligara a sí misma a sobrellevar cada día.

—¿Tenéis hijos? —nos pregunta cuando vuelve, y se sienta con el vaso de agua, alimentando el suspense.

—No, señora —volvemos a decir a la vez.

—Apuesto a que ambos disfrutáis de la soltería y pensáis que el tiempo nunca os pasará factura.

Donny se mueve incómodo en su asiento, pero yo me limito a sonreír.

—No estoy casado, pero tampoco soltero.

Me observa atentamente durante un momento.

—A Victoria le habrías caído bien. La crio su padre después de que muriera su madre cuando tenía diez años. Compartía casa con dos hombres, de modo que se sentía más cómoda con amigos que con amigas. Era más selectiva con sus amigos de lo que lo era con sus novios. Aunque nadie podría haberlo imaginado.

Me inclino hacia delante.

—¿Imaginar qué?

—No. Me estoy adelantando. Primero debéis saber que Robert murió en la celda la noche en la que lo acusaron de crímenes que *no pudo* cometer. Intentaron por todos los medios inculparlo, como si eso fuera a borrar los asesinatos y permitir que todos pudieran seguir con sus vidas.

Bebe un sorbo de agua y yo me abstengo de pedirle que vaya al grano.

—Robert pasaba todas las noches con sus hijos. Incluso mi niño estuvo con ellos muchas de esas noches. Jacob, por supuesto, también los acompañaba casi siempre. Robert cocinaba, limpiaba y cuidaba a esos críos, y normalmente invitaba a otros a su casa para pasar el rato. Era tan buena persona y tenía un hogar tan acogedor que la gente no podía resistir-se. El padre de mi hijo se marchó cuando él era muy pequeño. Robert siempre habla-
ba con él como si fuera hijo suyo, y siendo madre soltera y trabajadora, toda ayuda era bien recibida. Yo le devolvía el favor cuando podía.

Se detiene para contener las emociones que no había detectado en su voz. Se le enturbia la mirada.

—Él no pudo haber violado y matado a esas mujeres. Ni siquiera era capaz de levantarle la mano a sus propios niños. Mi hijo lo vio. Jacob lo vio. Muchas de las noches en las que ocurrieron esos asesinatos, él estaba en casa con ellos y otros dos críos más. No sirvió de nada. No admitieron los testimonios de los testigos oculares ni los aceptaron como coartadas en el juicio.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunta Donny, confundido.

—Porque entonces no podrían condenarlo por unos asesinatos que no cometió —dice como si se tratase de algo obvio y fuese absurdo preguntarlo siquiera.

Donny se reclina, indignado. No con ella, sino con la situación. Sabe cómo es Johnson. Hará que cualquier cosa parezca válida y se saltará todas las normas necesarias para encerrar a quien él considera sospechoso.

—¿Y el tribunal respaldó esa circunstancia?

—El tribunal. El *sheriff.* Todo el mundo. Estuvieron interrogándolo durante cinco días seguidos. Lo encerraron en esa celda obviando todos sus derechos. No dejaron entrar a su abogado. Luego mintieron y dijeron que nunca llegó a solicitar asistencia legal. Fue una caza de brujas desde el principio. Era más fácil culpar al conserje de la escuela, que no tenía más familia en este pueblo que sus hijos. Ese tal Johnson lo señaló como culpable y, a partir de ese momento, lo arreglaron todo para que así fuera. El *sheriff* lo respaldó en todo momento.

El perfil original era el de un sádico sexual. No suelen tener hijos, y, si los tienen, no mantienen una relación cercana con ellos. No son cariñosos ni afectuosos. Johnson describió al sospechoso como una persona solitaria, y este no sería el caso.

El hecho de que no hubiera señales de haber forzado la entrada significa que era agradable y cercano, probablemente alguien en quien confiaban. De ahí que el culpable fuese alguien del pueblo. La habilidad de Johnson para inculpar a otro lo convierte en un narcisista, y el pueblo le siguió el juego y le otorgó el poder que realmente satisfacía sus deseos.

Y engañar al mundo supuso el culmen de la euforia.

—¿Alguien le guardaba rencor a Evans antes de esa noche?

—No —dijo, y se rio por lo bajo—. Ese hombre era un santo. Si alguno de los alumnos sufría un accidente en la escuela, él se encargaba de limpiarlo y de decirle que se fuera antes de que alguien lo viera. No quería que se sintieran avergonzados, y sabía que los críos podían ser crueles. Sus propios niños eran objeto de burlas por ser los hijos del conserje.

Me recuesto, tratando de averiguar qué carajo llevó a Johnson a insistir tanto en señalar a este tipo como el sospechoso. Hasta un tipo como él tiene corazón.

—¿Y qué hay del *sheriff?* ¿Tenía alguna rencilla con él?

Ella tensa los labios.

—El *sheriff* estaba demasiado empecinado en encontrar a alguien, a cualquiera, que pagara por lo sucedido. Su hija fue una de las primeras víctimas. El verdadero enfermo, el demonio que la mató…, la dejó en medio de la calle para que todos la encontraran a la mañana siguiente. Estaba desnuda y había sido brutalmente violada. Le habían arrancado la piel, y murió desangrada durante la noche.

Donny traga saliva con dificultad y yo me dejo caer sobre mi asiento, sin entender cómo es posible que algo así no figurara en los informes del caso. El *sheriff* tendría que haberse mantenido al margen de la investigación. Además, eso reduce la probabilidad de que sea el principal sospechoso, que era la hipótesis por la que me inclinaba.

—Tenía dieciocho años —continúa Diana, conteniendo un sollozo—. El *sheriff* perdió la cabeza después de eso. Después de ver eso. Era lo más espantoso que le había pasado a este pueblo hasta entonces. Y, a partir de ahí, las cosas no hicieron más que empeorar. Un domingo por la mañana, antes de que empezara la misa, apareció un cadáver en las escaleras de la iglesia. Se encontró otro en las de la escuela, a la vista de los niños. Era Ilene Darvis. Una maestra de guardería. Solo tenía veintitrés años.

Tiene que interrumpirse para sonarse la nariz porque ahora las lágrimas le caen sin control.

—En fin, la noche en la que condenaron a Robert, se suponía que debían trasladarlo a prisión. Vinieron escoltas y todo. Lo encontraron colgado en su celda a la mañana siguiente, después de haber retrasado el traslado. Nadie en su sano juicio creería que ese hombre se ahorcó cuando estaba desesperado por presentar una apelación. Lo que quería es que de verdad se hiciera justicia. No morir así. Nunca pude averiguar lo que pasó realmente. Espero que vosotros lo hagáis.

Donny aprieta los puños. Siempre resulta doloroso escuchar cómo la vida de un hombre inocente queda destrozada por culpa del ego de otro. Johnson destruyó muchas vidas.

—Un par de días más tarde, cuando los chicos volvían a casa, Victoria se pasó por aquí. Yo estaba a su lado cuando sonó el teléfono. Kyle llamó a Victoria para decirle que podía conseguir que viera el cadáver de su padre, ya que aseguraron que no podían entregárselo. El *sheriff* dijo que no tenían dieciocho años y que, al no haber nadie mayor de edad que pudiera reclamar el cadáver, el ayuntamiento tenía derecho a deshacerse de él. Me ocupé de aquello más tarde, demasiado tarde.

Exhala un suspiro tembloroso, como si se estuviera preparando para afrontar lo que viene después.

—Victoria había estado saliendo con Kyle, y entregó a ese chico mucho más de lo que debería. A él no le gustó demasiado que rompieran la relación, pero no sacó el demonio que llevaba dentro enseguida. Hasta ese punto era manipulador y calculador. Solo había salido con él durante unos meses, y fue uno de los pocos novios que tuvo. Su padre le hizo entrar en razón cuando se dio cuenta de lo mal que la trataba Kyle. Ella nunca dijo por qué rompió con él, pero Kyle nunca le había dado motivos para no confiar en él. Hasta aquella noche.

El teléfono de Donny suena, pero él lo ignora. Cuando empieza a sonar el mío, lo pongo en silencio. Ninguno de los dos nos vamos a marchar hasta que hayamos conseguido respuestas. Solo es Johnson intentando averiguar qué estamos tramando.

—Victoria fue a reunirse con él, y Marcus la siguió porque también quería ver a su padre. Necesitaban una explicación. No dejó ninguna nota. No se despidió. Sencillamente murió, y lo tacharon de suicidio. Por una vez, Jacob no estaba con ellos y, afortunadamente, mi hijo tampoco.

Se rompe, y solloza desconsolada.

—No debería haber sentido alivio cuando esos pobres niños sufrieron, pero me alegré mucho de que no se hubieran ensañado también con mi hijo.

Ahora apenas se la entiende por culpa de las lágrimas, que caen sin cesar mientras los sollozos sacuden su cuerpo. Donny me mira, con pavor en los ojos.

Sabíamos que había habido una agresión. Sabíamos que era de índole sexual.

Pero ahora estoy empezando a atar todos los cabos de los asesinatos.

Diana consigue calmarse casi como por ensalmo, entre hipidos.

—Y Kyle, madre mía, ese chico era pura maldad —dije, ahora con tono enfadado—. Se reunieron con él al final de la calle Belker, pero no iba solo. Llevó consigo a varios voluntarios para que lo ayudaran a castigar al «asesino» por medio de sus hijos.

En la calle Belker es donde apareció el mensaje sobre los ángeles como un presagio de lo que estaba por venir.

—Se abalanzaron sobre ellos. Los tiraron al suelo. Los desnudaron en medio de la calle. Después, se los fueron turnando.

Tiene que parar cuando la asalta una arcada y gira la cara.

Donny está blanco y tiene los puños apretados. A mí se me ha tensado todo el cuerpo.

—¿Cuántos eran? —pregunta Donny en voz baja.

—Trece en total —dice, todavía entre sollozos—. El único… que no pudo hacerlo… fue Dev. Aunque se quedó allí de pie. Y cuando todo terminó, me lo contó. El chico estaba tan trastornado que tuvo que recibir terapia durante más de un año. Después se unió a un grupo de la Iglesia que se dedica a viajar por todo el país difundiendo la palabra de Dios. Por eso lo sé.

—Entonces doce de ellos se turnaron para violarlos —afirma Donny, con un tono calmado que no puede ocultar la ira latente que comparte conmigo.

—Una, y otra, y otra vez —gruñe, y sus lágrimas caen con furia—. No pararon. Esos chicos se quedaron tirados en la calle durante horas, desangrándose y pidiendo ayuda a gritos. Y no acudió nadie. Pero eso no es lo peor.

No sé cómo puede empeorar el asunto.

—Lawrence, Morgan y Kyle eran los peores, las almas más oscuras del grupo. Cuando se cansaron de violarlos, Kyle entró en

una casa y pidió prestado un espejo de cuerpo entero. Los Whisenant les entregaron el espejo como si no supieran lo que estaba pasando justo delante de su casa. Kyle regresó, le dio el espejo a Morgan y Lawrence levantó a Marcus de un tirón.

El teléfono vuelve a sonar, pero lo silencio una vez más sin molestarme en mirar la pantalla.

—Kyle sacó una navaja e hizo que Morgan sujetara el espejo detrás de Victoria. Quería que Marcus viera lo que pasaría a continuación. Entonces Kyle le dijo a Marcus que «se follara» a su hermana. Que violara a la carne de su carne. Si no lo hacía, le cortarían el pene para que nunca más pudiera usarlo.

Se me revuelve el estómago y Donny sofoca un sonido ahogado.

—Marcus se negó, les dijo a todos que se pudrieran en el infierno y que hicieran con él lo que quisieran. Kyle deslizó el cuchillo por la cintura de Marcus y le hizo un corte antes de advertirle de que era su última oportunidad. Le dijo que, si estaba lo bastante enfermo como para disfrutar de las relaciones anales, también lo estaría para abusar de su hermana. Marcus le escupió en la cara. Y Kyle cumplió su amenaza. Lo castró allí mismo, en mitad de la calle.

Hago todo lo posible por no salir corriendo. No quiero saber nada más. Joder, no sé si podré volver a mirar a alguien de este pueblo sin aborrecerlo por haber ayudado a ocultar esto.

¿Por qué Diana no dio un paso al frente antes?

Cuando vuelve a recomponerse, continúa:

—El espejo se cayó y se hizo añicos. A Victoria ya le habían dado tal paliza que le habían desfigurado la cara hasta dejarla irreconocible. Le habían estampado la cabeza contra el suelo, le habían dado puñetazos, y un sinfín de cosas más. Cuando el cristal se rompió, la arrastraron por encima y luego Kyle le clavó la navaja en la cintura. Después agarró un trozo del espejo, le mostró el aspecto que tenía y le clavó el cristal. Lo último que le dijo antes de marcharse fue que había muerto como una puta monstruosa. Los dejaron en la calle para que se desangraran.

—Entonces Marcus consiguió salir del condado con su hermana para intentar salvarse —digo en voz baja—. Porque el *sheriff* es dueño de todo cuanto existe en el condado de Delaney.

Ella asiente despacio y luego sacude la cabeza.

—Marcus sabía que él no sobreviviría. Solo intentaba salvarle la vida a su hermana. Ninguno de ellos consiguió salir del hospital. Y este pueblo se quedó sin alma. Todos nos convertimos en cascarones vacíos, dominados por el miedo.

—¿Por qué no se lo contó antes a nadie? —pregunta Donny, intentando que su voz no suene acusatoria.

Ella nos dedica una mirada sombría y seria.

—Aquellos que lo intentaban acababan desaparecidos o muertos. Lindy May Wheeler trató de detenerlos esa noche. Corrió hacia ellos, pero Dev la agarró, la metió en un coche y la encerró dentro hasta que terminaron. Estaba casada. Y luego supe que Kyle le dijo a su marido que se había acostado con su mujer…, que ella lo había seducido. Antonio la dejó, y nadie la creyó cuando dijo que Kyle la había violado varias veces. Su padre tuvo que llevársela fuera de la ciudad por miedo a que la mataran.

Se me hiela la sangre, y Donny me mira a los ojos. Lindy May Wheeler. La mujer a la que nuestro sujeto eligió para hacerse cargo de una niña rota a la que se tomó el tiempo de salvar de un verdadero monstruo.

Diana no se da cuenta de la mirada que nos echamos.

—Amenazaron a mi hijo. Iba a ir a la universidad en menos de un año. Me dijeron que no llegaría a terminar ni el instituto si les causaba algún problema. Los creí. Sigo haciéndolo. Por eso lo he mandado a casa de su novia. Esa chica gana mucho dinero y tiene el mejor equipo de seguridad de Nueva York.

—Muchos de los sospechosos abandonaron el pueblo —me dice Donny.

—No tuvieron más remedio —interviene Diana—. Para el *sheriff* la única forma de mantener a la gente asustada, pero evitar que se fueran de aquí, era expulsar a todos menos a su hijo de este pueblo. Su hijo es el peor, pero a él no lo van a desterrar. Y el resto no se opuso a irse porque les sobornó bastante bien.

—Kyle Davenport es el hijo del *sheriff*. Con razón está encubriendo todo esto —dice Donny, que suspira con pena.

—¿Encubriéndolo? —pregunta ella con incredulidad—. Lo orquestó él mismo. Mandó a sus ayudantes a recorrer casa por casa para decir que, si oían algo, se quedaran dentro. Si no obedecían, habría consecuencias. Incluso envió un mensaje por televisión para informarnos de un toque de queda inmediato: nadie podía salir después del atardecer hasta que se indicara lo contrario. Ayudó a su hijo a planearlo y luego le dejó hacer lo que él no se atrevió.

—¿Por qué? —pregunta Donny.

Pero yo ya sé la respuesta antes de escucharla.

—A su hija la violaron, torturaron, mancillaron y humillaron incluso después de su muerte. Para el *sheriff,* Robert Evans fue el culpable. Pero matar a aquel hombre no le bastó. Tuvo que machacar a sus hijos antes de matarlos también. Dijo que el mundo necesitaba purificarse de los demonios que lo habitaban. Sin embargo, nunca ve la maldad en los ojos de su propio hijo. Incluso la madre de aquel chico sabía que no era buena persona.

De nuevo me suena el teléfono, pero, como todavía no he terminado, lo ignoro una vez más.

—Kyle era un monstruo a la espera de ser liberado. Una vez que ese tipo de maldad se desata, no hay forma de volver a controlarla.

En eso estoy totalmente de acuerdo con ella. Ha violado al menos a tres personas, que sepamos, incluido un hombre.

—Vosotros queréis detener a un asesino por hacerle daño al pueblo. Pero yo solo quiero que a esos niños por fin se les escuche. La gente se está muriendo por haber guardado este secreto durante tanto tiempo.

—¿Quién es Dev?

—Devin Thomas. El hijo del juez —dice sin pensar.

Mientras me levanto, la miro y recito los nombres que conocemos, ahora con dos de los que aún no teníamos constancia.

—Tim Hoover. Chuck Cosby. Nathan Malone. Jeremy Hoyt. Ben Harris. Tyler Shane. Lawrence Martin. Anthony Smith. Kevin Taylor. Morgan Jones. Kyle Davenport.

Ella me mira a los ojos.

—Jason Martin. Es el primo de Lawrence. Ahora vive en Carolina del Sur. Trabaja allí como promotor inmobiliario. Era el duodécimo.

—Gracias por compartir esto con nosotros.

—Solo necesito saber que haréis algo más que escucharlo.

—Eso es lo que pretendo —le digo con honestidad.

Donny me sigue hasta la puerta y yo me giro para mirarla una última vez.

—¿Cómo murió la madre de Victoria y Marcus?

—En un accidente de coche —dice con un suspiro—. Una pareja adinerada de un pueblo cercano se la llevó por delante después de emborracharse en una fiesta. Creo que su apellido era Carlyle. Dejaron huérfana a su propia hija en aquel accidente y asesinaron a una mujer estupenda que solo intentaba volver a casa con sus hijos después de un largo día en el hospital.

Parece que a esa familia la vida no le daba tregua.

—¿Era enfermera? —pregunto, aunque no sé por qué quiero saberlo.

—No. En realidad, trabajaba como forense en el mismo hospital donde murieron los chiquillos. Supongo que esa fue una de las razones por las que decidieron acudir a ese centro. Su madre era una mujer querida allí y contaba con muchos amigos.

Asiento en señal de comprensión y nos damos la vuelta para marcharnos.

—Esa noche actuaron con mentalidad de manada —susurra Donny cuando salimos y cerramos la puerta.

—Y Kyle era el alfa más dominante. Es más una mentalidad de manada propia de la cárcel: unirse para no convertirse en el señalado.

—Algunos apenas tenían quince años —gruñe Donny.

—Los adolescentes son más fáciles de manipular y controlar. Admiraban a tres de ellos: Lawrence, Morgan y Kyle. Pero Kyle era quien tomaba la mayoría de las decisiones. Puede que esa noche, con tantos líderes, alguno hubiera acabado enfrentándose a él.

—No que sepamos. Morgan y Lawrence ya están muertos.

—Devin. Tenemos que encontrarle.

—Se marchó después de encerrar a Lindy May. ¿Y si hubiera vuelto y lo hubiera visto todo? ¿De qué otra forma habría podido conocer Diana el resto de la historia?

Aprieto los labios. Yo también me he dado cuenta. Pero Diana no ha llegado a explicarlo.

—¿Pudimos interrogar a los que estaban de guardia en el hospital la noche que ingresaron los chicos? —le pregunto a Donny.

—No. Han pasado más de diez años. Fue una suerte que nos diesen la información que tenían.

—¿Por qué no le dijeron a nadie que les habían hecho daño? —le pregunto.

Se encoge de hombros, y de repente parece que toda su energía se ha esfumado. Siento como si yo también me hubiera drenado.

—No tengo ni idea, pero lo que sí sé es que Johnson estaba al tanto de esto. A Kyle le asignaron protección.

—Necesitamos más que el testimonio de una sola mujer. Ni siquiera fue testigo ocular. Y si nos enfrentamos a Johnson, también lo haremos con el director McEvoy. Necesitaremos pruebas sólidas. Mientras tanto, tenemos que determinar el resto de los objetivos y qué fue lo que mató a Robert Evans en realidad.

—Jamás en mi vida me había planteado si estaba en el lado correcto de la ley. Hasta hoy —confiesa en voz baja.

Los asesinatos por venganza siempre hacen que nos cuestionemos nuestra postura.

—No se conformará con los que mataron a estos críos —le recuerdo.

—Abrió alguna que otra puerta, pero no tocó a nadie. Robó varios espejos, le echó tinta a un poco de agua y jugó con pintura. Podría haber matado a mucha gente, pero no lo ha hecho.

—Los está aterrorizando. Es su forma de vengarse de todo el pueblo. Sabe cómo funcionan sus mentes. Llevan diez años arrastrando la culpa de conocer esta historia y no haber hecho nada al respecto. Creen que lo que está ocurriendo ahora mismo es algo sobrenatural.

—¿Por qué tengo la sensación de que no ha hecho más que empezar? —se cuestiona Donny mientras nos montamos en el SUV.

—¿Por qué Kyle Davenport no comparte apellido con su padre? —pregunto.

Saca el iPad y lee algo.

—Aquí dice que su madre era Jane Davenport. El *sheriff* no sabía siquiera de la existencia de Kyle hasta que Jane apareció un día en el pueblo con el niño a cuestas y le entregó la custodia.

Levanto las cejas.

—¿Cómo dices?

Sacude la cabeza, silbando por lo bajo.

—De alguna manera, Hadley sacó todo esto a la luz. Kyle es un maldito enfermo. Empezó a torturar y matar animales a los cinco años. A los siete, su madre decidió que no podía con él. En medio de una rabieta, la hirió con un cuchillo. Ella se lo entregó al *sheriff,* quien se alegró mucho de despojarla de cualquier derecho de custodia, y ella permaneció en el pueblo viendo crecer a su hijo desde la distancia. Apuesto a que su vida fue un infierno.

—¿Dónde está ahora?

Frunce el ceño.

—Muerta. Falleció hace diez años, poco después de que empezara el juicio de Robert Evans.

—¿Por qué me da que no se trata de una coincidencia? —me quejo.

—Porque todo lo que ocurre en este dichoso pueblo está vinculado de alguna forma con esa pesadilla.

Justo cuando arranco el coche, levanto la vista y veo un destello rojo. Rápidamente, vuelvo a salir y me subo al capó para poder contemplar los tejados de los edificios a lo lejos. Desde aquí diviso el ayuntamiento.

En el lateral del tejado hay un mensaje escrito en rojo:

ES DIFÍCIL LIBERAR A LOS NECIOS
DE LAS CADENAS QUE VENERAN.

Donny trepa hasta quedar a mi lado y exhala profundamente.

—¿Primero cita la Biblia y ahora a Voltaire? ¿Qué pretende con esto?

—No tengo ni idea —respondo, y me bajo de un salto—. Aunque creo que está bastante claro lo que significa cada uno de los mensajes por separado.

En ese momento, vuelvo la cabeza hacia el altavoz del poste, porque empieza a sonar una canción: «Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco y te llevará. Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá…».

—Eso no es para nada siniestro, qué va —exclama Donny con un estremecimiento mientras suena la canción infantil interpretada por una voz femenina.

Aquellos que están en la calle se vuelven para mirar al altavoz más próximo, y todos ellos palidecen.

—¿Crees que viene a purgar al pueblo?

Aprieto los labios.

—Está mostrando mucho control. No creo que quiera hacer ninguna purga, sino que pretende que confiesen. Ha venido porque nosotros estamos aquí. De lo contrario, habría matado al último de la lista que no está en este pueblo. Ha venido cuando lo hemos hecho nosotros.

—Pero ¿por qué?

—Cuando lo averigüe, te lo haré saber —le digo, y me alejo conduciendo de la casa en la que nos han lanzado una bomba para la que no estaba preparado.

Capítulo 2

Lana

Para el malvado, todo sirve como pretexto.
—Voltaire

—¿Cómo está tu padre? —le pregunto a Jake mientras recorre la habitación y conecta un último monitor.

—Ha vuelto a tomarse la medicación. Tú sabes tan bien como yo lo mucho que hiere su ego estar enfermo. Pero está controlado. Ahora podemos centrarnos en esto.

Observo la cara de Logan cuando sale de la casa de Diana y sé que le ha contado todo lo que sabe.

—Yo vigilaré la casa de Diana por si se les ocurre hacerle algo —me dice Jake, rozando mi hombro con el suyo al sentarse a mi lado, con la mirada fija en los múltiples monitores que tiene repartidos por las paredes de esta antigua cabaña de cazadores.

El FBI vino y lo revisó todo esto, y *entonces* Jake montó nuestro cuartel general temporal en la cabaña de su padre, que llevaba años vacía.

Asiento con la cabeza en señal de agradecimiento, pero no puedo apartar la mirada de Logan al ver el dolor reflejado en sus ojos. Dolor por una niña a la que nunca conoció. Dolor por un niño al que nunca conocerá. Dolor por un pasado que me ha perseguido durante diez años.

Y eso que todavía no ha conseguido reunir todos los detalles. Aún queda mucho por saber.

—Encontrará las pruebas necesarias, Lana. Tenías razón sobre él. Está hecho de otra pasta.

Demasiado bueno para verse mancillado por el ser oscuro en el que me he convertido.

—Sé que lo hará. Así se limpiará el nombre de mi padre, al menos ante la gente de este pueblo que lo condenó.

—Y Marcus obtendrá su venganza desde la tumba —añade en voz baja, dando paso a la música, que hace que todo el pueblo se detenga casi de inmediato.

Solo aquellos que son demasiado jóvenes para recordar el sonido de la voz de mi madre cantando esa canción en el escenario de la iglesia son capaces de ignorarla. Pero a todos los demás se les ve cada vez más aterrorizados.

Aterrorizados de que los muertos hayan vuelto a por ellos.

—¿Alguna vez te has preguntado dónde estaríamos ahora si a mi padre no lo hubieran condenado por aquellos asesinatos? —le pregunto en voz baja.

—No, porque si empiezo a preguntarme cosas, no terminaría nunca —dice Jake sin pensárselo dos veces.

Tendré que deshacerme del olor a humedad de la cabaña antes de irme.

—Lo estoy poniendo en peligro al dejarlo ir en busca del tesoro —le digo a Jake mientras subo el volumen del monitor en el que habla el *sheriff*.

—Tú le cubres las espaldas —dice Jake, y le tiemblan los labios al ver que el *sheriff* se pone blanco como la cal cuando oye la música que suena por los altavoces.

Se acuerda de esa noche. La noche en la que mi madre cantó esa canción en el altar de la iglesia para una obra muy importante. Casi todo el pueblo estaba allí.

—Más vale que con eso sea suficiente, Jake. Si resulta herido por mi culpa, se me cruzará el cable, olvidaré el objetivo de todo esto y empezaré a matar a diestro y siniestro.

Me tiemblan las manos solo de pensar en el monstruo en el que me convertiría si llegara a perder el alma por completo.

Jake cubre mi mano trémula con la suya y se inclina hacia mí.

—Yo seré tu ancla.

Lo miro con expresión sombría.

—Si le hacen daño a Logan por mi culpa, o por el motivo que sea, tú solo no serás capaz de controlarme.

Noto que se me escapa una lágrima, y Jake se pone tenso al ver una pequeña muestra de cuánto me puede afectar ese hombre.

Aprieta los labios.

—Entonces ambos nos aseguraremos de que esté a salvo.

Me seco la lágrima y vuelvo a centrarme en el *sheriff,* presa del pánico, mientras cierra y bloquea la puerta del ayuntamiento y se vuelve hacia el agente especial Johnson.

—La que canta por el altavoz es Jasmine Evans —sisea el *sheriff* Cannon—. A menos que un fantasma haya vuelto de entre los muertos, hay algo que se os está escapando.

Entonces se gira hacia uno de sus ayudantes.

—¡Apaga esa puñetera música! ¡Averigua quién ha accedido a los altavoces municipales!

Jake sonríe.

—Buena suerte con eso, *sheriff.* A ver si eres capaz de superarme en informática —dice Jake con aire de suficiencia.

Esta es la parte que tanto ha estado esperando. La parte en la que les mostramos lo que realmente son: unos borregos. La parte en la que les demostramos lo frágiles que son sus mentes.

La parte en la que jodemos al pueblo entero.

—Ya te dije que esto no iba a ser fácil —gruñe Johnson cuando el *sheriff* se gira para mirarlo.

—¡Anda! Pues te recuerdo que dijiste que podías controlar a este equipo. Hasta ahora, no han parado con las putas preguntitas y andan por ahí empapelando el pueblo de folletos. Solo es cuestión de tiempo que alguien encuentre el valor para hablar.

Ahí lo llevas, cabrón de mierda.

—Encárgate de Logan Bennett. Del resto del equipo me ocupo yo.

Siento un nudo en el estómago cuando el miedo se apodera de mí. Si va a por Logan, tendré que cargármelo antes de tiempo. Y daré un escarmiento a quien le haga el encargo.

—¿Estás seguro de que puedes llegar hasta Kyle sin que nadie se dé cuenta? —me pregunta Jake, con la mirada fija también en la pantalla.

No respondo porque estoy concentrada escuchando lo que dicen.

—Si me derriba, tú caes conmigo. Que no se te olvide, Johnson —dice el *sheriff* con rabia mientras cierra la puerta de su oficina para obtener más privacidad.

Johnson entrecierra los ojos.

—No fui yo quien mandó atacar a esos chicos. Ese psicópata te tiene en el punto de mira por eso. Evans no tiene nada que ver. A ese enfermo mental que tienes por hijo le hacía falta una correa, pero tú, en su lugar, le diste rienda suelta y le animaste a que se comportara como un salvaje. Ese equipo está aquí porque tú le diste carta blanca a un monstruo.

El rostro del *sheriff* se contrae en una mueca de angustia, y Jake silencia todas las demás pantallas para centrarse en esta conmigo. Sabíamos que el *sheriff* no era el verdadero asesino, pero nunca pensamos que mostraría remordimiento alguno, ya que lo habíamos perfilado como un sociópata.

—No es ningún enfermo. Lo estaba pasando mal. Vio a su hermana allí tirada, brutalmente violada y asesinada.

Johnson le apunta a la cara con un dedo.

—Cedí con lo de Evans porque esa puta abogada neoyorquina se enteró de su caso e iba por buen camino para demostrar que estaba más que amañado. El juicio nunca debió celebrarse aquí, donde había demasiados miembros del jurado vinculados contigo. Lo habrían dejado en libertad, y mi carrera se habría acabado debido a todos los hilos que moví. No tienes ni idea de lo que tuve que hacer solo para involucrarme en el caso y poder arreglar este desastre. Te di un perfil auténtico. Encuentra al cabrón que está matando a tu gente antes de que Bennett descubra lo que ocultamos.

Miro a Jake, que se queda observando fijamente la pantalla mientras digo:

—Están muy tensos.

—Justo como queríamos —dice Jake en voz baja.

El auto de papá empieza a sonar por los altavoces y una mujer se tropieza y cae de bruces mientras la voz de mi madre continúa retumbando por las calles del pueblo.

Las voces de muchos niños acompañan la suya, lo que la hace aún más espeluznante. La músi-ca se detiene de repente y Jake frunce los labios mientras consulta algo en su portátil.

—Los han desconectado del servidor.

—Tal y como esperábamos que hicieran —señalo.

—Cuando vuelvan a conectarlos, me mandará un aviso y lo reiniciaré.

—Hasta que no tengan más remedio que dejarlos desenchufados y no haya forma de comunicarle al pueblo lo que ocurre en la casa encantada cuando abra sus puertas.

Él asiente despacio.

—¿Estás preparada?

Una sonrisa siniestra se dibuja en mis labios.

—Y tanto.

Alguien que entra en la oficina del *sheriff* capta mi atención. Es Chad Briggs, vestido con su uniforme de ayudante, que cierra la puerta tras de sí y mira a Johnson antes de dirigirse al *sheriff*.

—Ha salido a la luz cierta información.

—Pues suéltala —gruñe el *sheriff* Cannon.

De nuevo, sus ojos se posan en Johnson.

—Es información confidencial.

Hace un gesto con la mano hacia Johnson, restándole importancia.

—No es él de quien hay que preocuparse dentro de ese grupo. ¿Qué información?

Se nota que Briggs duda, pero acaba cediendo:

—Han visto al agente especial Bennett junto con un compañero saliendo de la casa de Diana Barnes. Estuvieron allí durante un buen rato, *sheriff,* y acaban de informarme de que es imposible acceder a su hijo ahora mismo. Está instalado con una abogada en Nueva York. Creo que les ha contado todo.

El *sheriff* Cannon maldice y tira el sombrero al otro lado de la habitación antes de pasarse la mano por el pelo.

—Cálmate —dice Johnson, recuperando la compostura—. No son más que los desva-
ríos de una anciana. Necesitaría pruebas. No hay ninguna. Y la mayoría de los sospecho-sos implicados ya están muertos, así que no pueden confirmar ni desmentir nada. Debe-mos centrarnos más en asegurarnos de que no queda nada que revele lo que le hicimos a Evans.

—No lo hay —dice el *sheriff* Cannon, pero le tiemblan los labios.

—Ya te digo yo que sí —responde Jake con una sonrisa de oreja a oreja—. Lo que pasa es que eres demasiado gilipollas como para darte cuenta, *sheriff*.

Y habrá mucho que contar. A su debido tiempo.

—Diana Barnes podría convertirse en un problema si consigue que alguien corrobore lo que cuenta —oigo que le dice el *sheriff* a Johnson, y luego su mirada se desplaza hacia Chad Briggs—. Asegúrate de que eso no ocurra.

—Van a por Diana —dice Jake cuando Chad asiente y abandona la sala.

—No hasta que anochezca.

Vuelvo a mirar la pantalla donde está Logan. Subo el volumen, aunque está tan lejos de la cámara que casi no lo oigo.

—El forense murió hace dos años, así que ahí no hay nada que hacer —le dice Donny.

—Tenemos que visitar el hospital al que fueron los críos —responde Logan, y siento un nudo en el estómago.

—Mierda —sisea Jake—. No debería centrarse en vosotros. Debería enfocarse en los casos de corrupción.

—Si va al hospital y encaja las piezas igual que hizo Hadley, estamos jodidos —digo en voz baja.

—El destino quiso que Kennedy muriera la misma noche en que tú luchabas por sobrevivir —me responde en un susurro—. ¿Y qué me dices de que Kennedy Carlyle fuera la chica cuyos padres conducían borrachos y se estamparon contra tu madre? Es imposible que todo aquello fuera en vano. Es imposible que no fuera una señal. Estamos destinados a hacer esto. No a quedarnos a medio camino.

—Necesitamos a alguien que hable y cuente la verdad sobre mi padre —murmuro distraídamente, observando a Logan mientras se quita la corbata roja, frustrado.

Jake se levanta y se dirige al otro extremo de la habitación, de donde saca su maravillosa creación: pintura que reacciona al paso del tiempo. Todas las pinturas tienen una etiqueta diferente, y un plazo distinto para que aparezca el color.

—Entonces démosles algún incentivo para que hablen —dice Jake antes de ponerse la capucha y dirigirse hacia la puerta—. Llámame

si ves que alguien se me acerca por detrás. Voy al colegio. Desactivaré las cámaras cuando llegue.

—Yo te cubro —le digo.

Los monitores que nos rodean nos muestran todo el pueblo. Es como estar mirando el infierno todo el día.

—Lana tiene que volver a casa —la declaración de Logan me fuerza a mirar su pantalla.

—Pues te deseo suerte cuando se lo digas a Hadley —dice Donny con una sonrisa.

—No tiene gracia. Podría estar en serio peligro. Ya os dije que no debía venir.

Parece que lo está pasando fatal con todo esto.

—No te ofendas, pero estás demasiado implicado emocionalmente como para darte
cuenta de que está más que a salvo. No ha ido a por ninguna mujer. Solo a por hombres. En todo caso, ella corre menos peligro que tú.

—Ahora mismo no me fío ni del *sheriff* ni de Johnson. Esto no tiene nada que ver con la Muerte Escarlata.

Donny abre mucho los ojos, igual que yo.

—Parece que se me ha ido la olla. Me preocupan más dos agentes de la ley que un maldito asesino en serie. Este pueblo es veneno puro —dice Logan con un suspiro.

—Johnson es retorcido, pero no es gilipollas. Sabe que no puede ponerte una mano encima sin salir escaldado. Necesitamos encontrar pruebas sólidas para entregárselas a Collins y que pueda presentarlas ante el subcomité.

—Hay una persona clave con la que no hemos hablado desde que recopilamos nuevas pruebas —dice Logan pensativo—. Vive a solo una hora de aquí.

—Christopher Denver —dice Donny soltando un suspiro—. Es verdad.

El padre de Jake. El abogado de mi padre. El único amigo que tenía en un pueblo lleno de traidores.

Sabíamos que tarde o temprano acabarían hablando con él.

Miro hacia la pantalla del colegio y veo a Jake con la capucha puesta dando pinceladas rápidas para terminar cuanto antes la

pintada. Están todos dentro, y las ventanas quedan por encima de su cabeza, por lo que es imposible verlo si miran hacia fuera.

No puedo creer que lo esté haciendo a plena luz del día, en la misma puerta. Por suerte, las calles están bastante tranquilas, y cuando oye un coche, se esconde detrás de los acebos.

Por fin veo a Jake corriendo por el lateral, en dirección al bosque que lo conducirá de vuelta aquí. Vuelvo a poner toda mi atención en Logan y me concentro exclusivamente en él.

—¿Quién te llama tanto? —le pregunta Donny cuando Logan vuelve a silenciar el móvil.

—Johnson. Estoy seguro de que intenta encontrar la forma de dejarnos fuera de la investigación. A estas alturas probablemente ya se haya enterado de que hemos hablado con Diana Barnes en privado. Es posible que quiera averiguar lo que sabemos.

—Vamos a hablar con Denver antes de que descubra lo que estamos haciendo.

Logan mira la hora en el móvil.

—Vale, pero quiero volver antes de que se haga muy tarde y asegurarme de que Lana está bien.

—Llámala por el camino, tortolito —dice Donny, que pone los ojos en blanco cuando Logan se sube al asiento del piloto. Parece que Logan se ha reído.

Cuando cierran las puertas, no oigo lo que dicen, pero silencio todo cuando me suena el teléfono.

—Hola —respondo, sonriendo como una adolescente enamorada.

—Tengo que salir del pueblo para seguir una pista. ¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas a casa? No me gusta que estés aquí.

Sonrío por lo mucho que se preocupa por mí. Desvío la mirada hacia la pantalla, donde la gente pasa por delante del colegio y se va congregando poco a poco a medida que la pintura va apareciendo.

—Creo que Delaney Grove me está empezando a gustar.

Él gruñe por la pésima broma.

—Logan, deja de preocuparte. Prefiero estar contigo, o al menos cerca de ti, que pasarme el día preguntándome si estás bien.

—No es por mí por quien me preocupo, cariño. Puedo cuidar de mí mismo.

«Yo te puedo cuidar mejor».

Levanto la vista cuando Elise y Leonard llegan al lugar y empiezan a hacer fotos al nuevo mensaje.

—Deja de preocuparte por mí. Dudo que a este tipo le interese lo más mínimo.

Se queda callado durante un largo minuto.

—¿Logan?

—Lo siento. Solo estaba pensando en tu facilidad para echar por tierra la psicología.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te atacó un conocido asesino en serie por culpa de mi trabajo y aun así te empeñas en quedarte, como si la idea de que otro te persiguiera te diera igual.

Trago saliva con dificultad. Nunca lo he oído extrañado. Incluso ahora parece más confundido que receloso.

—Tengo una pistola —le digo en voz baja—. Y no quiero estar en mi casa.

Cierro los ojos y detesto que esa mentira vaya a hacerle sentir culpable.

—Vuelve al hotel.

—No —digo con un suspiro.

—Joder. Después seguimos hablando de esto. Elise me está llamando.

—Te quiero —digo sin pensarlo, y me doy cuenta de que las palabras salen de mi boca con naturalidad.

Justo cuando cuelgo, Jake entra y me mira mientras intento borrar la expresión de tonta de mi cara.

—En cuanto acabe todo esto, pienso buscar a alguien que me haga esbozar esa misma sonrisa de idiota —se queja, pero la chispa divertida en sus ojos desmiente ese tono gruñón de Grinch que ha puesto—. ¿Me lo he perdido?

—Acaba de empezar —respondo, haciendo un gesto hacia la pared del colegio.

Las mentiras que contamos
tienen consecuencias.
El presente da forma al futuro.

El mensaje está dejando a muchos con el rostro pálido al aparecer como por arte de magia.

—Logan ha abandonado el pueblo y el sol no tardará en ponerse. Voy a casa de Diana.

Cuando me levanto, Jake me lanza la navaja y yo la atrapo por el mango mientras él ocupa mi sitio frente a los monitores.

—Anda solo por las aceras. Las huellas no mienten —dice, mirando mi par de botas militares, muy femeninas, totalmente equipadas con cordones de color rojo sangre.

Andar por ahí con mis mochilas llenas de lastre y mis botas de hombre puede resultar un poco sospechoso.

Ha llegado el frío, lo cual es perfecto. Porque así llevar una sudadera con capucha resulta menos llamativo. Por poco me congelo viva con el vestido que llevaba.

Pero me apetecía volver a casa con estilo, vestida de rojo.

—Coloca almohadas por si se desmaya —dice cuando salgo, y yo sonrío mientras camino a paso ligero, buscando atajos entre los edificios. El pueblo está construido como un laberinto circular, y las calles se van ensanchando a medida que se alejan del centro. El ayuntamiento se encuentra justo en medio.

Desde el cielo, la vista es increíblemente hermosa.

Solo es feo cuando estás dentro y te enfrentas a la realidad.

Doy la vuelta para que no me vean llegar por delante y llamo dos veces, mirando por encima del hombro para asegurarme de que nadie me está observando.

Cuando Diana abre la puerta, el corazón me da un vuelco inesperado. Creía que estaba preparada para no sentir ninguna emoción cuando llegara.

La culpa es de Logan. Está derritiendo el hielo con el que me había protegido.

—¿Puedo ayudarte, cielo? —pregunta con voz dulce.

Me quito la capucha.

—Podrías dejarme entrar.

Entrecierra los ojos y su sonrisa se desvanece.

Me siento fatal por asustarla.

—Diana, necesito hablar contigo. Creo que eres consciente de lo que les has contado hoy.

—Lo siento, corazón. Creo que deberías marcharte —dice mientras cierra la puerta.

Alargo la mano y entro empujando, lo que me hace sentir aún peor cuando se sobresalta y retrocede con el cuerpo tembloroso.

Está nerviosa por haber contado lo que nadie más tuvo el valor de contar.

—Diana, necesito que te sientes. No quiero que te hagas daño, y solo he venido para protegerte.

—¿Protegerme? —pregunta, confundida, recorriéndome con la mirada, claramente convencida de que no soy rival para nadie.

Llevo la navaja debajo de la sudadera, pero decido no enseñársela. No quiero que se desmaye de verdad.

—Hubo un tiempo en el que adorabas a una niña pequeña, pero la traicionaste para salvar a tu hijo. Hoy, por fin, la has defendido y has dado voz a su historia.

Se le llenan los ojos de lágrimas mientras da otro paso atrás.

—¿Quién eres? —susurra, con la voz cargada de emoción.

Después de ajustar la navaja debajo de la ropa para que llegue hasta la parte de atrás de los pantalones, me levanto la parte delantera de la camiseta y dejo al descubierto las cicatrices que he ocultado durante demasiado tiempo.

Baja la mirada hasta mi vientre y retrocede un pasó más.

—Yo soy esa niña pequeña.

Cuando se desploma, llego justo a tiempo de sujetarle la cabeza. Jake tenía razón. Debería haber colocado almohadas.

—Vaya faena —le digo a la mujer desmayada.

Casi puedo oír el «te lo dije» de Jake en mi cabeza.

Capítulo 3

Logan

Toda persona es culpable
del bien que no ha hecho.
—Voltaire

—Gracias por recibirnos, señor Denver —le digo al hombre que nos sirve una taza de café a cada uno.

—Estoy aquí para ayudar en lo que pueda. —Nos observa como si esperara que estuviéramos al margen de la ley, como si sospechara de nuestras intenciones.

Lo que me hace odiar a Johnson todavía más.

—Esperábamos que pudiera arrojar algo de luz sobre lo ocurrido con Robert Evans.

Él hace una mueca.

—Debería estar todo registrado. Estoy seguro de que el FBI tiene acceso a esa información.

—Todos los juicios por asesinato suelen grabarse, pero este no.

—Sí que lo grabaron —discute. Se levanta y se dirige a una estantería, de la que saca un libro. Cuando lo abre y coge un DVD, Donny me mira con las cejas arqueadas.

Christopher Denver nos trae el disco y me lo entrega.

—Pueden quedárselo. Tengo más.

—El expediente indicaba que no se había grabado.

—Pues sí —afirma lacónicamente.

Dejo escapar un largo suspiro.

—Soy consciente de que probablemente los agentes del FBI no figuren en su lista de personas en las que confiar, pero puedo asegurarle que nosotros dos queremos respuestas reales.

—Por lo de la Muerte Escarlata —responde sin rodeos.

Ladeo la cabeza y lo observo. Tenía coartada, así que no puede ser nuestro individuo.

—Eso es en parte lo que nos ha traído aquí, sí. Pero también porque creemos que el caso podría haberse gestionado de forma incorrecta.

Él resopla con desdén y lo miro con una ceja arqueada.

—Lo siento. Es solo que no estoy acostumbrado a que se hagan este tipo de comentarios tan abiertamente.

Donny se recuesta y doy un sorbo a mi café mientras echo un vistazo a la casa. Las paredes están prácticamente vacías, salvo por varios trofeos de su hijo y de él mismo.

—También hablamos con Jacob. No nos proporcionó ninguna información —digo, observando su rostro.

Se mantiene impasible: tantos años de entrenamiento en los tribunales le han enseñado a controlar sus expresiones.

—Esa noche mi hijo estaba destrozado. Mataron al chico al que amaba, y la chica a la que consideraba su propia hermana también murió. Lo atribuyeron a un accidente de coche. Después de aquel día, se aisló completamente del mundo. Ahora me cuesta mucho convencerlo para que venga a pasar las vacaciones conmigo. Aunque hace poco vino a visitarme por un asunto personal.

Quiero insistir, pero dudo que nos vaya a contar el motivo de la visita de Jacob.

—¿Por qué no nos contó lo de Victoria y Marcus si lo sabía? —le pregunto en su lugar.

—Porque habrían ido a por mi hijo, por qué si no. Era el más cercano a ellos, aparte del hijo de los Barnes. Pero una estrella de fútbol americano de la NFL tiene menos probabilidades de ser sospechosa.

Con decirnos que su hijo estaba paralítico habría sido suficiente. Pero es como si le costara asimilarlo.

—Por lo que veo, no le importa admitirlo —le pregunta Donny.

—¿Que quería mantener a mi hijo a salvo de burócratas corruptos que intentaban tapar un desastre que ellos mismos ayudaron a crear? En absoluto. No hubo obstrucción a la justicia, teniendo en cuenta que esta historia quedó silenciada por uno de los suyos cuando mi hijo intentó contarla. Mi silencio no interfirió en modo alguno en su investigación sobre esta tal Muerte Escarlata.

—Salvo que sí que lo hizo —respondo.

Se parece mucho a Jacob, aunque es una versión más mayor. Tiene el pelo oscuro, apenas marcado por el paso del tiempo, y unas finas arrugas que casi parecen intencionadas.

—¿A qué se refiere, agente especial Bennett?

—El sujeto desconocido al que buscamos actúa siguiendo una lista en la que figuran los violadores que participaron esa noche.

Percibo sorpresa en sus ojos. Esa información lo ha pillado completamente desprevenido.

—¿Qué puede decirnos sobre Robert Evans? Y, esta vez, no se guarde nada.

Carraspea, probablemente porque no está acostumbrado a las sorpresas.

—Robert Evans era un hombre brillante sin más ambición que la de ser conserje. Con su sueldo le bastaba, y disfrutaba del trabajo porque le concedía más tiempo para estar con sus hijos.

Suspira larga y profundamente.

—Yo trabajaba demasiado. Jacob pasaba más tiempo allí que en casa. Ni siquiera me enteré de que estaba enamorado de Marcus hasta años después de que el chico muriera. Una noche me lo contó todo, se derrumbó allí mismo, en ese sofá, y me dijo cuánto odiaba a todo el pueblo. Luego, cuando se vio postrado en una silla de ruedas, sintió que lo estaban castigando.

Nos está hablando de Jacob y no de Robert, y hace referencia a sus propios defectos. Es un discurso que he escuchado demasiadas veces de boca de padres arrepentidos cuando pierden a un hijo. Nunca de aquellos cuyo hijo sigue vivo.

—Robert era un hombre sencillo, que nunca causaba problemas. Pero se convirtió en un blanco fácil para el *sheriff,* que solo quería que alguien pagara por la muerte de su hija. No importaba que fuera inocente. No importaba que tuviera coartada. Nada importaba, salvo la venganza de aquel hombre. Robert Evans fue el alma más desafortunada que jamás he conocido.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Donny, aunque es más que evidente.

—Perdió al amor de su vida por culpa de dos borrachos con dinero. Tanto los padres de su mujer como los suyos habían fallecido ya, de modo que no le quedaba nadie que le ayudara con los niños. Perdió la vida por estar en el lugar y momento equivocados. Y a sus hijos los mataron por unos crímenes que nunca cometió. No me imagino a nadie con peor suerte que esa.

Donny carraspea y se afloja la corbata. Cada vez que escuchamos algo nuevo sobre la familia Evans, nos implicamos un poco más. Probablemente sea lo más desgarrador que he oído nunca.

—¿Qué ocurrió tras el juicio?

—¿El juicio que no debería haberse celebrado en un pueblo tan pequeño como Delaney Grove? —pregunta con amargura—. ¿El juicio que no debería haber presidido un juez parcial? ¿Se dan cuenta de que podría haber conseguido una apelación sin apenas esfuerzo?

Ambos asentimos con la cabeza y decidimos permanecer en silencio mientras trata de controlar su temperamento.

—No sé lo que le hicieron. Lo único que tengo claro es que no se suicidó. Hannah Monroe ya se había puesto en contacto con él para ofrecerle hacerse cargo de su apelación sin cobrarle honorarios. Estaba dispuesta a arruinar Delaney Grove.

—¿Qué pasó con ella? —pregunto.

—Sigue gozando de gran prestigio en Manhattan. Cuando Evans murió, siguió adelante, como suelen hacer los peces gordos en esa ciudad.

Agarro mi teléfono y reproduzco la grabación que he registrado.

«Duérmete, niño» son las primeras palabras que se escuchan. Es la misma grabación que salió de los altavoces y que tardaron una eternidad en silenciar.

Se le corta la respiración y se queda mirando el teléfono con una expresión prácticamente indescifrable. Finalmente, vuelve a levantar la vista, con los labios tensos.

—Esa es Jasmine.

—¿Jasmine? —pregunta Donny.

—Jasmine Evans.

Se levanta y coge otro DVD, esta vez uno que está a la vista. Tiene varios que parecen estar grabados en casa, todos etiquetados.

Cuando vuelve, me lo entrega.

—Es de la obra del año anterior a su muerte. Todo el pueblo estaba allí. Los dos hijos de Evans también participaron. Igual que Robert. Fue un gran acontecimiento para el pueblo porque era la obra del Día del Fundador. Fue el último año que se celebró en el pueblo.

—¿Por qué?

—El *sheriff* lo canceló al año siguiente por algo que ocurrió con algunos de sus ayudantes. Al año siguiente, no lo restableció. Lo mismo sucedió un año después. Y pronto se convirtió en una tradición olvidada.

—¿Qué pasó? —pregunto, aunque no debería tener que hacerlo.

Se inclina hacia delante y me mira directamente a los ojos.

—Lo que pasa siempre cuando tienes a un grupo de hombres muy cerca del poder. Creen que el *sheriff* es invencible y que, por extensión, ellos también lo son. Podría proporcionarles una lista interminable de indiscreciones, pero ese día en concreto se trató de un incendio provocado. Los ayudantes del *sheriff* quema-ron una casa con dos personas dentro porque no quisieron vender su propiedad para construir un nuevo restaurante en el pueblo… Un restaurante que el *sheriff* construyó tras su prematura muerte.

—¿Qué ocurrió con los ayudantes? —pregunta Donny.

—Chad Briggs y su hermano siguen trabajando allí. Se canceló el Día del Fundador. No se sancionó a los ayudantes del *sheriff*. El incendio se catalogó como accidente. Fue el detonante de una corruptela que no hizo más que empeorar. La gente se dio cuenta de que tenía que acatar las órdenes o sufrir las consecuencias. Pronto, todos aprendieron a fingir que Delaney Grove era el pequeño y encantador pueblo que se creía que era de puertas para afuera.

—Por eso nuestro individuo recurre a esa música —le digo a Donny en voz baja.

—Perdón, ¿qué ha dicho? —dice Christopher Denver, a la espera de que lo repita un poco más alto.

—¿Qué le hicieron a Robert Evans? —pregunto, en lugar de responder.

—Si quieren respuesta a eso, tendrán que hablar con alguien que lo sepa. En aquel pueblo no es que se compartieran los trapos sucios con el único hombre que trataba de defenderlo.

Se recuesta sobre el asiento y nos observa.

—¿Podría al menos indicarnos el punto de partida? —pregunta Donny—. ¿El nombre de alguien que esté dispuesto a hablar?

—Podría decirles quién se vendría abajo enseguida si lo apretaran un poco. Pero ¿de qué serviría?

—¿Disculpe? —respondo.

Se endereza y entrecierra los ojos.

—Pueden escuchar todas las historias que quieran, pero los testimonios de testigos oculares no sirven de nada frente a todo un cuerpo policial y un juez. Y menos aún cuando dichos testigos desaparecen o deciden retirar sus declaraciones.

—Encontraremos pruebas —digo, decidido a poner fin a todo este asunto.

Me puse en contacto con Collins. Me confirmó que las palabras de una anciana que ni siquiera había sido testigo directo de todo aquello no bastarían para que el director o Johnson abandonaran el caso. Pero eso ya lo sabía.

Dirijo la mirada hacia la mesa auxiliar que hay junto a la ventana. Sobre ella reposa una bandeja con medicamentos, y entonces vuelvo a mirar a Denver.

—¿Se encuentra bien?

Aprieta los labios y echa un vistazo a la bandeja.

—Llevo varios meses enfermo. Algunos días son mejores que otros. Me han pillado en uno de los buenos —dice, y luego hace una mueca—. Siempre deseé tener la oportunidad de hacerle justicia a mi mejor amigo. Los médicos ni siquiera están seguros de lo que me pasa exactamente. A veces pienso que es un castigo por no dar a conocer la historia de Robert en las instancias que se hubiesen prestado a escucharla.

—Entonces, ayúdenos ahora, señor Denver —digo con tacto. No me siento orgulloso de aprovecharme de los remordimientos de un

hombre enfermo en su contra, pero estoy tan desesperado que aun así lo estoy haciendo.

Me estudia durante un largo rato antes de detectar resignación en sus ojos, cuando decide que no tiene más remedio que confiar en mí y cruzar los dedos.

—Carl Burrows. Trabajaba en la oficina del forense.

—Gracias por su tiempo, señor Denver —digo, mientras Donny y yo nos levantamos antes de entregarle mi tarjeta, que él acepta—. Llámenos si se acuerda de algo más.

Justo cuando llegamos a la puerta, nos dice:

—Dicen que la Muerte Escarlata pinta las paredes de rojo.

Me giro y lo miro mientras él se vuelve lentamente hacia nosotros.

—Es un dato que no hemos hecho público —le digo, con los ojos entrecerrados.

—No hace falta. Soy de Delaney Grove. Los rumores sobre estos asesinatos se extendieron como la pólvora antes de que se anunciara siquiera que había un asesino.

Doy un paso hacia él.

—¿Sabe lo que significa?

Asiente despacio.

—Antes de morir, Victoria habló con mi hijo. Le comentó que habían pintado las calles con su sangre. Marcus quería pintar el mundo con la de ellos.

—¿A quién más se lo contó su hijo?

Se encoge de hombros.

—A cualquiera que lo escuchara, agente especial Bennett. Si Victoria hubiera sobrevivido, habría regresado. Ella sería la Muerte Escarlata que está buscando. El corazón de esa chica siempre ardió con más intensidad y ferocidad que el de cualquier otra persona.

—Pero Victoria Evans murió —le digo, y aprieto los labios—. Y no cabe duda de que este asesino es un hombre.

Él asiente.

—Soy consciente de ello. Ni siquiera Victoria habría sido capaz de reducir físicamente a esos hombres.

Entonces, ¿por qué molestarse en mencionarlo?

No nos detiene cuando salimos, y Donny se coloca a mi lado.

—Aparte de Kyle, Victoria jamás tuvo una relación seria, y nadie sabía que Jacob salía con Marcus —me comenta Donny mientras lee un mensaje de Elise.

—Jacob no había hecho pública su bisexualidad cuando vivía en Delaney Grove, así que lo último no me sorprende —digo distraídamente.

—¿Le hacemos una visita a Carl Burrows?

—Sí. Aunque primero quiero pasar por las cabañas y ver cómo está Lana.

Capítulo 4

LANA

La historia no es más que un registro
de crímenes y desgracias.
—Voltaire

Durante la última hora y media, desde que se despertó, Diana ha estado mirándome fijamente a los ojos, como para comprobar si aún tengo alma. Me pregunto qué es lo que está viendo aparte de un oscuro abismo.

—No me creo que seas tú de verdad —susurra con la voz ronca, aunque es prácticamente lo único que ha dicho desde que le he explicado la cruda realidad que nos rodea.

—Van a venir a por ti —le digo, observando las cámaras desde mi teléfono y alternando las más cercanas a nosotras.

Esperaba que vinieran en cuanto cayese la noche. Su especialidad es la asfixia o el estrangulamiento. Después, si la víctima tiene la edad de Diana, mienten y dicen que fue un ataque al corazón. Si es más joven, atribuyen la muerte a convulsiones o algo por el estilo.

—¿Y vas a matarlos, sin más? —pregunta con incredulidad y la voz quebrada—. Ay, mi niña. No deberías manchar tu alma con su sangre. Deberías vivir la vida que estuviste a punto de no tener.

Levanto la mirada con frialdad y me encuentro con sus ojos llorosos.

—Me lo arrebataron *todo,* Diana. Mi hermano y mi padre no pueden descansar en paz. ¿Te acuerdas de Marcus? ¿Recuerdas a esa persona bondadosa y alegre que siempre intentaba sacar una sonrisa a los desconocidos solo para llenar el universo de buenas energías? ¿Recuerdas lo que le hicieron? Porque yo nunca podré olvidarlo.

Ella se seca las lágrimas.

—Me acuerdo. —Ahora su voz es apenas un susurro, pero a mí las emociones no me oprimen la garganta. Me he entrenado para evitarlo. Ya he superado el momento de conmoción repentina que sentí al verla y he recuperado el control.

Soy de hielo.

No siento nada.

Ahora mismo soy una asesina.

—Confucio decía algo sobre cavar dos tumbas antes de embarcarse en un viaje de venganza. Sé que tu madre siempre citaba a ese hombre.

—A Confucio nunca lo violaron brutalmente, ni lo apuñalaron ni lo obligaron a ver a su hermano sufrir algo peor. Estoy segura de que su punto de vista habría sido distinto. Además, no era un romántico.

Emite un sonido ahogado y, al volver la vista hacia ella, noto que está conteniendo los sollozos, como si no pudiese soportar la imagen que he descrito. Ella conoce los detalles, pero verme…, *oírme* confirmar la historia…, le duele.

Sin embargo, su moral sigue intacta.

Por ahora.

—Intentaron obligar a Marcus a que me violara —digo con un tono agresivo—. Y cuando se negó, le cortaron la…

Me interrumpe la notificación de mi móvil que avisa de que hay alguien cerca de nuestras cabañas. Podría ser uno de los miembros del equipo otra vez, pero aun así lo compruebo por si acaso.

Me fijo en Justin Hollis, un ayudante del *sheriff* que figura en mi lista, mientras camina a paso ligero hacia la cancha de baloncesto que hay cerca de la parte trasera de nuestra cabaña.

Cuando se esconde entre las sombras, ladeo la cabeza.

Llamo a Jake y lo pongo en altavoz para poder seguir usando la aplicación. Empiezo a rebobinar la grabación y paso a otra en cuanto desaparece del campo de visión para poder seguir su recorrido a través de varias cámaras.

—¿Qué pasa? —pregunta Jake—. ¿Diana se ha desmayado?

Cuando esta oye su voz, abre mucho los ojos.

—Sí, pero está bien. Justin Hollis está en cuclillas cerca de mi cabaña. ¿Qué está haciendo?

Se queda callado durante un minuto.

—No lo sé. Tuve que silenciarlo todo antes. Volvieron para revisar las cabañas de nuevo, pero esta vez no entraron. Me escondí y mantuve las ventanas cubiertas. Se asomaron por una de las que dan a la cocina, pero desde ahí no se ve nada.

—Estoy intentando volver sobre sus pasos, pero desde el móvil tardo mucho.

—Me pongo a ello —le oigo decir, y espero impaciente con la mirada puesta de nuevo en Diana.

Parece como si su mundo se hubiera puesto patas arriba, y se aferra a la Biblia que tiene en la mano. En su mente, aún está a tiempo de salvarme, de impedir que manche el resto de mi alma con la sangre que tengo en las manos.

—Lo tengo —dice, y entonces oigo cómo sube el volumen de fondo. El teléfono sigue en manos libres, de modo que Diana también lo oye.

—El *sheriff* dijo que Diana, no ellos —gruñe Justin.

Chad Briggs habla con un tono engreído:

—Matar a Diana es como matar a una hormiga, vendrán otras hormigas a por ti. Pero si matas a la reina…

Justin no parece muy entusiasmado.

—Mata a la reina y las hormigas desaparecerán.

¿Quién coño es la reina?

Levanto la vista y veo la expresión de horror en los ojos de Diana. Haber escuchado de mis labios que la quieren muerta parece menos impactante que oírlo directamente de la boca de los propios demonios.

—Al *sheriff* no le va a hacer ninguna gracia —farfulla Justin.

—El *sheriff* no es el único que corre peligro aquí. A todos debería preocuparnos que estos tipos descubran la verdad. Si crees que estás preparado para la cárcel…

—El *sheriff* se encargará de esto. Ya lo ha hecho con todo lo demás —argumenta Justin.

Me gustaría poder ver el vídeo, examinar sus expresiones, pero ahora mismo no quiero que Jake me llame por FaceTime porque tendría que poner todo en pausa.

—Nunca ha tenido que enfrentarse a alguien que no le tiene miedo. Pero, si eliminamos a su líder, el resto acatará las órdenes. Siempre pasa. Para acabar con una serpiente, hay que cortarle la cabeza. No basta con eliminar a una de las ratas que le sirven de alimento.

Siento un nudo en el estómago mientras me levanto lentamente.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Justin, cuya voz suena más decidida ahora que Chad le ha convencido de que esta es la solución a todos sus problemas.

—Fácil. Bloquea el camino hacia las cabañas y espera en las pistas. Así contarás con el factor sorpresa y estarás lo suficientemente lejos como para que los demás no te oigan ni te vean si vuelven antes de que termines.

El corazón me late con fuerza en la garganta, así que agarro la capucha y me la pongo rápidamente mientras me dirijo hacia la puerta trasera con pasos largos y rápidos.

—Van a por Logan —le digo a Jake mientras el pánico se apodera de mi espina dorsal con una fuerza paralizante.

—Mira la cámara número trece —dice en voz baja.

Abro la aplicación y se me quedan los pies clavados al suelo al ver que Logan se ve obligado a desviarse por los bloqueos que han puesto en la carretera.

Casi al instante, echo a correr, guardándome el teléfono en el bolsillo trasero y haciendo acopio de toda la energía que llevo dentro, impulsada por la adrenalina que me ayuda a moverme aún más rápido.

Si llego demasiado tarde, el pueblo entero sufrirá las consecuencias.

Nadie estará a salvo.

Capítulo 5

Logan

Lo primero es el relámpago;
luego vendrá el trueno.
—Voltaire

—Voy a entrar a ver si Craig tiene algo mientras tú compruebas…

Las palabras de Donny terminan con un gruñido, y yo me doy la vuelta, confundido por su repentino silencio. Cuando lo veo en la pista, con un poco de sangre saliéndole de la boca mientras yace inconsciente, recurro a mi pistola, pero ya es demasiado tarde.

Algo duro me golpea en la cabeza y caigo de bruces. Desconcertado y mareado, me estrello contra el implacable pavimento bajo mis pies. Se me revuelve el estómago y siento que la cabeza me pesa quince kilos más mientras trato de no perder el conocimiento.

La silueta borrosa de un hombre entra en mi campo de visión, pero la luz de la luna no me permite verle la cara. Al menos, no hasta que se arrodilla y me sonríe.

El ayudante del *sheriff* Justin Hollis.

—¿Es que nunca aprenderéis a dejar las cosas como están, muchachos? —se burla, mientras me quita la pistola de la cadera.

Sin fuerzas, intento resistirme, pero las manos no me responden y el mundo sigue girando a mi alrededor. Es como si la gravedad le hubiera declarado la guerra a mi cuerpo y me tuviera inmovilizado.

Mientras lucho por apoyarme sobre las manos y las rodillas, Hollis se ríe, me da una patada en el estómago y me hace caer de espaldas con náuseas.

Sacudo la cabeza cuando su risa retumba dentro de mi cabeza, como si viniera de todas partes a la vez.

—El temible agente especial Bennett. A mí no me pareces tan intimidatorio. Incluso tenías preocupado al *sheriff*.

El sonido característico de un arma al amartillarse resuena, reverberando por todas partes, igual que su risa. Pero antes de que se produzca el disparo, le oigo inspirar bruscamente y soltar un grito de dolor.

El arma cae con un ruido metálico en algún lugar lejano, y con la vista borrosa miro a Hollis, que echa la cabeza hacia atrás cuando una figura vestida completamente de negro se convierte en una furiosa mancha borrosa.

Tengo la cabeza tan aturdida que la escena no es más que una película distorsionada ante mis ojos. La figura vestida de negro gira y le propina una patada en el pecho al ayudante del *sheriff*. Hollis grita y cae al suelo. La figura se abalanza sobre él y le cose la cara a puñetazos.

Incluso lleva las manos cubiertas con guantes negros, así que apenas puedo ver lo que está haciendo.

Hasta que saca una navaja y la sostiene a un lado.

Se inclina hacia delante y observo cómo baja la cabeza hasta situarla junto a la de Hollis. Este grita cuando le hunde la navaja en el costado. Veo cómo la figura se reclina y lo mira fijamente antes de apuñalarle el pecho a horcajadas sobre él.

Hollis grita cuando gira la hoja, y oigo una risa que parece delicada y femenina flotando en el aire.

La figura se pone de pie con la navaja aún clavada en el pecho de Hollis, quien gorgotea sangre al intentar hablar. Me balanceo sobre mi costado, tratando de levantarme antes de que venga a por mí.

Pero observo que se inclina sobre mí. Es pequeño. Muy pequeño. Y, cuando veo con mayor claridad, me fijo en sus hombros estrechos y su delgadísima complexión.

Pequeño. Pequeño. Pequeño.

La palabra no deja de repetirse mientras la figura se inclina y moja el dedo en la sangre que brota del pecho de Hollis. No puedo ver lo que hace la silueta en cuclillas, pero cuando se levanta, saca la navaja del pecho de Hollis y se la clava en la entrepierna.

Hollis deja escapar un último quejido de dolor, y el desconocido se lleva la navaja antes de alejarse y desaparecer de mi vista.

Busco a tientas el teléfono, y cuando por fin lo encuentro, me cuesta sujetarlo. Los dedos no me responden, así que se me resbala y cae al suelo. Cierro los ojos, y cuando los vuelvo a abrir, no sé cuánto tiempo después, me topo de repente con una cara conocida frente a mí.

—¡Logan! ¡Está aquí! —la oigo gritar mientras me sujeta la cara.

—Corre —susurro—. Corre.

Apenas le veo el rostro a través de la neblina, pero puedo olerla, sentirla, y sé que es ella por la forma en que me toca.

—No voy a ir a ninguna parte —dice Lana, mientras comprueba algo en mi cabeza—. ¡Aquí! —vuelve a gritar a algún eco en la distancia.

—¡Logan! —Apenas puedo reconocer la voz de Craig en medio del ruido blanco que lo envuelve todo—. Llamad a una ambulancia ahora mismo.

—¡Donny! —grita alguien, pero Lana no se va de mi lado.

Tengo la cabeza en su regazo y ella da órdenes a gritos y me hace preguntas demasiado rápido para que pueda responderlas.

Por fin cierro los ojos cuando ella grita mi nombre por última vez.

Me vienen demasiados pensamientos a la mente al reproducir la escena en bucle, tratando de encajar todas las piezas.

No ha sido un hombre el que acaba de salvarme la vida.

No era una bestia en absoluto.

Era una mujer.

Capítulo 6

Logan

La duda es una posición incómoda,
pero la certeza es un absurdo.
—Voltaire

—No pudo haber sido una mujer —rebate Donny mientras yo hago una mueca de dolor al incorporarme en la cama de urgencias.

Él está sentado, con una bolsa de hielo sobre la mandíbula. Hollis le golpeó en un lado de la cara con el bate que usó para atacarnos.

—Estoy de acuerdo con él —dice Elise con un suspiro—. Una mujer habría usado una pistola, no una navaja. Y, por cierto, el *sheriff* está dando a entender que Hollis actuó por su cuenta, y Johnson lo respalda alegando que la posible discordia que causaría tu presencia aquí no era nada nuevo. El director, por supuesto, dice que parece un hecho aislado y que no corremos peligro. Sigue intentando encubrirlo, incluso a costa de nuestras vidas.

Está furiosa, y con razón.

Lisa me agarra del brazo desde la cabecera de la cama y se acerca a mí acariciándome la mejilla con los dedos.

—Vamos a averiguar la verdad —promete.

Me aparto bruscamente de su caricia y miro hacia la puerta, donde Lana está de pie junto a Craig. Lisa retira completamente la mano cuando Lana la fulmina con una mirada gélida, pero luego suaviza la expresión al encontrarse con mis ojos.

Ella se queda al otro lado de la habitación y se me encoge el estómago. Tuvo que verlo todo. Probablemente esté muerta de miedo.

Craig se da cuenta de que no decimos nada y decide romper el silencio.

—Te salvó nuestra Muerte Escarlata —afirma Craig, lo que me hiela la sangre en las venas.

Hadley se levanta y se dirige hacia Lana cuando mi chica vuelve a fijar la vista en Lisa. Con la cabeza aún aturdida, me cuesta seguir el hilo de lo que está pasando.

Mientras Hadley le susurra algo al oído a Lana, comprendo las palabras de Craig.

—¿Cómo?

Él asiente con la cabeza.

—Está confirmado. Incluso dejó un mensaje.

Me pasa el teléfono, ampliando la foto.

VOLVED A TOCARLO Y QUEMARÉ
ESTE PUEBLO HASTA LOS CIMIENTOS
CON TODOS SUS HABITANTES DENTRO.

—Ha usado la sangre de Justin Hollis para escribirlo —dice Leonard desde la esquina, observándome con atención y luego mirando alternativamente de reojo primero a Lana y después a mí.

—¿Pero qué cojones es esto? —pregunto, confundido.

—Nos protege —dice Craig antes de suspirar—. Primero a Hadley, y después a ti y a Donny.

—En resumen, uno de los ayudantes te atacó y te salvó un asesino en serie sin escrúpulos al que le va eso de ir apuñalando a la gente —bromea Elise.

Vuelvo a mirar a Lana y le hago señas para que se acerque. Al principio parece dudar, pero acaba caminando hacia mí con pasos lentos y prudentes. En cuanto está lo suficientemente cerca, la rodeo por la cintura y ella se estremece entre mis brazos, con el cuerpo temblando mientras esconde la cara en mi cuello.

—Tienes que irte a casa —digo con suavidad, abrazándola con más fuerza—. Si el *sheriff* se ha atrevido a venir a por mí, contigo hará lo mismo.

—Lo dudo —contesta Leonard, que nos observa con expresión curiosa—. Probablemente esté más a salvo aquí que en casa, donde Johnson podría usarla contra ti. No es que sea precisamente

brillante, pero sí lo bastante listo como para darse cuenta de lo mucho que te importa.

Y, una vez más, mi trabajo la pone en peligro.

Lana me abraza y esconde la cara en mi cuello, clavándome los dedos en la espalda.

Habría sido mucho mejor para ella que jamás hubiera entrado en su vida.

Es como si estuviéramos condenados desde el principio.

—Necesito ir a comprobar algo —dice Leonard antes de salir de la habitación.

—¿Podéis darnos un minuto? —pregunto, mirándolos a todos.

—No —dice Hadley, encogiéndose de hombros—. Es demasiado peligroso. Puede que el subdirector Collins no sea consciente de la gravedad que ha adquirido este asunto, pero nosotros sí. Nos vamos a turnar para vigilarte.

—Leonard acaba de irse solo —señalo—. Dudo que yo sea el único objetivo.

—Eres el principal —se apresura a responder Hadley—. Eres el que tiene el poder para plantarle cara a Johnson. Nos supera a todos en rango, pero a ti no. Collins tuvo que recurrir a argumentos muy convincentes para conseguir que te enviaran aquí y evitar que el director desestimara por completo el caso.

Hadley está enfadada. Lana está temblando. Todos los presentes están tensos y preocupados.

Un asesino en serie ha tenido que salvarme del ayudante del *sheriff.* Definitivamente, el mundo está patas arriba.

Lana me besa en el lado del cuello, una muestra de afecto inocente mientras exhala un largo suspiro.

—Y encima estamos en el hospital del *sheriff* —comenta Lana en voz baja.

—He comprobado todo antes de que te atendieran para asegurarme de que ningún enfermero ni médico intentara hacer alguna gilipollez —dice Hadley con una mueca retorcida.

Me duele la cabeza.

Mucho.

Lana se echa hacia atrás y se seca rápidamente los ojos antes de que pueda ver si hay alguna lágrima. Ni siquiera lloró el día después de que la atacara el Hombre del Saco.

Se aclara la garganta cuando Leonard vuelve a entrar, y él fija la mirada en su rostro, que sin duda está manchado por las lágrimas. Necesito salir de aquí y estar a solas con ella.

Me levanto, todavía un poco mareado. Lana y Donny se acercan a mí y me ayudan a mantenerme en pie mientras Leonard sale y vuelve con una silla de ruedas.

—Solo para llegar al coche —dice Leonard con una sonrisa cuando le lanzo una mirada asesina.

Como no me apetece discutir ni depender de mi novia durante todo el trayecto, acepto la silla a regañadientes. Leonard me lleva hasta el ascensor. En cuanto salimos al vestíbulo, aparece un SUV con Hadley al volante.

Estoy tan atontado que no sé cuánto tiempo ha tardado en llegar ni cómo ha conseguido pasar por delante de nosotros.

Volvemos a las cabañas en relativo silencio, y Leonard atiende las llamadas que llegan desde el hospital por nuestra repentina salida. Nadie se opuso a que nos fuéramos, y era cuestión de tiempo que acabaran conmigo y lo hicieran pasar por un accidente.

—Dos por cabaña. Turnaos para permanecer despiertos —dice Donny cuando llegamos al alojamiento y empezamos a descargar el SUV, supervisándolo todo mientras yo estoy medio dormido.

—Me quedaré con Lana y con Logan —interviene Leonard.

—Yo me quedaré con ellos —rebate Hadley.

Leonard la señala con un dedo.

—Tú te quedas con Elise. Yo me quedaré con ellos. A Logan no le gustaría que te pusieras en peligro y, como bien has señalado, él es el objetivo principal.

Ella empieza a quejarse, pero la interrumpo.

—Ve con Elise —le digo.

Ella cierra la boca y mira a Lana. Se produce un intercambio silencioso entre ellas y Hadley se aleja, lanzando una mirada furiosa a Leonard al pasar por su lado.

Leonard me ayuda a entrar y Lana intenta echarle una mano. Yo apoyo casi todo el peso sobre Leonard.

—Si se marea o empieza a balbucear, avísame de inmediato —le dice Leonard a Lana mientras me colocan en la cama como si fuera un puto bebé.

—Lo haré —dice con suavidad, con la mirada perdida mientras me acaricia la cara.

—Estaré despierto hasta el amanecer y luego dormiré un poco. Quédate aquí con él y grita si necesitas ayuda. —Señala las ventanas de la habitación—. Hay dos puntos de entrada desde el exterior. Presta atención a ellos por si se atreven a entrar. No tengas miedo de usar el arma de Logan.

Deja mi pistola sobre la mesita de noche y Lana la observa con atención.

Ella asiente distraídamente, con la mano aún sobre mí, como si necesitara asegurarse de que no me he esfumado.

—Mantenme informado si sale a la luz nueva información —le digo a Leonard antes de que se marche.

Lana se acurruca junto a mí y me rodea la cintura con el brazo. Leonard la mira cuando me pasa la pierna por encima. No tengo ni idea de por qué la encuentra tan fascinante esta noche.

—Lo haré. Mañana, en cualquier caso. Esta noche no. Tu cabeza necesita descanso.

En cuanto cierra la puerta, Lana exhala profundamente y yo me abalanzo sobre ella.

—Siento que te hayas visto envuelta en todo esto otra vez. Quiero que te vayas a un lugar seguro —le digo, y le beso la cabeza cuando ella se acurruca aún más contra mí.

—No —afirma, sin rodeos—. No te voy a dejar.

—Tienes que hacerlo. Si te…

—O me quedo aquí contigo o busco otro sitio donde dormir en el pueblo. Tú decides —dice con firmeza y cierto enfado en la voz.

—Lana, solo quiero mantenerte a…

—No hay ningún lugar que sea seguro, Logan —dice con un hilo de voz—. No lo hay.

Estoy demasiado agotado para seguir discutiendo, y los ojos se me cierran solos. Ya batallaré mañana.

Capítulo 7

LANA

Mi vida es una lucha.
—Voltaire

Leonard me mira fijamente, tal y como no ha parado de hacer desde anoche. Me observa mientras preparo dos tazas de café y les añado leche.

—¿Quieres uno? —le pregunto a mi espectador.

—Ya me he echado, pero gracias.

Al principio pensé que sospechaba de mí, luego me dejó sola en la habitación con Logan y encima me dio una pistola. Entonces pensé que era un pervertido, pero esta mañana, cuando entró en la habitación para ver cómo estaba Logan y me pilló en bragas, se dio la vuelta de golpe.

Así que no sé qué mira tanto.

A menos que tenga putos monos en la cara.

—Así que Logan y tú vais en serio, ¿eh? —pregunta, levantando la taza de café que está bebiendo. No sé cómo no se duerme de pie. El sol acaba de salir y lleva despierto toda la noche.

—Eso creo. Al menos, yo sí.

—¿Piensas que él no?

Tengo que aprender cuándo cerrar el pico.

—Creo que sí —digo con una sonrisa forzada mientras me giro para mirar al señor Vigilante.

Se pasa un dedo por los labios con aire pensativo.

—¿Tienes familia por la zona de Washington?

Niego con la cabeza y sigo con mi tarea de remover ambos cafés.

—¿Ni un familiar siquiera?

Vuelvo a sacudir la cabeza.

—Te incomoda esta conversación, ¿verdad?

—No. Como persona tremendamente reservada, me encanta hablarle a un desconocido sobre mi pasado a primera hora de la mañana después de que atacaran a mi novio en un pueblo lleno de gente débil y cruel —respondo, cortante, sin apartar la mirada de él.

Abre los ojos ligeramente.

—Lo siento. Solo intentaba entablar conversación. Ninguno de nosotros tiene grandes dotes para conversar. Gajes del oficio.

Hago un gesto de indiferencia.

—Me pasó lo mismo con Logan la primera vez que nos vimos.

—¿Dejó de presionarte por tu pasado? Como digo, son gajes del oficio.

¿He dicho alguna vez lo poco que me gustan los cotillas?

—Le conté lo más importante. No a todo el mundo le gusta hablar de su pasado —digo, encogiéndome de hombros—. Le he contado más cosas que a nadie en años, pero no me presiona para que le proporcione más datos. Es una de las cosas que más me gustan de él.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro con incomodidad durante varios minutos. No tengo claro qué pretende.

—Hola. —La voz de Logan nos insta a ambos a volver la cabeza hacia la puerta del dormitorio, donde aparece sin camisa y caminando hacia mí. Dirige la mirada hacia Leonard—. ¿Ha pasado algo mientras dormía?

Leonard niega con la cabeza.

—Todo estaba en silencio, como un pueblo fantasma. El *sheriff* mantiene que Hollis era una mala hierba que actuaba por su cuenta y que no tiene ni idea de qué lo llevó a comportarse así. Johnson dice que ya ha investigado al resto de sus compañeros y nos asegura que ninguno de ellos tiene nada en contra de nuestro equipo. —Leonard pone los ojos en blanco.

—Increíble. Le ha dado tiempo a evaluar a más de veinte ayudantes desde anoche, por no mencionar a otros cinco agentes de policía —dice Logan sin emoción, pero con un tono claramente receloso.

—Este es el asunto más chungo en el que me he visto involucrado jamás —dice Leonard, apretando la mandíbula.

—Hoy deja a Donny con Lisa. Tú te vienes conmigo. Voy a dar con Carl Burrows y a obtener algunas respuestas acerca de Robert Evans.

Casi se me cae la taza de las manos, y suelto un taco cuando se derrama el café y me quema los dedos.

Logan coge unas servilletas y se lleva mi mano herida a la cara para examinarla. Siento la mirada de Leonard sobre nosotros, pero la ignoro. No sé qué es lo que le pasa, pero tampoco me importa.

Ayer por la noche, mientras atravesaba el pueblo a toda velocidad, más rápido que nunca, casi se me sale el corazón del pecho. Cuando vi a Hollis apuntando a Logan con su propia pistola, algo dentro de mí se quebró. Mi lado asesino se despertó y me deleité derramando su sangre aún más de lo que disfruté matando a Lawrence y Tyler.

Si Logan no hubiera resultado herido, habría prolongado su muerte durante días.

—Esta noche estará la Casa Encantada en el pueblo —dice Leonard sin venir a cuento mientras Logan me besa los dedos, donde ya ha desaparecido la quemadura del café.

—¿Y? —pregunta Logan, mirando hacia él.

—Que Kyle Davenport irá. Según sus palabras, no iba a perderse lo único bueno que hay en este puto pueblo por culpa de un asesino cobarde de mierda.

Leonard se encoge de hombros, sin mirarme a mí por una vez.

Sabía que Kyle no se perdería la Casa Encantada. Siempre se lleva a una chica, quiera ella o no, y se la folla en un rincón con el sonido de los gritos que tanto le excitan.

Así de enfermo está. Es una de las cosas que debería haberme hecho sospechar hace mucho tiempo, pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde y me convertí en una víctima. La gente pasa de largo porque piensa que todo forma parte del espectáculo «para adultos» de la Casa Encantada. Después de todo, es «la Casa del Pecado». Está diseñada para mostrar todo el pecado que se esconde en el mundo oscuro y demencial que se extiende más allá de los límites de Delaney Grove.

Condicionan a los niños para que tengan miedo de abandonarlo demasiado pronto. La casa para adultos es para mayores de dieciséis años, porque no basta con aterrorizar desde pequeños a mentes influenciables. Necesitan que los adolescentes rebeldes se sometan al terror multiplicado por diez, y llevan la Casa Encantada al extremo. Incluso se representan escenas de violaciones. A veces eran reales.

A Lindy la violaron en la Casa Encantada.

Hablando de Lindy, Antonio ya está en bancarrota, ha ocurrido antes de lo previsto. A ella le alegrará saber que está perdiendo todo lo que posee. Ayer mismo le quitaron el coche. Lo vi en directo en mi teléfono.

El hombre que llamó puta a su esposa pese a saber que todo lo que Kyle decía era mentira por fin está recibiendo su merecido. Solo quería seguir siendo un mecenas «muy respetado» de este pueblo, de modo que dejó a su mujer de lado y la condenó a sufrir sola.

Ahora solo queda esperar a que su vida se vuelva tan miserable que termine suicidándose.

—Es un puto gilipollas —balbucea Logan, acariciándome la frente con los labios. Me lleva un momento darme cuenta de que está hablando de Kyle.

—Estoy de acuerdo, pero el *sheriff* mandará a cuatro ayudantes a acompañarlo. Solo para que lo sepas —comenta Leonard, pero posa sus ojos en mí durante un segundo inquietantemente largo.

Ignoro su mirada, como llevo haciendo toda la mañana.

¿Cuatro ayudantes? Solo dos entrarán con él. A esos los puedo quitar de en medio fácilmente… Bueno, siempre y cuando estén en mi lista negra. Hasta ahora, solo hay un ayudante que es inocente de los crímenes cometidos hace diez años, además de las dos agentes del despacho.

Los otros dos ayudantes se quedarán fuera, vigilando que no haya ningún «hombre» sospechoso. No se darán cuenta de nada.

—Duerme un poco. Iremos a ver a Carl cuando hayas descansado —le dice Logan a Leonard, sacándome de mis pensamientos.

—Solo necesitaré unas tres horas —gruñe Leonard cuando se levanta.

Mientras se marcha, observo la sien de Logan, donde tiene cuatro puntos de sutura.

Logan no dice nada más antes de posar sus labios sobre los míos, sorprendiéndome con un beso intenso, profundo y estremecedor. Me inclino hacia él mientras me levanta y me coloca sobre la encimera. Cuando se posiciona entre mis piernas, las separo más en señal de invitación.

Alguien llama a la puerta e interrumpe el beso, dejándonos a ambos jadeando con mi frente apoyada en su pecho.

—¿Qué pasa? —grita Logan, sin moverse de donde está.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —dice Lisa desde el otro lado de la puerta—. Traigo café por si quieres abrir la puerta.

Hasta que no la raje, no va a parar.

—Tengo café y me encuentro bien. Gracias —responde Logan antes de reanudar el beso, atrayéndome hacia sí por las caderas.

Interrumpo el beso porque Lisa vuelve a llamar a la puerta, pero la ignoro cuando pronuncia su nombre.

—¿De verdad que estás bien? —le pregunto, obviando la punzada de pánico que me invade al pensar en lo cerca que estuve de llegar demasiado tarde.

—Sí —susurra, rozando sus labios con los míos—. Márchate, Lisa —añade en voz alta.

Ella resopla lo suficientemente fuerte como para que se oiga, pero Logan me levanta y me lleva de nuevo al dormitorio. Nuestra habitación está justo al lado de donde Leonard intenta descansar, así que procuro no hacer ruido cuando Logan me acuesta en la cama.

Siseo cuando empieza a quitarme los pantalones cortos.

—Leonard está…

—Roncando ya. Duerme como un tronco y no se enterará de nada.

Sonrío contra sus labios cuando me besa de nuevo, y los pantalones cortos se me deslizan por las piernas. Sigo besándolo incluso cuando él prácticamente me arranca las bragas. Y nuestros labios permanecen unidos cuando finalmente me penetra, tomándome lentamente, con deseo, y recordándome lo mucho que lo quiero.

—Te quiero —susurro al aire tan bajito que no creo que lo escuche.

Solo espero que nuestro amor sea lo suficientemente fuerte como para superarlo todo.

Sudoroso y sin aliento, me penetra una y otra vez, y yo le araño la piel, aferrándome a él para aprovechar cada segundo de esta cercanía. Nuestros labios chocan, incapaces de encontrar el ritmo adecuado para besarnos suavemente, y él mueve las caderas con más ímpetu, golpeando ese punto dentro de mí que me hace perder el control y gritar su nombre.

Cuando detiene el movimiento de sus caderas, me acaricia la cara con la nariz y se estremece al alcanzar el clímax.

—Me encanta todo de ti —susurra, acariciándome la mandíbula con los labios.

Sonriendo, corro al baño para asearme y él me da una palmada en el culo al pasar. Ahora que parece estar bien, poco a poco voy recuperando la calma.

Al salir del baño, la tenue melodía de una canción que identifico y la inconfundible voz de una mujer que conozco demasiado bien me golpean como una tonelada de ladrillos.

«Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco y te llevará».

Doblo la esquina y me asomo a la sala de estar, donde Logan está viendo la televisión, y siento que el alma se me cae a los pies mientras los ojos se me llenan de lágrimas. La cara sonriente de mi madre aparece en la pantalla. Está feliz, ajena al cruel futuro que le aguarda.

Recuerdo esa noche con total claridad. Murió antes de poder ver lo horrible que se había vuelto este pueblo.

«Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá».

Saca una llamativa pieza de bisutería que se asemeja a un anillo de diamantes y se la entrega a la niña que está a su lado. Ella tiene los ojos de un verde brillante y le tiemblan un poco las manos, porque está en el escenario y tiene miedo. Pero su madre la tranquili-
za acariciándole la barbilla, obligando a la niña a concentrarse solo en ella y no en el público.

«Duérmete, niño…».

El vídeo se detiene y el corazón me da un vuelco en el pecho cuando Logan dirige su mirada hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Logan, que me observa con el ceño fruncido.

Me aclaro la garganta y asiento.

—Sí —digo con voz ronca, consciente de la tensión con la que hablo—. ¿Quién es?

Señalo la pantalla congelada en la que aparece la sonrisa de mi madre.

—Jasmine Evans. Estoy tratando de descu-
brir a alguien entre el público que destaque más de la cuenta, dado que el sospechoso está aprovechando lo que ocurrió esa noche para aterrorizar al pueblo.

Él vuelve a mirar la pantalla, pulsa el botón de reproducción y yo veo a mi madre cantarle a la niña inocente que solía ser. Ahora le sonrío en la pantalla, sin prestar atención a las miradas del público. Solo ella era capaz de calmarme mirándome simplemente a los ojos.

Una lágrima me resbala por la mejilla cuando ella se inclina y me besa en la frente en la vieja cinta. No había nadie que interpretara mejor ese papel. Se representaba la misma obra cada año, y mi madre actuó en ese escenario du-rante tres seguidos porque la gente quedaba hipnotizada por su voz y su capacidad para transmitir.

Debería haber sido actriz y haber difundido el mismo amor y alegría por todo el mundo con su sonrisa.

Yo quería ser como ella.

Hasta que aparecieron ellos.

Hasta que me destrozaron y acabaron convirtiéndome en esto.

El espejo sigue mostrando los mismos ojos, pero todo lo demás es diferente. Es como ver a otra persona. Una persona que ha dedicado su vida a luchar por la verdadera justicia.

—Solo la enfocan a ella. No consigo ver al público —dice Logan, interrumpiendo mis pensamientos mientras avanza rápidamente por las imágenes de mis mejores recuerdos.

—No podían apartar los ojos de ella —digo para mis adentros, mientras me seco una lágrima del ojo.

Él no me oye, y yo reprimo las ganas de rogarle que lo vea hasta el final para que sea testigo de lo increíble que era mi madre. Para que pueda hacerse una idea de quién podría haber sido yo.

Pero me limito a morderme la lengua cuando él saca el DVD y lo sustituye por otro. Se me revuelve el estómago cuando veo en la pantalla que las imágenes del juicio de mi padre han sustituido los dulces recuerdos de mi madre.

Mientras él ve la cinta, yo vuelvo al dormitorio. Tal como le dije a Hadley: la mente es demasiado frágil para algunos estímulos visuales, y yo conozco mis límites.

Capítulo 8

Logan

El secreto de aburrir a la gente
consiste en contarlo todo.
—Voltaire

—¿Dónde está Craig? —pregunta Leonard, rompiendo el silencio que reinaba en el coche.

—Justamente lo llamó el director para que lo ayudara en un asunto relacionado con los medios de comunicación al norte del estado. Johnson está a cargo de toda la prensa que cubre este caso.

Murmura algo entre dientes antes de añadir:

—Me toca las narices que sea tan obvio lo que están haciendo y que nadie nos ayude a frenarlo.

—Solo necesitamos pruebas. Además, tenemos que conocer toda la historia.

—Sería mucho más fácil resolver este rompecabezas si nuestro asesino nos lo explicara todo con detalle. Es obvio que quiere que sepamos la verdad —se queja Leonard.

Lleva absorto en sus pensamientos casi todo el viaje.

—Quiere que averigüemos la verdad por nosotros mismos. Cree que nos pondremos de su lado, y por eso nos ha estado protegiendo.

Leonard se gira para mirarme.

—¿Acaso te lo estás planteando?

Sacudo la cabeza.

—No. Comprendo que lo que pasó hace diez años fue una auténtica atrocidad, y no siento ninguna empatía por las víctimas que hemos ido encontrando hasta ahora, pero jugar a ser juez, jurado y verdugo no tiene excusa. Además, ya sé cómo acaban estos casos. Comienza como una venganza, con personas concretas señaladas claramente como objetivo, pero al final deriva en una

masacre cuando el sospechoso se descontrola y acaba con cualquier cosa que perciba como amenaza.

Vuelve a mirar por la ventana. Él también ha presenciado casos como estos.

—¿Y qué pasa si este fuera diferente?

—¿Cómo? —pregunto, confundido.

De nuevo se gira para mirarme.

—Ha habido casos excepcionales en los que los asesinos por venganza solo se han cobrado la vida de aquellos que les habían hecho daño, sin más víctimas colaterales.

—En contadas ocasiones —le recuerdo—. Y casi todos acaban con un tiroteo entre la policía y el sospechoso.

—La mayoría de los que buscan venganza lo hacen por sí mismos. Eso es lo que provoca el brote psicótico: estar demasiado cerca de los desencadenantes cuando las emociones acaban por tomar el control —añade—. Suponemos que este sujeto busca venganza en nombre de otras personas. Podría ser capaz de distanciarse e incluso de crear vínculos afectivos, a diferencia de otros asesinos por venganza, ya que dudo que se trate de un sicario con trastorno delirante.

Suspiro profundamente, con cansancio.

—Entiendo que hayas entrado en conflicto, y más en este caso, dado todo lo que ya sabemos y lo que hemos visto. Pero, si no lo detenemos, morirán personas inocentes. Nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano —digo con calma, aunque una voz dentro de mi cabeza contradice mis palabras.

Desvía la mirada antes de responder.

—Él o ella intentó conseguir ayuda. Intentó buscar justicia. No se la brindaron.

—¿Él o ella? —pregunto con curiosidad.

—A quien buscamos —dice con contundencia—. No sé si debemos seguir hablando en masculino si, según comentaste, te pareció ver a una mujer.

—¿Me crees? —Nadie más lo hizo.

—Viste a Hollis. Viste a Lana. ¿Qué te hizo creer que el sospechoso era una mujer si no llegaste a verle la cara? Los

hombres también pueden ser de complexión pequeña, y en este caso, tratándose de un sujeto tan organizado, estoy convencido de que ha tomado medidas para dificultar la investigación forense. Esta persona podría haber disimulado sin problema su verdadera estatura y peso con las técnicas adecuadas.

Me quedo en silencio, sintiendo que me invade un escalofrío. Nadie se ha tomado la molestia de creerme.

—Los hombres también pueden ser de complexión pequeña —digo, de acuerdo con él.

—¿De qué altura estamos hablando?

—Alguien con la estatura de Lana.

Se aclara la garganta.

—Eso es muy específico —dice en voz baja—. Aun así, no explica por qué crees que es una mujer.

Mi mente vuelve a las imágenes borrosas de la pequeña figura derribando a Hollis y lanzándose sobre él.

—Juraría que escuché una risa femenina. Era fría y provocadora, casi como si disfrutara matando.

Se revuelve en su asiento y palidece un poco.

—¿En serio?

—Esta persona podría estar obsesionada con Victoria o Marcus Evans, lo que le llevaría a creer que es uno de ellos o que está vinculado a ellos. Sería lo más lógico habida cuenta de que hemos descartado a los pocos amigos que tenían en este pueblo. Yo no descarta-
ría la posibilidad de que esté actuando en su nombre.

—Un sospechoso capaz de luchar, matar y planear meticulosamente asesinatos con técnicas para burlar la investigación forense responde a un perfil demasiado organizado como para matar en nombre de otra persona. Eso sería indicativo de que sufre un brote psicótico —argumenta Leonard—. Y, obviamente, sigue siendo lo suficientemente racional como para mostrar paciencia y control, lo que descarta automáticamente cualquier tipo de episodio de esa naturaleza.

Me quedo callado, pensando en todas las preguntas que han quedado en el aire. Todo concuerda y al mismo tiempo nada tiene

sentido.

Es como si necesitara que le creásemos un perfil propio. Incluso se podría llegar a pensar que se trata de una mujer completamente opuesta al perfil habitual de una asesina en serie, dada la naturaleza tortuosa de los crímenes.

—¿Recuerdas el caso de San Antonio en el que estuvimos trabajando hace seis años? —pregunta Leonard finalmente, con voz pensativa mientras mira por la ventana.

Ni siquiera necesito que me refresque la memoria.

—El del padre que mató a cinco chicos que habían violado a su hija en una fiesta universitaria.

Asiente, todavía absorto en sus pensamientos.

—Llegó a ir a la comisaría del campus —le recuerdo—. Mató a dos agentes antes de que lo atrapáramos.

—La policía del campus nunca dio por válida la denuncia. Cuando los interrogamos, dijeron que era muy común que las chicas pobres se emborracharan y denunciaran violaciones en las fiestas de las fraternidades para intentar sacarles dinero a los chavales ricos —dice Leonard, cerrando los puños—. Tengo una hermana. Cada vez que ocurre algo así, pienso en ella.

—Caroline es capaz de cuidarse sola —le recuerdo—. Machacaría a cualquier tipo que intentara tocarla.

—Por eso fue una estupidez descartar a una asesina solo porque las víctimas eran hombres fuertes a los que se les había derribado a base de fuerza. Mi hermana ha participado en veinte competiciones diferentes y ha ganado muchas de ellas. Sería capaz de reducir fácilmente a cualquiera de esos tíos —señala, pensativo—. Si una mujer supiera a lo que se enfrenta y se hubiera preparado con antelación para dificultar la investigación, sabría que trazaríamos un perfil lo bastante sexista como para descartarla por su género.

Aprieto los labios. Lo discutiría si no fuera por la figura pequeña que vi y la risa femenina que escuché.

—Lindy May Wheeler estaba impartiendo clases en la escuela infantil a las horas en las que se cometieron algunos de los asesinatos —continúa—. Lo comprobé anoche.

Lindy May es demasiado miedosa como para ser una asesina calculadora. Ni siquiera sospeché de ella.

—Si alguien se hubiera ensañado con Caroline de esta manera y nunca se hubiera hecho justicia, no creo que mi reacción hubiese sido mejor que la del asesino al que estamos intentando encontrar —dice en voz baja—. Albert Rawlings se dejó matar cuando terminó. Se había quedado sin balas cuando apuntó con su arma a los policías que lo habían acorralado. Para él, todo había acabado. Nunca tuvo en mente matar a nadie más. Y obligó a la policía a acabar con él porque no le quedaba ya nada por hacer ni por lo que vivir.

Soltando un suspiro de cansancio, vuelvo a pensar en ese caso. Fue uno de los pocos en los que no se produjo una masacre.

—Caroline aprendió a utilizar su complexión y peso a su favor frente a oponentes más corpulentos, así como todas las debilidades del cuerpo a las que podía sacar partido. También aprendió a controlarse mucho al practicar diversas formas de artes marciales —continúa Leonard—. No se trata solo de fortalecer el cuerpo, sino también la mente. Esta sospechosa podría haber estado entrenando para el cuerpo a cuerpo, además de prepararse psicológicamente para afrontar el inminente brote psicótico. Es obvio que estudió hasta el último detalle, así que no sería raro.

Si ese es el caso, es diez veces más organizada de lo que pensábamos.

—Si la desconocida está aquí con nosotros, es posible que los dos desaparecidos ya estén muertos —continúa—. Empezó a acelerar el ritmo de los asesinatos para poder estar aquí con nosotros cuando llegara el momento.

—Incluso dejó a uno vivo para poder volver —añado.

—Así que tiene suficiente control como para dejar de lado sus planes y venir a este pueblo, tal vez incluso para velar por nosotros.

«Velar por nosotros…».

—Un detalle más que no encaja con el perfil —digo, con un largo suspiro.

—Exactamente. La venganza es la motivación principal de estos asesinos, pero ella está aquí para asegurarse de que no nos pille

desprevenidos un pueblo que ella sabía que era lo suficientemente corrupto como para intentar matar a un agente del FBI.

—Entonces la verdad le importa más que la venganza —digo en voz alta mientras intercambiamos teorías.

—O tiene los pies bien puestos en la tierra y no quiere que muera ningún inocente más a manos de este pueblo.

Sus palabras apuntan a una mentalidad que no encajaría con el sospechoso si se tratara de una venganza. Una vez más, nos encontramos con contradicciones, independientemente del perfil que elaboremos.

—Centrémonos en lo que tenemos. La desconocida lleva en el pueblo el mismo tiempo que nosotros, pero solo ha matado una vez —dice Leonard mientras conduzco—. Y fue para salvarte a ti.

—Y a Donny —le recuerdo.

Él se aclara la garganta.

—Tiene el suficiente control como para permitirnos descubrir lo que necesitamos saber y posponer los siguientes asesinatos —añade.

—Pero posiblemente eso se deba a que Kyle es el siguiente y está protegido las veinticuatro horas del día. No ha puesto un pie fuera de casa desde que empezó todo esto.

Él asiente despacio.

—Nuestra desconocida está dejando mensajes para aterrorizarlos a todos, y usa la voz de Jasmine Evans para recordarles el origen de esta corrupción.

Giro en una curva y él continúa:

—Anoche hablé con Lindy May —dice para mi sorpresa—. Cuando le conté lo que habíamos averiguado acerca del pasado, me dijo que solo conocía a tres de las víctimas de Kyle Davenport y que era un violador en serie, además de un posible sociópata.

Aparco en la acera y apago el motor antes de girarme para mirarlo.

—Es el hijo del *sheriff* y no nos dejan interrogarlo.

Él arquea una ceja.

—Estamos capacitados para descifrarlo. Si se trata de alguien que disfruta violando mujeres…

No termina la frase.

—Entonces podría ser el asesino original —gruño, y luego maldigo antes de golpear el volante.

—Quizás por eso no lo ha matado todavía.

Dirijo la mirada hacia la anodina casa azul que se encuentra entre dos casas blancas. Este pueblo se encuentra fuera de la jurisdicción del *sheriff*. Algo me dice que Carl Burrows no se mudó aquí por casualidad.

—Vamos a ocuparnos de esto antes de indagar en lo de Kyle —le digo a Leonard.

—El *sheriff* Cannon y Johnson no van a permitir que hablemos con Kyle. No me entra en la cabeza que Johnson encubra al verdadero asesino. Hasta en el peor de los casos, no deja de ser un puto agente.

—Porque la cagó. Le importa más su ego que la justicia —digo mientras bajo del coche.

Kyle tendría diecinueve años en ese momento. Una edad demasiado inmadura como para ser el asesino de entonces, a pesar de que encaja en todos los demás aspectos del perfil.

A menos que Lindy May tenga razón y sea un sociópata. Estamos buscando a un psicópata. Los sociópatas no pueden fingir empatía. Los psicópatas sí.

Cuando recorremos la acera, veo a alguien que nos mira desde la ventana a medida que nos acercamos a la puerta. Las cortinas se cierran de golpe y se balancean por la sacudida, y entonces la puerta se abre antes de que lleguemos al porche.

Es bajito y se nota que tiene ascendencia oriental por la forma de sus ojos y mejillas. Tiene el pelo oscuro y largo, recogido en una coleta. Por el aspecto desaliñado de su ropa arrugada y el olor corporal que percibo desde aquí, parece que tampoco sale mucho.

—¿Son el agente especial Logan Bennett y el agente Stan Leonard? —pregunta cuando subimos a su pequeño porche.

Frunciendo los labios para ocultar mi sorpresa, muestro mi identificación, al igual que Leonard.

Burrows se acomoda las gafas en la nariz para leer nuestros nombres, y luego levanta la vista y nos hace señas para que

entremos rápidamente. Resisto el impulso de taparme la nariz al entrar. Hay comida en mal estado esparcida por todas partes, cubierta de moscas y metida en peceras. Hay otras urnas con más cosas dentro, pero tengo el estómago tan revuelto que no puedo fijarme en ellas.

Leonard tose y se tapa la nariz.

—El olfato es el sentido más débil de todos. En unos minutos ya no notarán el olor —nos asegura Burrows mientras nos guía por su casa.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Leonard conteniendo las náuseas.

—Estudio el proceso de descomposición y la consiguiente actividad de los insectos. Es parte del programa forense que dirijo para ayudar a identificar la hora de la muerte en casos difíciles de datar.

—¿En su casa? —pregunta Leonard, con arcadas de nuevo.

—En el laboratorio tengo otros experimentos en marcha, y de todos modos desde casa puedo supervisar mejor las cosas.

—¿Cómo sabía que íbamos a venir? —le pregunto mientras recorremos su cocina, donde tiene varios «experimentos» más entre manos.

Huele como si la muerte se hubiera mezclado con algo podrido y juntos hubieran engendrado cinco vómitos.

Un escalofrío le recorre el cuerpo, se mete un chicle de nicotina en la boca y lo mastica compulsivamente.

—¿Creen ustedes en los fantasmas? —nos pregunta completamente en serio, mirando a todas partes con nerviosismo.

Leonard ladea la cabeza.

—No, ¿por qué?

—Porque yo sí. Soy un hombre empírico, pero considero que se dan demasiadas variables inexplicables en la vida como para creer que las cosas son tan concisas y sencillas como dice la ciencia. En una ocasión, un psíquico resolvió un caso en el que trabajaba.

Confundido, me apoyo contra la pared y dejo que divague.

—Dijo que el culpable era tuerto. Vio al asesino a través de los ojos de la víctima muerta y lo describió con todo detalle, desde el

ojo hasta el tatuaje de serpiente que tenía en el cuello. La policía encontró al tipo y también a su próxima víctima en el maletero del coche. Ella aún estaba viva. Y no, el psíquico no tenía ninguna relación con él. De hecho, ayudó a resolver muchos otros casos. Se autodenominaba médium, pero yo sigo refiriéndome a él como psíquico, porque ellos ven cosas que las personas normales no pueden ver, ¿saben?

Miro a Leonard y él me mira a mí.

Al unísono, volvemos la mirada hacia el excéntrico doctor, que, al parecer, ha pasado demasiado tiempo a solas con comida en descomposición. No estoy seguro de cómo afectaría a la psique de una persona pasar un periodo prolongado en un entorno como este, pero apues-to a que estamos ante los resultados de esa pregunta.

—¿Por qué estamos hablando de psíquicos? —le pregunto con cautela, intentando sin éxito seguir el curso de su pensamiento.

—Porque lo he llamado hoy. Dijo que necesitaría tocar a una víctima o algo relacionado con el asesino. Lo invité a mi casa y tocó la pared. No me dijo nada sobre el asesino. En cambio, me dijo que el agente especial Logan Bennett y el agente Stan Leonard estaban en camino. Me dijo que llegarían en diez minutos. Me pidió que les contara todo lo que sabía sobre Robert Evans.

Leonard saca el móvil de inmediato.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

—Neil Mullins. Está limpio. No es a quien están buscando. Es un médium auténtico y ayuda a resolver casos que de otro modo se estancarían. Pero dijo que se negaba a involucrarse en este porque el asesino persigue almas demasiado oscuras y él no puede salvarlas. Dijo que hay espíritus que le suplican que ayude al asesino y que esas almas oscuras están atrapadas por las más luminosas, que las mantienen aprisionadas. Solo le ha pasado eso en contadas ocasiones.

Leonard baja el teléfono mientras mira a Burrows como si hubiera perdido la cabeza.

—Pueden comprobarlo. Lleva mucho tiempo colaborando con el FBI —añade Burrows.

Leonard se aleja, probablemente para hacer justo eso y averiguar si este tipo tiene alguna relación con Delaney Grove o con las víctimas.

No le contamos a nadie que íbamos a venir aquí, excepto a nuestro equipo.

—¿Por qué la pared? —le pregunto a Burrows.

Él señala por encima de mi cabeza y yo me giro, retrocediendo para ver las palabras rojas que tenía detrás.

—Las letras empezaron a aparecer una a una esta mañana justo enfrente de mis ojos —susurra entre temblores.

SE ACABARON LOS SECRETOS.
CUENTA MI HISTORIA. SALVA TU ALMA.

—Nunca quise mantener en secreto los detalles de la muerte de Robert Evans. Eso fue cosa del *sheriff* y del doctor Barrontine. No mía. No fui yo —dice apresuradamente, con el miedo, la cafeína y la nicotina haciéndole hablar a toda velocidad.

—¿De qué detalles habla? —pregunto, dándome la vuelta para mirarlo.

—No tengo pruebas, pero recuerdo el caso. Estaba haciendo mi residencia allí. Después de ese asunto, se truncaron mis aspiraciones de ser médico forense y me convertí en científico. La ciencia no tiene nada que ver con la política. Es intrínsecamente sucia, pero no está mancillada por el ser humano. Es simple matemática y verdad, y lo único que tengo que hacer es exponer los hechos. Nunca quise mentir, agente especial Bennett. Le juro que estoy diciendo la verdad.

—Comprobado —dice Leonard con tono confuso cuando vuelve a entrar—. Joder, ha estado en México ayudando a resolver varios asesinatos cerca de la frontera durante los últimos dos meses.

Un médium. He trabajado con ellos antes, y o bien son unos estafadores o gente que busca llamar la atención y que hacen más mal que bien al aportar datos infundados que entorpecen o desvían la investigación.

Y, sin embargo, ¿este tipo nos conocía por nuestro nombre? Joder, si ni siquiera Elise sabe el nombre de pila de Leonard. Lo mantiene en secreto porque se lo puso su padre, y es un tema muy delicado.

—Lo investigaremos más tarde —digo, señalando el mensaje que hay sobre nosotros.

Leonard se queda sin aliento.

El asesino sabía que íbamos a venir aquí. Puede que no nos haya nombrado, pero sabía que vendríamos hoy.

Nos está vigilando.

Así es como supo que a Donny y a mí nos iban a atacar.

Así es como está escribiendo estos mensajes sin ser visto.

—Sé que era el fantasma de Evans —continúa Burrows—. Dejó esto —dice, recogiendo un paquete de clavos pequeños.

Suelto un suspiro apretando los dientes.

—¿Que dejó esto? ¡Es usted un científico forense! Debería saber que las pruebas no se tocan —gruño antes de sacar un guante y una bolsa de pruebas.

Los lanza sin cuidado sobre el microondas y se rasca los brazos con nerviosismo.

—Los fantasmas no dejan huellas —dice, sin parar de masticar el chicle.

—Cuéntenos todo lo que sabe sobre Robert Evans —le digo al inquieto científico, que se está metiendo otro chicle de nicotina en la boca.

Etiqueto la bolsa y Leonard le saca una foto, antes de hacer otra a las palabras que están sobre el marco de la puerta.

—Son exactamente los mismos clavos que usaron con él.

Una pieza del puzle encaja en su sitio.

—¿Cómo dice? —pregunto, confundido.

Me doy cuenta de que hay varios tipos de clavos en la bolsa, y no solo de los pequeños. También hay unos más largos, como el que encontramos en el estómago de una de las víctimas.

—Le dieron clavos. Lo obligaron a tragárselos —dice Burrows tragando saliva con dificultad, como si pudiera saborearlos—. El propio *sheriff* Cannon se los metió a Robert en la boca. Robert lloraba, les suplicaba que parasen, defendiendo su inocencia una vez

más. Lo intenté —se apresura a añadir, mirándome a los ojos—. Intenté detenerlos. Uno de sus ayudantes me golpeó con la culata de la pistola y me dejó sangrando en un rincón.

Se traga el chicle y se mete dos más, masticando con la misma intensidad mientras Leonard se sienta lentamente en una silla.

—Los clavos le perforaron el esófago. Escupía sangre y gritaba de dolor. Entonces sacaron las porras y le hicieron cosas terribles por detrás. Las utilizaron para violarlo en repetidas ocasiones, sujetándole la cara contra la mesa mientras sangraba por ambos extremos. Cuando todos terminaron de cometer aquellos actos aberrantes, el *sheriff* lo mató a golpes.

Se atraganta con el chicle y se lo escupe en la mano, dejando un reguero baboso y pegajoso hasta que lo tira a la basura.

—Se lo conté al agente que estaba al mando en aquel momento. Se llamaba Johnson. Miller Johnson. Dijo que era un asunto de la policía municipal y que tenía asesinos de verdad a los que dar caza.

Leonard y yo intercambiamos una mirada, y el enfado se refleja en su rostro. *Esto* es lo que Miller ha estado ocultando.

—Lo sabía —continúa Burrows, mordiéndose las uñas mientras cambia el peso de un pie a otro—. Él lo sabía antes de que ocurriera. No mostró sorpresa alguna cuando se lo conté. Más tarde, esa misma noche, vinieron a verme y me dijeron que, si volvía a contar lo que había visto, me harían lo mismo a mí. Me fui del pueblo, terminé mi residencia en otro lugar y me dediqué a la investigación científica. Los insectos son menos peligrosos que las personas.

Leonard suelta un suspiro largo y yo contengo las ganas de ir a buscar a Johnson y reventarle la puta cara.

—Era inocente, ¿saben? —dice Burrows, levantando la vista de nuevo hacia mí—. Evans, quiero decir. No mató a esas mujeres. No pudo haberlo hecho. El asesino era zurdo y Evans era diestro. Se rompió la mano izquierda cuando un niño se la aplastó en una taquilla a modo de broma. Kyle Davenport, para ser más concreto.

Se me hiela aún más la sangre.

—Victoria Evans rompió con Kyle por eso. Le gritó delante de todo el instituto. Tres meses más tarde, a Robert Evans lo declararon culpable de aquellos asesinatos. El proceso judicial más rápido en la

historia de los casos de homicidio. Y se produjeron dos asesinatos justo la semana después de que le rompieran la mano izquierda. No podía haber sido él, pero aquello no interesaba. No quisieron escuchar a los expertos. Solo prestaron atención al pedante del agente Johnson. El *sheriff* Cannon solo buscaba a alguien a quien acusar.

Se mete un nuevo chicle en la boca y se limpia las manos en la camisa arrugada y un tanto maloliente.

—¿Quién más puede saber lo que le pasó a Evans? —le pregunto.

—Nadie que esté dispuesto a hablar. La mayoría de los ayudantes estaban en el ajo. Y Kyle Davenport también, por supuesto. Estuvo presente. He oído rumores de que hizo básicamente lo mismo con esos chicos, solo que aquella noche no llevaba clavos.

Parece que Kyle Davenport está en el origen de todos los problemas.

—¿Hay alguna posibilidad de que fuera zurdo?

—¿Kyle? —pregunta Burrows, palideciendo. Cuando asiento, él apenas susurra—: Sí.

Diecinueve. Diecinueve años es una edad muy temprana para ser tan metódico como lo era el asesino en serie original. Según los informes, cada asesinato se cometió con rabia. Un ataque de ira podría empujar a un sociópata a un arrebato homicida, si es que Lindy tenía razón y no estaba exagerando al utilizar ese término para describirlo.

Si hubiera tenido entre diez y veinte años más, habría encajado perfectamente en el perfil.

—Tenemos que encontrar la forma de hablar con Kyle Davenport —afirma Leonard con expresión sombría.

—Pero ya —añado.

—Llamaré a ese médium de camino a Delaney Grove —dice mientras nos dirigimos a la puerta.

—Y le pediré a Hadley que venga para ver si puede encontrar algo útil —digo yo con un suspiro, cerrando la puerta tras de mí al salir de la casa de Burrows.

—Lo dudo. Nuestra desconocida nunca deja huellas.

—¿Eso es todo? —grita Burrows detrás de nosotros, y me giro para verlo asomar la cabeza por la puerta.

—Por el momento.

—¿Puedo trasladarme a un hotel? Ahora mismo no me siento seguro.

Como no me apetece convencer a un científico de lo ridículo que es creer en fantasmas, me limito a asentir con la cabeza.

Leonard parece distante, incluso pensativo.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando nos subimos al coche.

No arranco, sino que cojo mi iPad y abro las fotos de las escenas de los crímenes anteriores.

Él se gira para mirarme.

—Ayer por la noche decidimos que por la mañana vendríamos a casa de Carl. El sospechoso habría tenido que actuar entre el momento en que tomamos la decisión tras volver del hospital y nuestra llegada a casa hoy.

Asiento lentamente.

—Creía haber averiguado algo, pero al parecer estaba equivocado porque ahora es del todo imposible —se lamenta.

—¿El qué? —pregunto, curioso, con los dedos suspendidos sobre la pantalla.

—Nada que suene sensato ya. Supongo que todo era producto de mi imaginación. ¿Qué estás buscando? —Señala mi iPad.

—El sujeto sabía que a Donny y a mí nos estaban atacando. El sujeto sabía que íbamos a venir hoy. El sujeto conoce cada movimiento que hacen sus víctimas. Este sujeto es un observador. Nos está vigilando desde algún lugar y…

Dejo de hablar cuando me fijo en los diminutos agujeros. Apenas los recordaba porque me pareció que no tenían importancia.

—Cada casa tiene uno en casi todas las habitaciones —le digo a Leonard—. Excepto en algunas de las últimas víctimas, en las que el sospechoso actuó a toda prisa. —Señalo los pequeños agujeros del tamaño de un clavo.

—Demasiado pequeños para ser de cámaras —responde.

—Ya sospechábamos que la agresora contaba con una inteligencia muy superior. ¿Y

si dispone de este tipo de tecnología? Eso explicaría cómo consiguió salvarme a tiempo
anoche.

—Ahora hablas en femenino —apunta.

—Todo mi ser me dice que se trataba de una mujer.

—Te creo —dice con aire distraído.

—Ya no lo dices tan convencido como cuando veníamos de camino.

Pongo el coche en marcha y dejo a un lado el iPad. Saber que la desconocida nos está observando es, en realidad, algo positivo. Hadley puede acceder a la transmisión de vídeo si encuentra la señal, e incluso podría hackearla para localizarla.

—Como decía —murmura Leonard entre dientes—, creía haber descubierto algo más.

Capítulo 9

Logan

Hay verdades que no son para todos
los hombres ni para todos los tiempos.
—Voltaire

Dos agentes nos bloquean el paso en cuanto pisamos el porche delantero de la casa de Kyle Davenport.

—Lo siento, agentes, pero no está permitida la entrada sin la autorización del *sheriff* —me dice el que tengo delante.

Chad Briggs. Me acuerdo de él.

Me limito a sonreír.

—A menos que queráis que llame a más compañeros por estar obstaculizando una investigación federal, os sugiero que os apartéis de mi camino.

Briggs da un paso hacia mí con un brillo desafiante en los ojos.

—El agente especial Johnson es el responsable de su unidad. Si él quiere venir a hablar con Kyle, yo no me opondré, pero nos tomamos muy en serio el peligro que corre su vida, así que no vas a dar un paso…

Sus palabras terminan en un gruñido cuando le agarro la muñeca, se la retuerzo y lo lanzo de cara contra la pared de la casa. Leonard saca su arma cuando el otro ayudante del *sheriff* intenta empuñar la suya como un idiota.

—A ver si nos entendemos —le digo a Briggs mientras le aprieto el brazo con más fuerza detrás de él, arrancándole un grito—. Hablaré con quien me dé la gana, sobre todo teniendo en cuenta que anoche intentasteis acabar conmigo. Si sois listos, mantendréis la boca cerrada hasta que me haya ido. De lo contrario llamaré a todos los putos contactos que tengo en el FBI para traer a un ejército de agentes a este pueblo y contarles que un puñado de ayudantes del *sheriff* corruptos intentan quitar del medio a un

agente federal. Ahora, ¿te apartas o prefieres que empiece a llamar a gente?

Deja de forcejear y siento que se tensa.

—Ya decía yo. Piensa en lo que harías si un extraño atacara a uno de los tuyos. Pues yo también tengo amigos que actuarían así, ayudante.

Él maldice, y el otro tipo se da la vuelta y entra en la casa llamando a Kyle mientras Leonard enfunda su arma.

Briggs se frota la muñeca herida y yo le doy un empujón que lo obliga a pasar delante de nosotros. Prefiero hablar con Kyle a solas, pero no quiero que nos echen encima al *sheriff* como un perro de presa antes de que pueda intercambiar unas palabras con él.

—¡Kyle! —vuelve a gritar el otro ayudante.

—Que sí, que ya voy —dice una voz al otro lado del pasillo.

Kyle Davenport aparece sin nada más que una toalla y una ceja arqueada.

—¿Quién coño sois?

Es más delgado que las otras víctimas, pero igual de fuerte, como si hiciera ejercicio pero no quisiera ganar volumen. Tiene el pelo oscu-
ro, que le cae casi por encima de los ojos, también oscuros. Es alto, más o menos de mi estatura.

—¿Qué te parece si soy yo quien hace las preguntas aquí? —digo con una sonrisa de suficiencia.

—Son unos tipos del FBI —farfulla el otro ayudante.

—Creía que papá había dicho que mantuvierais a esos capullos lejos de mí —dice Kyle arrastrando las palabras, sin inmutarse en absoluto por nuestra presencia.

Se deja caer sobre una silla, todavía solo con la toalla.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta con indiferencia.

—En realidad sabemos bastante sobre ti. Solo queríamos conocer al hombre que violó y asesinó a dos chicos con solo diecinueve años. El mismo que participó en una brutal agresión pocas noches antes —le suelto.

Kyle frunce los labios, pero los dos agentes dejan escapar un grito ahogado.

—¡Ni de coña, vamos! Dijiste que solo queríais hablar. No vais a venir aquí a acusarlo de asesinato —grita Briggs, levantando el móvil.

Kyle se limita a mirarme, inclinando la cabeza con aire despreocupado. Se cree intocable. No hay un atisbo de emoción en su rostro. Es un sociópata, no un psicópata.

No es nuestro hombre.

—Ya tengo todo lo que necesito, ayudante —digo mientras me pongo de pie.

Llaman a la policía de inmediato, pero Kyle habla justo cuando llego a la puerta.

—Esa morenita tan guapa que ronda por el pueblo… ¿Es tu novia, *agente?* —pregunta Kyle, sonriéndome con sorna cuando me doy la vuelta.

—Pues sí —pronuncio las palabras con naturalidad, sin dejar que perciba la rabia que hierve en mi interior.

Él se relame, sin dejar de sonreír.

—Será mejor que no la pierdas de vista. En un pueblo con tantos solteros te pueden quitar a una chica como esa enseguida.

Quiere que responda de forma agresiva, probablemente es lo que espera. Busca deleitarse poniéndome nervioso con esa amenaza velada. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no dejar que se salga con la suya.

—Es gracioso. Justo estaba pensando en que Lana podría hacer que desearas no haber nacido —digo despreocupadamente.

Leonard se relaja a mi lado, siguiéndome el juego mientras se obliga a mostrar una postura calmada.

—Las mujeres me adoran —insiste Kyle—. Les encanta todo lo que les hago. Seguro que a ella también le gustaría.

Leonard interviene antes de que pierda los papeles.

—Parece que no ves las noticias, ¿no? —le pregunta Leonard, sujetando la puerta abierta para que salgamos.

—No tengo tiempo para eso —dice Kyle con desgana.

—Lo suponía —continúa Leonard—. Porque entonces sabrías que fue Lana la que mató al asesino en serie de Boston conocido como el Hombre del Saco.

La sonrisa burlona de Kyle desaparece y nos mira fijamente, probablemente buscando una señal de que le estamos mintiendo.

—Con su propia navaja —añado, manteniendo una sonrisa que transmite una oscuridad a la que no estoy acostumbrado.

—Después de que la atacara —continúa Leonard—. Él le doblaba en tamaño y había violado y asesinado a varias mujeres. Ella le dio una paliza y luego lo apuñaló, acabando con su vida justo cuando él se abalanzaba sobre ella.

Acto seguido, Leonard se marcha y yo me obligo a hacer lo mismo. Sí, ha exagerado la historia, pero Kyle ya no sonreía cuando me he dado la vuelta.

—Ahora no la tocará —dice Leonard en voz baja.

—Debería sacarla a toda hostia del pueblo este —digo con apenas un susurro mientras nos subimos al coche sin mirar atrás.

Con tanto tiempo al volante, ya se está haciendo tarde. El sol está a punto de ponerse y lo único que quiero es abrazar a Lana y sentir que está a salvo.

—Puede que Kyle Davenport no fuera el asesino en serie de entonces, pero te garantizo que pronto se convertirá en uno, si es que no lo es ya —dice Leonard mientras conducimos de vuelta a las cabañas.

—Y acaba de amenazar a mi novia.

—Ya te he dicho que no va a hacerle nada. No ha encajado muy bien eso de que no sea una debilucha a la que poder dominar.

—¿Y si se lo toma como un reto? —señalo.

—No le interesan los retos. Va a lo fácil —dice con un suspiro—. En este momento Lana está más segura con nosotros que en cualquier otro sitio sola.

Me revuelvo en el asiento y piso el acelerador para cruzar el pueblo.

—No dejo de ponerla en peligro con mi trabajo.

—Gajes del oficio —dice con tono sombrío—. Puede con esto, Logan. Es posible que sea de las pocas que pueden.

—Pero ¿no es muy egoísta por mi parte pedirle que lo haga?

No responde porque estamos llegando a la cabaña, donde el *sheriff* y Johnson esperan fuera. Cuando nos bajamos del coche,

Lana está custodiando la puerta, con la cadera hacia un lado y sonriéndoles con aire burlón.

—*Sheriff,* puede decir lo que quiera, pero no va a pasar por aquí sin ponerme las manos encima. Como se le ocurra, presentaré cargos por agresión. Me da igual que sea su cabaña. Existe una cosita llamada ley que dice que no puede registrar un lugar cuando está ocupado por huéspedes a menos que dichos huéspedes le den permiso. Si quiere, puedo buscarlo en el teléfono.

Se mantiene firme, con la mirada clavada en ellos, y Johnson aprieta la mandíbula.

—No tienes derecho a…

—¿Qué cojones está pasando aquí? —exijo saber, subiendo al porche.

Lana le hace señas con el dedo al *sheriff* cuando él intenta pasar a la fuerza junto a ella. De alguna manera, se las arregla para bloquearle el paso a pesar de su tamaño.

—No me toque, *sheriff*. Estoy grabando todo con mi móvil y pienso hacerlo público.

Él mira alrededor y ella sonríe.

—No soy tan estúpida como para tenerlo a la vista.

—¡He dicho que qué cojones pasa!

Me interpongo delante del *sheriff,* protegiendo a Lana.

—Hoy te has pasado de la raya —gruñe el *sheriff*—. Y he recibido una llamada diciendo que te han visto comprando drogas a Lenny Tolls, el camello de la zona. Así que he venido a registrar tu habitación. Si encuentro algo, te mandaré con tus superiores para que se ocupen de ti.

—Tienes que estar de coña, ¿no? —espeta Leonard.

Increíble. Después de hablar con su hijo, están desesperados y empiezan a cruzar límites.

—Ya les he dicho que si dejan que Elise y los demás registren a sus hombres, podrán entrar y echar un vistazo —afirma Lana con una sonrisa dulce, pero con aspecto desafiante.

El *sheriff* la fulmina con la mirada, y le pongo la mano en la cadera, intentando tirar de ella hacia atrás. No quiero que empiece a considerarla un objetivo, maldita sea.

—¿Por qué coño iba a permitir que me registren? —suelta el *sheriff*.

—Porque si va a meter algo aquí dentro, lo mejor es que le registren antes. Si no tiene nada que ocultar, ¿por qué no se deja? —Lana sigue insistiendo, no quiere morderse la lengua y se abre paso a empujones hasta colocarse a mi lado.

—Deberías ponerle una correa, Bennett. Ahora, si no tenéis nada que ocultar, echaos a un lado —espeta Johnson.

Lana empieza a abrir la boca y yo se la tapo, apretándola contra mí. Ella no se resiste, pero me lame la mano como una niña malcriada.

—Deja que te registre y podrás hacerlo —digo, encogiéndome de hombros.

Lana se relaja a mi lado. Tiene una puta mente brillante y es tremendamente observadora.

Leonard contiene una sonrisa.

—No voy a dejar que me registres —gruñe el *sheriff*.

—Pues entonces no te dejaré pasar.

—Es mi puta cabaña.

—La misma que el departamento ha alquilado hasta que se resuelva este caso. Está a mi nombre. Para acceder, necesitas mi permiso o una orden de registro, que tendrá que pasar por diversos trámites, teniendo en cuenta que estoy trabajando en un caso activo que involucra la corruptela de este pueblo. Te sorprendería saber cuántas personas se pasarían por aquí si aparecieran acusaciones tan oportunas como esta.

El *sheriff* da un paso atrás y entrecierra los ojos. Me señala con el dedo.

—Mantente lejos de mi hijo. Esto no va a quedar así. Conseguiré que te echen de mi pueblo, chico.

—Para ti soy agente especial Bennett, *sheriff*. Suerte con eso. Me ocuparé de demostrar que eres un hijo de puta corrupto, asesino y mentiroso mientras tú te dedicas a intentar que me saquen de aquí.

Él palidece un poco, y noto que Lana sonríe contra mi mano. Por lo visto, está orgullosa.

Debería.

Podría habernos causado un montón de problemas si hubiera conseguido colocar aquí alguna movida falsa y luego la hubiera «encontrado».

Johnson me lanza una mirada asesina.

—¡Este es *mi* puto caso! ¡Solo estás aquí por cortesía! —dice Johnson con los dientes apretados.

—Este es *mi* puto equipo. Tú solo estás aquí para salvarte el culo. El director poco puede hacer por ti, Johnson. Es solo cuestión de tiempo que la gente se dé cuenta de lo interesada que es la ayuda que te está brindando con esto. No tientes a la suerte.

Lanza una maldición y observo cómo él y el *sheriff* se dan la vuelta y se marchan. Leonard se relaja visiblemente y luego mira a Lana.

—¿Cómo sabías lo que iba a hacer? —le pregunta.

Ella se encoge de hombros cuando le libero la boca por completo y me seco la mano mojada en el pantalón vaquero.

—Lo vi una vez en un episodio de una serie policíaca. El policía corrupto se deshizo del bueno inculpándolo con droga. Pensé que era una situación muy probable en un pueblo como este, y no quería arriesgarme.

Elise sale al porche.

—Hadley está dentro con una cámara. Lo ha grabado todo. Como Lana también se aloja aquí, tenía todo el derecho a impedirles la entrada. Ha hecho bien.

Elise lo dice como si le sorprendiera.

Le agarro la barbilla a Lana y le levanto la cabeza para mirarla a los ojos.

—No te metas con ninguno de esos dos. Lo último que necesito es que te pongan una diana en la espalda.

—No estaba metiéndome con ellos. Simplemente estaba ejerciendo mis derechos como ciudadana estadounidense —dice con inocencia. Incluso bate las malditas pestañas, y Leonard resopla, apartando la mirada mientras una risa silenciosa le sacude el cuerpo.

—Lo digo en serio —digo con severidad.

Ella sigue pestañeando con esos ojos de falsa inocencia.

—No pienso ceder y tragar, agente Bennett. A menos que sea para usted, claro está.

Leonard ya no puede contenerse y se aleja entre carcajadas. Yo refunfuño cuando veo que ella esboza una sonrisa. Lisa murmura algo, sorprendiéndome con su presencia cuando sale desde un lateral de la cabaña.

Lana lucha sin éxito por contener una sonrisa, y yo pongo los ojos en blanco.

—Hadley, tú te quedas aquí esta noche. Los demás tenemos que ir a otro sitio. Mantén los ojos abiertos —le digo mientras atraigo a Lana hacia mí.

—Siempre tengo los ojos bien abiertos, Bennett —bromea Hadley mientras se levanta y se dirige hacia la puerta.

Cuando se marcha, empujo a Lana contra la pared y aplasto mis labios contra los suyos, callándola antes de que pueda decir nada más. Ella gime en mi boca, agarrándome la camisa para acercarme más a ella.

Y entonces decido que mis planes pueden esperar.

Capítulo 10

LANA

La casualidad es una palabra sin sentido;
nada puede existir sin una causa.
—Voltaire

—¿Crees en las casualidades? —le pregunto a Jake mientras apoyo los pies en el salpicadero de su coche.

Estamos escondidos dentro, aparcados entre las sombras, y observamos cómo se va formando una larga cola para entrar en la Casa del Pecado, abierta una única noche. Debería resultar evidente que este pequeño espectáculo de una sola función está más concurrido que cualquier otro evento que se celebra en el pueblo a lo largo del año. Debería ser prueba suficiente de que esto está plagado de enfermos con la mente oscura y trastornada por tantos años de opresión.

—¿En las casualidades? Sí.

—¿Casualidades tan grandes como la nuestra?

Él suspira con fuerza.

—¿De qué va todo esto, Lana? Estás empezando a preocuparme de verdad.

Juego con las puntas de mi pelo, fijando la mirada en ellas mientras esperamos.

—Marcus siempre creyó que nada pasaba por casualidad. Que todo estaba entretejido en los planes del destino y que todo tenía un propósito.

—¿Qué propósito tiene lo que les sucedió hace diez años a toda tu familia y al único hombre al que he amado? —Formula la pregunta con calma, pero se le da bien ocultar cuando se enfada.

—No he dicho que fuese un propósito bueno —le digo con suavidad, extendiendo el brazo para entrelazar nuestros dedos.

Él me aprieta la mano y respira hondo.

—Si no hubiera sido nuestra familia, habría sido otra —continúo.

Recuesta la cabeza y mira desde la punta de su nariz hacia la fila cada vez más larga frente a la Casa del Pecado.

—¿Cuál diría Marcus que fue la razón? —pregunta, aunque con voz rasposa.

—Tú lo conocías igual de bien que yo, si no mejor. Dímelo tú —respondo, y esta vez soy yo quien le aprieta la mano.

Se le tensan los labios por un momento, pero entonces responde:

—Si hubiera sobrevivido, tú y yo no habríamos acumulado tanta rabia como para sumergirnos en la oscuridad y hacer lo que fuera necesario para vengarnos. De no haber sido tu padre el chivo expiatorio, le habría tocado a otro hombre y a su familia.

—Y no todo el mundo es capaz de volverse tan cruel como para cortarles la polla a varios hombres y torturarlos durante días sin perder del todo su humanidad —añado encogiéndome de hombros.

Él se ríe por lo bajo, sacudiendo la cabeza.

—Sí. Sin duda repararía en eso, y lo expresaría casi con las mismas palabras. También diría que nadie tendría la determinación necesaria para llevarlo a cabo, salvo tú y yo. Destacaría que aprendí a programar precisamente por esta razón. Que me especialicé en informática justo por esto.

Centro mi atención en Logan cuando pasa junto a nosotros, mirando a su alrededor como si estuviera buscando a alguien o algo. Aquí estamos bien escondidos entre los demás coches, y hay un sensor que nos avisa si alguien se acerca demasiado.

Mi mejor amigo es increíblemente paranoico en ese sentido.

—Nos habría dicho que Kyle Davenport podría haber sido la peor persona del mundo y no pagar por ello si yo no hubiera sido la única superviviente y hubiera vuelto para cobrar su deuda —digo con tono más serio.

—Y también que el *sheriff* se habría salido con la suya igualmente y que nadie se habría atrevido a plantarle cara —añade con la misma seriedad.

—¿Qué opinaría de Logan? —pregunto cuando este saca el móvil, supongo que para contactar con un compañero de su equipo.

Están esperando a Kyle, seguramente para ver si alguien se fija en él. Yo ya lo tengo localizado. Está justo en medio de la fila, aguardando su turno.

Cada vez que le veo la cara se me revuelve el estómago, así que me niego a seguir mirándolo. Con él me va a costar mucho controlarme. Voy a querer rebanarle trozos y trozos de carne… Sabrán que lo hice con rabia.

A menos que le arranque toda la piel al muy cabrón.

La casa encantada no es realmente una casa. Son cuatro remolques grandes con agujeros en la parte delantera y trasera, encajados unos con otros y apoyados sobre bloques en la calle. Mañana se los volverán a llevar, y permanecerán almacenados hasta el año que viene.

Dudo que haya un próximo año.

Kyle se pasa la mano por el pelo oscuro y le da un pellizco en el trasero a la chica que lo acompaña, que no parece muy contenta de estar con él. Hace años, cuando cometí la estupidez de salir con él, era demasiado brusco. Imagino que ahora será peor, a juzgar por el moretón que ella tiene en el ojo.

Me obligo a apartar la mirada y me vuelvo hacia Jake, expectante por su respuesta. Parece absorto en sus pensamientos, y empiezo a creer que no me ha oído.

—Diría que fue demasiada coincidencia como para que no tenga algún significado —responde al fin, con palabras que suenan casi reverentes.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ¿qué probabilidades hay de que te topes con el agente del FBI encargado de tu caso? ¿Y de que te enamores de él? ¿Y de que él se enamore de ti? Estabais desti-
nados a cruzaros, pero él no estaba destinado a detenerte, porque si no ya lo habría hecho. Ni siquiera yo, un hombre totalmente empírico, soy capaz de desmerecer lo que tenéis tildándolo de mera casualidad. Quizá su destino era sacar a relucir tu humanidad justo cuando más lo necesitabas.

Al mirarme, sus ojos se suavizan.

—Lo siento. Sé que cada asesinato te insensibiliza más. Te ha tocado asumir la peor parte. El simple hecho de prestarte mi humilde ayuda me ha dejado una marca imborrable en el alma.

Aprieto los labios y vuelvo a mirar a Logan.

—Él aviva mis sentimientos —digo, a pesar de que es algo que he repetido muchas veces—. En realidad, siento que con cada asesinato mi alma se repara, siempre y cuando él esté conmigo después.

—Te mantiene con los pies en la tierra y bien anclada a la realidad para que no acabes encajando en el perfil. —Se inclina hacia mí, me da un apretón en la rodilla y me besa en la mejilla.

Le dedico una sonrisa débil cuando apoya su frente contra la mía.

—Te da un motivo para mirar al futuro con ganas —añade en voz baja—. Y gracias a él, has recuperado una parte de ti misma que creías perdida. Eso también me ha hecho a mí albergar la esperanza de tener un futuro algún día, Lana. Así que quizá Marcus tenía razón. El destino es un cabrón despiadado, pero todo tiene un propósito.

Suelto un bufido y me seco una lágrima mientras él sonríe y mira al frente, apartándose de mí. La mirada perdida y dolorida de sus ojos delata que está dándole vueltas a todo lo que él y Marcus podrían haber sido, aunque diga que nunca piensa en eso.

He derramado demasiadas lágrimas después de jurar que nunca volvería a llorar. Supongo que Jake tiene razón cuando dice que Logan ha despertado mi humanidad.

Sin embargo, no puede impedir que sea un monstruo.

Si estuviera destinado a detenerme, ya lo habría hecho, tal y como dice Jake.

Kyle se va acercando al principio de la fila y Chad Briggs se mueve con él. El otro ayudante del *sheriff* que lo acompaña es Trevor Byron. Hay otros dos apostados cerca de la parte delantera, donde termina la Casa del Pecado.

Esos dos saldrán vivos.

Al menos esta noche.

Están en mi lista negra, pero creo que sería demasiado ambicioso intentar acabar con cinco de una sentada. Al fin y al cabo, no soy más que una chica.

Sonriendo, observo cómo se van acercando.

—Que empiece el espectáculo —me dice Jake, tendiéndome la peluca/máscara.

Ya llevo puesto el mono. El acolchado disimulará mi complexión y peso. Palpo el bolsillo para comprobar que la jeringuilla sigue ahí.

Jake y yo tendremos que trabajar en equipo con lo de Kyle para asegurarnos de que Logan no me pille con sangre hasta las cejas.

—¿Crees que podrás llegar allí con el coche sin que nadie te vea? —le pregunto.

—Nadie dirá ni pío —se burla, arqueando una ceja.

—Vamos a hacer que las ovejas cambien de pastor —digo mientras salgo del coche y me pongo la máscara.

Todo el mundo va disfrazado, así que solo unos pocos se fijan en mí cuando paso por delante. No puedo ocultar mi altura, pero después de salvar a Logan anoche, eso ya no importa.

Me vio.

Bueno, más o menos. Me preocupaba que me hubiera visto con todo detalle, pero estaba tan aturdido que no se fijó bien. Lo arriesgué todo con tal de salvarlo.

Es difícil pelear escondiendo la cara, pero está claro que lo conseguí.

Todavía me pregunto qué habría dicho o hecho si me hubiera visto bien y supiera que la asesina de sus pesadillas fue precisamente quien lo salvó por amor.

Entro por la puerta lateral y nadie lo cuestiona, dada mi vestimenta. En este pueblo nadie hace preguntas. Simplemente aceptan las cosas tal como vienen, porque así se lo han inculcado.

La multitud se separa cuando llego, gritando a medida que me abro paso entre ellos. A todo el mundo le encantan los gritos, y cuando salgo de entre las sombras, aún más gritos llegan a mis oídos.

Me lleva un momento encontrar el rincón que ha preparado Jake, y empujo a una chica para que se aparte, haciéndole creer que estoy tomando el relevo como parte del plan. La desorganización también tiene sus ventajas.

Por muy popular que sea, sigue siendo una iniciativa del instituto, y no cuenta con ningún orden más allá de la puesta en marcha original.

Ella se va llevándose consigo su hacha falsa, y yo enchufo mi sierra eléctrica.

A Trevor es al primero al que veo, y enciendo la sierra mientras escucho a algunos de los que están delante de él gritar aterrorizados, aun pensando que todo es falso.

La mugrienta habitación está iluminada por una luz estroboscópica que parpadea entre las máquinas de humo y las luces rojas del fondo. Trevor se hace a un lado, esperando a que Kyle y los demás lo alcancen. Sonrío detrás de la máscara antes de agarrarlo.

—¡Suéltame, capullo! —exclama—. No se te permite tocar a la gente.

Ay, cómo me gustaría que me viese sonreír.

Todos gritan cuando le clavo una navaja en el pecho y lo tiro a un rincón. La gente se echa a reír mientras él se ahoga en su propia sangre.

—¡Qué cutre! —grita un adolescente—. Buen intento, ayudante Byron. Mejor limítese a su trabajo.

Mientras el ayudante del *sheriff* sigue desangrándose, veo a Kyle al fondo, como era de esperar, merodeando por el área del «burdel», situada en un lado. La sala en la que estoy ahora se llama «el mentiroso».

La escogimos a propósito.

Echo una sábana sobre Trevor mientras la sangre sigue brotando y extendiéndose por su pecho. Él me mira conmocionado cuando le cubro la cabeza, arropándolo para un largo sueño.

Se desangrará delante de todos.

Pero ese no es el plato fuerte.

Chad Briggs aparece justo cuando pongo en marcha la sierra eléctrica, y se escuchan más gritos a mi alrededor cuando finjo que me acerco demasiado a la fila de personas. Muevo la cabeza de un lado a otro, con una actitud aterradora.

Vuelvo a poner en marcha la sierra justo cuando Briggs se acerca, tras dejar holgazanear un poco más en la sala del burdel a Kyle, que mira a dos chicas besarse mientras de los pezones les gotea sangre falsa que les mancha las camisetas blancas.

Briggs me mira, confundido, analizando mi particular elección de disfraz. Me acerco, pero él se mantiene firme con aire de suficiencia mientras cada vez más gente pasa corriendo, gritando como si fuera un asesino en serie loco.

«A ver…».

Con un empujón rápido e inesperado, tiro a Chad al suelo y todos a nuestro alrededor estallan en gritos frenéticos. Chad abre mucho los ojos y suelta un taco cuando se da cuenta de lo que pasa, pero ya es demasiado tarde.

—No puedes verme —le digo mientras le clavo la sierra y la pongo a máxima potencia.

Un grito desgarrador emerge de sus labios cuando la sierra le atraviesa el pecho, cortando la carne y salpicando de sangre a los que están en la fila.

—¡Hostia puta! ¡Pero si parece de verdad, coño! —grita un chico.

Sonrío con malicia mientras hundo aún más la sierra y le corto el abdomen, dejándole al descubierto los intestinos para que todos los vean.

La gente empieza a pasar corriendo por nuestro lado, gritando mientras señalan y sacan fotos. Es una pena que piensen que lo que están viendo son efectos especiales muy bien hechos. No saben que están presenciando un asesinato.

Mientras Chad se ahoga en su propia sangre, Kyle se acerca y yo me inclino para susurrarle mi frase favorita.

—Soy Victoria Evans. La hija del hombre al que matasteis. La hermana del chico al que dejasteis morir. La víctima a la que convertisteis en un monstruo. Os voy a matar a todos.

Intenta articular alguna palabra, pero me quedo observando con morbosa fascinación sus infructuosos intentos de retener los intestinos dentro de su cuerpo. Kyle palidece, la chica que le acompaña se tambalea hacia atrás y yo me acerco a él.

Él sabe perfectamente que esto no es falso.

Intenta darse la vuelta y huir, pero le lanzo la sierra y le doy justo en la nuca.

Lástima que no esté encendida.

Le da tal golpe que lo derriba al suelo, y su novia grita y sale corriendo en medio de la masacre.

Cojo un bote de sosa cáustica al tiempo que arrastro a Kyle por los pies hacia la puerta.

—¡La mejor sala del mentiroso de la historia! ¡Me cago en la leche! ¡Esto va a ser imposible de superar el año que viene! —grita un adolescente completamente asombrado mientras Chad sigue boqueando para pedir auxilio.

Arrojo la sosa cáustica que he traído sobre la sábana que hay junto a la puerta, empapando a Trevor con ella.

Más gritos brotan de debajo de la sábana mientras el olor a carne podrida y sosa cáustica se mezclan e impregnan el aire.

Me empiezan a arder los ojos, pero la máscara que llevo debajo de la máscara —sí, llevo una debajo de otra— evita que inhale la mayor parte de los vapores.

Sin embargo, la gente sale pitando entre gritos de horror cuando sienten la quemazón.

Con todo el alboroto, nadie se percata de que arrastro el cuerpo inconsciente de Kyle hasta la zona donde hay un agujero en el suelo. Nadie me ve meterlo dentro mientras Trevor sigue gritando.

Nadie se da cuenta de quién es la persona enmascarada que lo arrastra bajo la casa de los horrores ambulante.

Me meto en el agujero, al no ver los pies de nadie corriendo. Por ahora. Detrás de mí se oyen unas ruedas acercándose, y miro el móvil para comprobar por las cámaras que Logan está hablando con Leonard.

Los dos agentes que están fuera irrumpen en la casa cuando la novia sale corriendo sola. Es ahora o nunca.

Rápidamente salgo rodando de debajo del remolque y arrastro a Kyle conmigo. Está inconsciente cuando veo que se abre la puerta trasera de un coche. Varias miradas se dirigen hacia nosotros y me llevo el dedo a los labios, haciendo el gesto universal de silencio.

Una mujer palidece y aparta la mirada, con todo el cuerpo paralizado. No se mueve ni dice nada.

Jake lleva puesta la máscara y, tras girarse en su asiento, agarra a Kyle por el brazo y me ayuda a meterlo en el vehículo. Le clavo la jeringuilla en la cadera para asegurarme de que no se despierta.

No hablamos, y lo dejo marchar mientras yo me giro y me alejo como si no acabara de ayudar a secuestrar al hijo del *sheriff.* Estoy deseando tener cinco minutos a solas con él.

Mientras suenan las sirenas y el caos se vuelve cada vez más frenético, oigo a Logan gritar el nombre de alguien y comprendo que ya se han dado cuenta.

Ahora empieza la mejor parte.

Como hacen los asesinos en las películas, me interno tranquilamente en el bosque sin que nadie me siga.

Algo me dice que Delaney Grove nunca volverá a ver una casa encantada con los mismos ojos.

Capítulo 11

Logan

El sentido común es el menos común
de los sentidos.
—Voltaire

—¿Cómo coño es posible que un asesino pase por delante de nosotros, entre y mate a dos agentes antes de secuestrar al hijo del *sheriff* y que nadie vea nada? —sisea Donny, tapándose la nariz.

Si nuestra desconocida quería arruinar la escena del crimen, hizo un trabajo excelente al volcar un bote de sosa cáustica.

No estoy seguro de lo que había aquí antes de que Kyle Davenport entrara como un estúpido, ni de lo que la asesina trajo consigo.

—Hijos de puta, habéis ido a ver a mi hijo ¡y ahora ha desaparecido! —grita el *sheriff* mientras yo intento reconstruir el macabro ataque.

Chad Briggs. Hablé con él antes. Trevor Byron también es… *era*… conocido.

A Chad lo han abierto con una sierra delante de una multitud que observaba con gran atención sin ser consciente de que no era parte del espectáculo. A Trevor lo han apuñalado y luego lo han rociado con sosa cáustica.

—Ahora está atacando a cualquiera que se interponga en su camino —dice Lisa mientras se quita el guante y mira con asco las partes del cuerpo de Chad Briggs que hemos podido recuperar. No se puede manipular el cadáver de Trevor hasta que lleguen los trajes de protección.

Chad Briggs se ha quedado vacío por dentro, se le han salido todas las vísceras al tener que levantarlo para sacarlo fuera y examinarlo como es debido. Aquí no disponemos de forense, y aunque ellos cuentan con uno, no me fío de él.

El *sheriff* ya ha llamado a la unidad canina, y la mayoría de sus ayudantes están en el bosque tratando de seguir el rastro de sangre que ha dejado la sospechosa.

—Creo que esto estaba planeado —interviene Leonard—. Chad Briggs ya era ayudante del *sheriff* hace diez años. Igual que Trevor Byron. Están involucrados en lo que le ocurrió a Robert Evans.

—Es una mera coincidencia —dice Lisa, restándole importancia.

—Podía haberle hecho daño a la chica que iba con Kyle, que alertó a los otros dos de lo que estaba pasando, pero no lo hizo. Así que ella controla perfectamente a quién mata —argumenta Leonard.

—¿Ella? ¿Ahora *tú* también crees que se trata de una mujer? —se queja Lisa—. No podemos desentendernos del perfil que tenemos. ¿Qué sentido tiene entonces crearlos?

—No ajustar el perfil lo hace igualmente inútil, y empiezas a pensar como Johnson —señalo.

Ella me fulmina con la mirada y yo desvío mi atención a Elise.

—¿Tienes algo?

Niega con la cabeza.

—Nada útil. La gente vio a un tipo con una máscara de Michael Myers en la zona del mentiroso y pensaron que Trevor Byron formaba parte del espectáculo. Lo mismo ocurrió con Chad Briggs. Algunos incluso llegaron a pensar que Trevor era un actor pésimo, sin darse cuenta de que se estaba muriendo. Otros creyeron que lo de Briggs eran unos «efectos especiales» increíbles.

—¿De Michael Myers? —dice Leonard, acercándose.

Ella asiente.

—¿Cómo saben que era un hombre si iba enmascarado? ¿Y qué dicen de la altura o el peso? —le pregunto.

—Iba ataviado con un disfraz completo de Michael Myers. Máscara, pelo, ropa…, todo. Supongo que dieron por hecho que era un hombre. Y nadie prestó suficiente atención como para calcular su altura. Me han dicho de todo, desde metro y medio hasta dos metros. Algunos dicen que era un tío grande. Otros dicen que era delgado.

—Hay que tenerlos cuadrados para idear un plan tan atrevido como este —dice Leonard en voz baja.

—¡Ya era hora, me cago en la puta! —oigo que brama el *sheriff.*

Miro hacia allí cuando llegan las unidades caninas y él empieza a darles instrucciones. Si encuentran a Kyle, será un auténtico milagro. A estas alturas, es posible que la atacante ya esté haciendo de las suyas.

Echo un vistazo para analizar los rostros de todos los que están detrás del cordón policial. La novia parece un poco magullada, pero esos moretones ya estaban ahí antes de que llegara la asesina.

Tardó más de lo que debería en pedir ayuda, así la persona a la que buscamos tuvo tiempo de sacar a Kyle de aquí. Probablemente utilizó el agujero que había en el suelo.

Aun con todo planeado, ¿la desconocida dejó escapar a la novia? Lo dudo.

Leonard me sigue cuando me acerco a la chica, que se muerde las uñas con una manta sobre los hombros mientras se balancea de un lado a otro.

—¿Señorita Blanks? —Al mencionar su apellido, levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos—. ¿Le importa venir a hablar con nosotros?

Ella asiente con la cabeza y pasa por debajo de la cinta para acercarse. No está en estado de *shock* a pesar de lo que ha visto.

—Señorita Blanks, sé que el *sheriff* ya ha hablado con usted, pero le agradeceríamos mucho que nos contara todo lo que ha visto —le digo en voz baja, tratando de parecer tranquilo y cercano, a diferencia del lunático que no debería estar al frente de esta operación de búsqueda.

—Estaba oscuro. Solo podía distinguir sangre y vísceras, pero vi cómo aquel loco le lanzaba la sierra a Kyle. Le dio en la cabeza. Pensé que luego vendría a por mí.

—Pero eso no sucedió —dice Leonard con tono tranquilizador—. ¿Qué pasó después?

Ella se muerde el labio.

—Salí corriendo, pero me giré y vi que estaba arrastrando a Kyle. La gente lo pisaba al pasar y todo, entre risas y gritos. Nadie se daba cuenta de que era real, pero yo sí. Algunos entraron en pánico al ver a Chad porque era repugnante. Empezaron a dudar, pero

nadie dijo ni pío. Al final, cuando vi que seguía tirando de Kyle, salí y les señalé a los otros dos agentes por qué zona estaban.

—¿No vio el agujero por el que escapó? No estaba cubierto ni nada por el estilo —señalo.

—Estaba demasiado asustada como para fijarme —dice, sin mirarme a los ojos.

Intercambio una mirada con Leonard. Si no les decía nada sobre el agujero, tendrían que atravesar todo el recorrido en sentido contrario y abrirse paso entre una multitud de personas que los ralentizarían. Vio el agujero. Decidió no mencionarlo, pero les contó lo que estaba pasando para evitar que el *sheriff* sospechara de ella.

—Gracias por su tiempo, señorita Blanks —digo mientras Leonard y yo nos alejamos.

—Me da la impresión de que la novia quería que Kyle desapareciera —dice Leonard en voz baja.

Miro a mi alrededor, observando todas las caras, que no parecen estar en absoluto molestas.

—Aquí hay gente que ha visto algo —afirmo, fijándome en todas las personas que susurran entre ellas, pero sin intención de decirnos nada a nosotros ni a los hombres del *sheriff*.

—Las lealtades están cambiando de bando —murmura Leonard.

—¿Qué? —pregunto también entre susurros.

Él hace un gesto a nuestro alrededor.

—A estas personas se les ha condicionado durante años y años para que no expresen su opinión, pues se enfrentarían a castigos en lugar de obtener recompensas. Experimentarían terror en lugar de orgullo. Ahora llega esta justiciera enmascarada y saca a la luz sus mentiras y elimina a los corruptos que los han oprimido durante tanto tiempo. Su lealtad se está desplazando hacia nuestra asesina en lugar de hacia sus opresores. Dentro de poco, desarrollarán un complejo de idolatría y considerarán que la asesina es una justiciera que se pronuncia en contra de las injusticias.

—Nuestra asesina está haciendo mucho más que pronunciarse en contra de las injusticias —digo con un suspiro.

Él asiente.

—A nuestra chica no le queda más remedio que matar. Porque todo el que ha alzado la voz ha acabado muerto o algo peor —afirma con rotundidad antes de marcharse.

Estoy empezando a poner en duda *su* lealtad. De todos, Leonard es el último que pensaba que sentiría tal empatía por nuestra asesina.

Y tenemos que dejar de referirnos a ella como si fuera «nuestra».

La idea de posesión o pertenencia refuerza los lazos de empatía, y Leonard lleva todo el día refiriéndose a ella como «nuestra chica» o «nuestra asesina». Saber que es una mujer que lucha contra violadores también provoca mayor compasión. Nos está volviendo locos, a él más que a mí.

Pero incluso a mí me cuesta darme prisa por encontrar a Kyle antes de que sea demasiado tarde. Ni siquiera he llamado a Hadley para que se encargue de los análisis forenses.

Decidido a forzar la situación, le envío un mensaje de texto pidiéndole que se reúna con nosotros y recibo inmediatamente una respuesta en la que me dice que está de camino. También le mando un mensaje a Lana.

YO: ¿Estás bien? Hadley tiene que venir, así que puedo mandarte a otra persona.

LANA: Todo bien. No hace falta. Esta noche tengo que ir a casa a encargarme de una cosa y después vuelvo. Entraron a robar en mi casa y Duke me llamó para pedirme que fuera a ver si se habían llevado algo.

¿Qué cojones?

YO: ¿Un detective de homicidios te llama por un posible robo?

LANA: La policía no pudo localizarme porque el único contacto que tenían los de la empresa de seguridad era el número del teléfono fijo. Duke tenía mi móvil y sabía que estaba fuera de la

ciudad. Va a ser un viaje relámpago. Te lo prometo. Te quiero.
<3

Quiero decirle que no vuelva, pero el *sheriff* es capaz de haber hecho una estupidez, como simular un allanamiento para ir a por ella. Maldita sea, puede que todo esto sea parte de una venganza por la desaparición de su hijo hace cuatro horas.

Está tan trastornado que cree que yo tengo algo que ver. ¿Y si todo esto es una trampa?

YO: Quédate. No te vayas. Tengo un mal presentimiento.

LANA: Ya voy de camino. Déjate de malos presentimientos. Duke estará allí y yo tengo que encargarme de todo el papeleo del seguro. No te preocupes por mí. Preocúpate por tu caso.

—¿Va todo bien? —me pregunta Leonard.

—No. Lana es una puta cabezota —gruño, guardándome el teléfono. Más tarde llamaré a Duke.

—Por curiosidad, ¿cuánto sabes sobre Lana?

Arqueo una ceja.

—¿Por qué lo preguntas?

Él se encoge de hombros.

—Por nada.

Le cambia la cara cuando ve algo en la tierra y se arrodilla.

—¿Había algún coche aparcado aquí esta noche? —pregunta.

—Hemos precintado este lado para que no pasara ninguno.

Levanta la vista hacia el camino entre los árboles. Es lo suficientemente ancho como para que pase un vehículo pequeño, pero…

—El rastro de sangre llevaba al bosque —comenta Elise, interrumpiendo mis pensamientos—. Solo había sangre de las dos víctimas, pero es lo que tiene cortar a un tipo en pedazos y apuñalar a otro.

—No se llevó a Kyle Davenport hacia el bosque. Habría dejado marcas al arrastrarlo —digo por fin con la cabeza centrada.

—El asesino se adentró en el bosque, pero Kyle no —dice Elise, confundida—. ¿Cómo es eso posible?

Leonard palidece cuando nos miramos el uno al otro.

—Porque la persona que buscamos no actúa sola.

Capítulo 12

Lana

Los tiranos inteligentes
nunca reciben castigo.
—Voltaire

—¿Seguro que serás capaz de soportarlo? —le pregunto a Jake mientras entro y me quito la sudadera.

—Llevo demasiado tiempo esperando, y estoy tan cabreado que esta noche me da igual la sangre, Lana. Solo de mirarlo me dan ganas de matarlo. Estaré bien.

—Será la peor —le recuerdo.

Él recoloca los hombros.

—Si necesito parar, te aviso. Pero dudo que me vaya a hacer falta con este. —Aprieta la mandíbula y yo asiento, contemplando distraídamente la colección de cuchillos relucientes que están esperando para mancharse de rojo.

—¿En qué coche has venido? —pregunta Jake sin venir a cuento.

—En el Lexus que aparcaste en la antigua casa de Lindy.

—¿Te ha visto alguien?

Le respondo negando con la cabeza.

—¿Y Logan? —pregunta.

—Le diré que pillé el autobús hasta que pude llamar a un taxi.

Levanto la vista hacia él.

—¿A qué viene este interrogatorio?

Frunce los labios.

—Ahora saben que no actúas sola. Solo es cuestión de tiempo que destapen el pastel, Lana.

Levanta el teléfono justo cuando las cámaras los graban adentrándose en lo más profundo del bosque. Los perros andan como locos, pero no van a encontrar nada. Después de empapar la ropa y la máscara con lejía, lo eché todo al agua.

—Sabíamos que no podíamos perder tiempo dejando huellas de arrastre. Era inevitable que se enteraran de que tengo un compañero —digo con indiferencia, acercándome a la ventana desde la que se puede ver el interior.

Kyle está golpeando el cristal que, desde su perspectiva, hace las veces de espejo. De hecho, todo el cubículo en el que está gritando está cubierto de estos cristales, excepto el techo, que sí es un espejo de verdad. Las paredes son a prueba de balas, prácticamente imposibles de romper, por muchos puñetazos y patadas que dé.

Tiene la mano toda ensangrentada por los golpes, y yo sonrío de satisfacción. Puede que supiera que no le gustan los espacios cerrados y planeara este precioso lugar para el crimen hace dos años. Puede que construyera esta tumba subterránea llena de espejos exclusivamente para él.

Exclusivamente para el día de su muerte.

Jake ya le ha quitado la ropa, y lo ha dejado completamente desnudo y vulnerable. Ver el cuerpo desnudo de Kyle me revuelve el estómago.

—¿Duke sospechó algo? —pregunta Jake mientras enciendo el intercomunicador, lo que nos permite escuchar las interminables amenazas que brotan de los labios de mi próxima víctima.

No tiene ni idea de lo inútiles que son esas amenazas.

—No. Como no pudieron contactar conmigo de inmediato, la policía lo llamó a él, ya que se tomó como algo personal que el Hombre del Saco atacara cuando bajó la guardia para encargarse de un caso más grande y mejor. Su implicación, motivada por la culpa, ha acabado beneficiándonos, porque tenía que verme con él y es mucho más fiable como testigo de mi paradero que cualquier policía normal. Está vigilando mi casa, convencido de que estoy dentro ahora mismo.

—¿Y si decide llamar y comprobarlo?

—Eso suena a la paranoia que prometimos afrontar si alguno empezaba a tenerla —digo, volviéndome hacia Jake—. La paranoia conduce a la imprudencia.

—Es una pregunta lógica —responde Jake, borrando toda emoción de su rostro y ocultando el pánico que sé que está

sintiendo.

Bajo el volumen del intercomunicador mientras Kyle amenaza con arrancarle a alguien la columna vertebral.

—Si toca la puerta y no respondo, me llamará. —Le muestro mi móvil—. Y yo responderé. Si me pregunta dónde estoy, le diré que he salido a correr para despejar la mente. Lo cual es cierto, porque crucé corriendo los senderos que hay tras el bosque. Estamos a tres kilómetros de mi casa. Puedo volver corriendo fácilmente. Por eso compré justamente esa, a pesar de llevar poco tiempo viviendo en ella. Todo esto ya lo sabías, ¿a qué viene tanto drama?

Exhala con fuerza cuando Kyle comienza a lanzarse contra el cristal en un intento desesperado por romperlo. Sin embargo, rebota sin siquiera hacer una grieta en la superficie resistente.

—Perdona —dice Jake al fin—. Es solo que las cosas están empezando a salir mal. Primero, Logan te ve, pero por alguna razón milagrosa no te reconoce. Luego, te encuentras deliberadamente con él cuando no tendrías por qué estar allí y llamas a una ambulancia. Sospecha de una mujer, Lana. Tú misma me lo dijiste. Y ahora saben que tienes un compañero. Presiento que todo va a terminar antes de tiempo.

Coloco una mano sobre su hombro y le dedico una media sonrisa comprensiva.

—Lo entiendo, pero podría haber muerto si no llego a salvarlo, y ya corríamos el riesgo de que descubrieran lo del compañero al no dejar marcas de arrastre. Era la única forma de atrapar a Kyle. Entrar en su casa habría sido muchísimo más difícil con los cuatro ayudantes del *sheriff* dentro.

Él resopla con fuerza.

—Si tu vida hubiera estado en peligro y fuera Marcus quien se estuviera vengando en mi nombre, él lo habría sacrificado todo para salvarte. Igual que tú habrías hecho por él.

Ablanda la expresión y se inclina hacia delante para darme un beso en la cabeza. Una muestra de afecto fraternal.

—Si fuera Marcus quien estuviera haciendo esto, yo seguiría a su lado —dice entre susurros—. Lo estaría ayudando. ¿Puedes decir lo mismo de Logan?

El corazón se me encoge en el pecho y lucho contra las emociones que intentan aflorar mientras me doy la vuelta para ver cómo Kyle se tambalea tras otro intento fallido de romper el cristal.

—Debería entrar ahí y empezar antes de que se mate él solo. Se cargaría toda la diversión —digo con calma.

Cuando me giro hacia la puerta, Jake me dice:

—Me preocupa que, llegado el momento, Logan no te elija de la misma manera que tú sigues eligiéndolo a él, Lana.

Le doy la espalda, de pie en el umbral de la puerta, haciendo todo lo posible por que no me afecten sus palabras.

—Me preocupa que nunca lo comprenda y solo vea los defectos y no las virtudes. Me preocupa que no te quiera lo suficiente como para darte lo que yo le daría a Marcus. Y me preocupa que estés dispuesta a dejar que te mate antes de luchar por tu vida. Cada día me preocupo más. Porque te quiero igual que lo hacía Marcus. Eres mi única familia, Lana. Eres todo lo que tengo. Y Marcus resucitaría de entre los muertos para matarme con sus propias manos si me quedara de brazos cruzados al ver lo que está pasando.

Trato de esbozar una leve sonrisa mientras una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Marcus te habría elegido a ti antes que a mí —susurro con voz ronca.

—Lo dudo, Lana. Y ya te he fallado una vez. Te fallé mucho más de lo que nunca habría imaginado.

—Tú no me fallaste, Jake —digo, sin darme la vuelta—. A nosotros nos falló todo el mundo.

Giro la cara para mirarlo a los ojos y añado:

—¿Pero tú? Tú eres un héroe sacado de un cuento de hadas, que además no espera que la heroína se abra de piernas a cambio.

Él se echa a reír y yo le dedico una sonrisa antes de alejarme. En cuanto desaparezco de su vista, la sonrisa se desvanece y me llevo una mano al pecho, luchando contra el dolor que no pienso dejar que vea.

Tanto que hemos aprendido. Tanto que hemos descubierto. Tantas cosas que tenemos entre manos a la vez.

Y en lo único en lo que pienso es en lo que hará Logan cuando descubra la verdad.

Una vez más, adoptando una apariencia de calma, empujo la puerta y sale a relucir la asesina que hay en mí, convirtiendo mi corazón en hielo y mis nervios en acero.

Kyle ni siquiera se percata de mi presencia hasta que la puerta se cierra y se bloquea con una cerradura, cuyo sonido resuena a nuestro alrededor.

Esa mirada letal se vuelve hacia mí, pero luego titubea y arquea las cejas con expresión de desconcierto.

—¿Los putos federales? ¡¿Los putos federales son los responsables de esto?! —grita—. Os voy a servir a todos en bandeja cuando mi padre se entere de lo que habéis hecho.

Una sonrisa sombría se arrastra por mis labios como la mueca amenazante de una serpiente.

—Ay, los federales no tienen nada que ver con esto, Kyle. ¿Te acuerdas de mí? —pregunto, con tono ligero pero burlón, mientras doy un paso hacia la izquierda, moviéndome sin prisa por la habitación cubierta de espejos.

Él ladea la cabeza.

—Tú eres la novia del federalucho ese. No creo que sea tan gilipollas como para cabrearme y luego dejarme a solas con alguien tan frágil.

Me repasa de arriba abajo con una expresión que me resulta demasiado familiar, con una mirada lasciva, contemplativa y calculadora.

—¡No te conviene hacer esto, agente Bennett! ¡No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer! —grita, para luego añadir—: Si juegas conmigo, lo pagarás caro.

Se oye una voz por el intercomunicador cuando Jake se anima a participar.

—En realidad, los federales están a horas de distancia, Davenport. Espero que no cuentes con que papá te salve esta noche.

Kyle se pone tenso y mira a su alrededor. Reconoce la voz de Jake, pero aún no ha identificado la mía. Me indigna un poco, para qué engañarnos.

—¿Jacob Denver? —pregunta Kyle, confundido mientras mira a todas partes—. ¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —exige saber, golpeando el cristal con el puño.

—Ayudándome a saldar una deuda pendiente de hace mucho tiempo —respondo, sonriendo con malicia cuando vuelve a dirigirme esa mirada sombría.

Ladea la cabeza y empieza a venir directo hacia mí.

—Conque quieres jugar, ¿no? Deja que te enseñe lo mucho que te estás equivocando —gruñe.

—Por favor, no te cortes —me burlo.

Se abalanza sobre mí de repente y yo me aparto a un lado y levanto el pie justo a tiempo para darle una patada en el estómago. Apenas se concede tiempo para recuperarse antes de volver a intentar agarrarme de nuevo, pero es como ver a un niño pelear contra un matón adolescente (siendo yo el segundo, claro).

Con una rápida sucesión, le asesto un golpe tras otro, le doy un puñetazo en la nariz y un rodillazo en las costillas. Sus gritos de dolor son como música celestial para mis dementes oídos.

Conforme me doy la vuelta, levanto el pie y le golpeo tan fuerte en un lado de la cara que le hago sangrar por la boca. Gira sobre sí mismo y choca contra el cristal, donde deja una mancha de sangre antes de caer al suelo.

Mientras escupe sangre, me mira con odio.

—¿Y tú quién coño eres?

La música comienza a sonar a través del intercomunicador; la voz de mi madre nos envuelve, amenizando el momento con recuerdos del pasado que le hacen abrir los ojos como platos y palidecer.

Esa es la canción con la que la Muerte Escarlata ha estado atormentando al pueblo entero. Está empezando a encajar las piezas poco a poco.

Retrocede a toda prisa, moviéndose de lado hasta chocar con una pared, sin espacio para seguir huyendo.

—Soy la chica a la que pensabas que habías destrozado —digo en voz baja, dando un paso hacia él mientras un delicioso temor se apodera de su cuerpo—. Soy la chica a la que le arrebataste demasiado. —Doy otro paso más y él emite un quejido de dolor al

intentar ponerse de pie, pero vuelve a caerse por las prisas—. Soy la chica a la que pensaste que habías matado.

Por fin se pone de pie, y le lanzo puñetazos a la cara una y otra vez mientras él intenta protegerse con torpeza.

Termino por agarrarlo del pelo y estrellarle la cara contra el cristal, consciente de que Jake está al otro lado disfrutando de esto tanto como yo.

—Soy la chica que va a acabar por fin con tu reinado del terror.

—No —gimotea, y hace una mueca cuando vuelvo a estamparle la cara contra la pared. Luego le inclino la cabeza hacia atrás tirándole del pelo, dejando que vea el reflejo ensangrentado de su rostro mirándole fijamente.

—Voy a obligarte a que veas cada puto segundo que dure esto, igual que hiciste con Marcus.

Él grita de dolor cuando le retuerzo el brazo en el ángulo justo con tal fuerza que se le descoyunta.

Se da la vuelta y trata de golpearme con la mano buena, pero es un movimiento patético que esquivo sin despeinarme.

—Menudo enclenque —me burlo—. Tantas mujeres heridas por una piltrafa como tú.

Se le ensombrecen los ojos y una sonrisa enfermiza se dibuja en mis labios cuando un cuchillo se desliza hasta mis pies, acompañado por el sonido de la puerta cerrándose y bloqueándose de nuevo.

—Creo que a esta me apunto —dice Jake mientras se acerca.

Kyle se agacha para agarrar el cuchillo, pero yo lo recojo y le doy una patada para alejarlo, ignorando las lágrimas que me escuecen en los ojos y amenazan con brotar. He imaginado este momento durante mucho tiempo, y ahora compruebo que él es mucho más débil de lo que recordaba.

Recuerdo la fuerza con la que nos inmovilizaba. Me vienen a la mente sus palabras mientras Jake derriba al gritón de Kyle y le sujeta los brazos, tal y como él nos hizo a nosotros.

—Oh, esto te va a encantar, bonita. Como en los viejos tiempos.

Agarro el cuchillo y se lo clavo en un dedo, disfrutando de los gritos que le siguen. Un escalofrío me recorre el cuerpo, y la euforia de la venganza se extiende por mis venas como una presencia tangible.

Me cuesta un poco, pero al final el cuchillo rompe el frágil hueso y otro grito desgarrador resuena en el cubículo.

Jake sonríe cuando levanto el primer dedo.

¡Sujetadla! Agarrad a Marcus también. Esto va a ser divertido.

—Esto va a ser divertido —digo, repitiendo las palabras del pasado mientras le meto el dedo en la boca y le tapo la nariz con la mano. Me subo a horcajadas sobre su cuerpo para que no se mueva y lo oigo ahogarse con su propio dedo, cortado a la altura del nudillo.

Él se resiste con todas sus fuerzas, pero el instinto de tragar finalmente se impone a todo lo demás, y lo suelto tras ver cómo su garganta se esfuerza con dolor por tragarse el dedo.

En cuanto me incorporo, vomita con la cabeza hacia un lado mientras la lágrimas le empapan la cara.

—No te me pongas enferma, Victoria —se burla Kyle mientras yo vomito, vaciando el estómago sobre el pavimento, y luego me obliga a revolcarme ahí mientras me sujeta para que Lawrence disfrute de su turno —. Solo acabamos de empezar.

—No te me pongas enfermo, Kyle. Solo acabamos de empezar —digo, cortando otro de los dedos que en su día me inmovilizó.

Cuando grita, nuevos recuerdos me asaltan y unas lágrimas de puro odio resbalan repentinamente por mis mejillas.

—La hija de una puta y una nenaza. Verás, sé que tu padre no habría tenido los cojones que hacen falta para matar a esas mujeres, pero me da igual. Ahora te aguantas, Victoria. Te aguantas y te callas de una puta vez.

—¡Te aguantas! —grito, y le corto otro dedo—. ¡Te aguantas y te callas de una puta vez!

Jake lo sujeta con más fuerza mientras le corto los diez dedos y luego le vendamos la herida para evitar que sangre más de la cuenta.

Kyle llora desconsoladamente, pero iba en serio. Solo acabamos de empezar.

—Te toca, Tyler. Prepárate. Esta noche montamos a pelo, veréis qué divertido —se burla Kyle, agarrándome la entrepierna y dándome una palmada —. Se está desgastando un poco.

—Esta es por mí —siseo mientras le hago un tajo en el torso y me levanto cuando grita de dolor. El corte es lo suficientemente superficial como para que le arda como el fuego, pero no lo suficientemente profundo como para que sangre demasiado.

Me viene a la mente otro recuerdo, uno que me oprime el corazón y me lo aplasta sin piedad.

—Lo siento, señorita Carlyle. Pero parece que el daño causado en sus órganos internos y los procedimientos de emergencia que le realizaron en el hospital no le permitirán tener hijos. Se vieron obligados a realizar una histerectomía de urgencia.

Más lágrimas caen por mis mejillas mientras le rajo el costado, arrancándole lentamente un trozo de carne del cuerpo como la monstruosa experta en la que me he convertido.

—Esta es por mi padre —le digo, seccionando otra parte.

—Tu padre era un debilucho. No dejó de llorar mientras los hombres de mi padre se lo turnaban. Ah, deja que te cuente todo lo que le hicieron y cómo tu padre lloró como una nenaza.

Lo despellejaré vivo antes de terminar.

—El culo de este está más apretado que el coño de aquella, por si alguien quiere probarlo. Como es un puto maricón, se lo está

gozando —dice Kyle entre risas.

—¿Te has llenado el rabo de mierda? —se mofa Morgan.

—Qué va. Solo necesitaba sentir algo que una puta desgastada no puede darme. Dejó de estar apretada la primera vez que le metí la polla.

Le arranco otro pedazo de carne, y Jake sigue sujetando a Kyle mientras mis lágrimas se vuelven más intensas y febriles y me queman la piel.

—Ya te quité la virginidad hace tiempo. Es justo que te quite esto también —dice Kyle, y me gira hasta que quedo bocabajo entre gritos, obligándome a contener las lágrimas cuando me hace ponerme de rodillas y me abre las nalgas.

—¡No lo hagas, por favor! —grito.

—Suplícame, puta. No te servirá de nada.

A nadie le importa.

—¡Para, por favor! —chilla Kyle mientras sacudo otro cuadrado de carne delante de sus ojos.

—Suplícame, puta. No te servirá de nada —susurro con voz siniestra—. A nadie le importa.

Intenta cerrar los ojos, pero lo agarro de la mandíbula y lo obligo a abrirlos y a mirar fijamente al espejo que hay sobre nuestras cabezas.

—Nos queda un buen rato —le digo con calma—. Y vas a estar despierto todo lo que quede, aunque te tenga que coser los párpados para que los mantengas abiertos. Así que tú decides si hará falta o no.

Él llora por una razón diferente a la mía. Mis lágrimas caen tras diez años de angustia reprimida. Diez años de odio contenido. Diez años de dolor que he ignorado.

Este es el monstruo que encabezó el ataque, y lo voy a matar con mis propias manos.

Lloro porque voy a ser libre.

Lloro porque ya no va a aparecer en mis pesadillas. Dormiré tranquilamente al recordar los gritos que está profiriendo como un loco.

—No te preocupes, Victoria. No morirás todavía —dice Kyle mientras desliza el pequeño cuchillo sobre mi cuerpo, dejando un leve rastro de sangre —. Tenemos toda la noche por delante.

Al apartarme de su cuerpo, se me resbala el cuchillo, que le inflige un corte en la carne flácida que tiene entre las piernas. A diferencia de Morgan, él no es ningún pervertido sexual. Solo es un hijo de puta enfermo con tendencias sociópatas.

Se queda helado, con los ojos como platos por el miedo, consciente de lo que está por venir.

—No te preocupes, Kyle. Todavía no estoy lista para la traca final. Tenemos toda la noche por delante.

—Ahora todo el mundo sabrá que eres una puta. Todo el pueblo te verá como lo que eres en realidad.

—¡Nunca saldrás impune de esta! —grita mi hermano, pero Kyle lo ignora y me habla como si fuera yo quien hubiera dicho esas palabras.

—Será como si nunca hubiera ocurrido, Victoria. Porque no le importas a nadie. Y mi padre seguirá siendo la persona a la que todos temen, mientras tú te pudres en tu tumba junto al maricón de tu hermano y el gallina de tu padre.

Bajo la voz mientras me quedo mirando sus ojos desorbitados y aterrorizados, que no dejan de derramar lágrimas.

—¿Pero mañana? Todo el pueblo te verá como lo que eres en realidad. Un hombre débil e inútil al que un día temieron. Ahora será a mí a quien teman. Y pronto le llegará el turno a tu padre. Entonces los dos os pudriréis en vuestras tumbas mientras yo me voy de rositas con la certeza de que el mejor de los monstruos ganó la guerra.

Cuando otro grito atraviesa el aire, mi llanto se calma, los recuerdos se desvanecen y la frialdad que solo Logan puede derretir me envuelve con un abrazo asfixiante.

Kyle Davenport no aguantará toda la noche.

Pero estoy decidida a alargarlo todo lo posible.

Capítulo 13

Logan

La injusticia termina
por generar independencia.
—Voltaire

Estoy medio dormido cuando siento un cuerpo deslizarse sobre el mío y unos labios rozándome la mejilla. Al principio me quedo tumbado, sintiendo el calor de la otra persona, pero entonces me despierto sobresaltado y levanto la mano, dispuesto a golpear…

Abro los ojos como platos cuando Lana me agarra la muñeca con más fuerza de la que creía que tenía y echa la cabeza hacia atrás, con expresión de sorpresa al esquivar por los pelos mi puñetazo.

—¡Joder! —grito, incorporándome de golpe cuando se sienta a horcajadas sobre mí—. ¡Lo siento muchísimo! ¿Qué cojones? No quería…

Ella estalla en carcajadas, lo que me deja a cuadros.

—Supongo que no es la mejor forma de despertarte al no habernos ido a dormir juntos —dice, ahora sonriendo mientras me suelta la muñeca y me rodea el cuello con los brazos.

Casi me echo a temblar cuando pienso lo cerca que he estado de darle. Menos mal que tiene buenos reflejos.

—Maldita sea, Lana. Me siento fatal.

—No pasa nada —responde, sonriendo mientras roza sus labios con los míos—. Al menos no tengo que preocuparme de que ninguna otra mujer te seduzca mientras estoy fuera.

Gruño y le devuelvo el beso, con el cuerpo todavía estremecido.

—No tendrías que preocuparte por eso de todas formas. Ya te dije que no me enamoro tan fácilmente —murmuro contra sus labios.

Ella profundiza más el beso, enredando sus dedos en mi pelo. Justo cuando empieza a frotarse contra mí, la puerta se abre de golpe y oigo un grito femenino.

—¡Lo siento! —La voz de Lisa es como un jarro de agua fría para nuestra libido.

—Sí, seguro —refunfuña Lana, mirando por encima del hombro mientras yo suspiro y la sujeto contra mí. Ni siquiera hace ademán de apartarse, lo cual me alegra.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Lisa, que tiene el descaro de hacerse la avergonzada.

—En serio, perdón. No sabía que Lana estaba aquí.

—¿Entonces te parecería normal entrar en la habitación de mi novio sin llamar si no estoy? —le pregunta Lana con un tono inquietantemente frío.

Frunzo el ceño al mirar el rostro de Lana. Está desprovisto de toda emoción, y es como si ocultara con demasiada facilidad la ira que siente. ¿Qué narices le pasa?

Me fijo en que Lisa echa los hombros hacia atrás y una sonrisa burlona se apodera de sus labios.

Ah, joder.

—Supongo que es la costumbre después de tanto tiempo entrando en su habitación. A veces se me olvida que ya no estamos juntos.

Menuda puta niñata.

—A mí *jamás* se me olvida —decido señalar, solo para que Lana no piense lo contrario, porque quiero que sepa que nunca haría nada con Lisa.

Lana no se inmuta, no cambia de postura y, por alguna razón, una sonrisa le tira de una de las comisuras de los labios.

—No me digas —responde Lana en voz baja—. Me da que voy a tener que refrescarte la memoria de vez en cuando.

Hadley carraspea, clavándole la mirada a Lana cuando pasa junto a Lisa y entra en la habitación. Es una maravilla que todos vean a Lana sentada en mi regazo mientras yo estoy en la cama con nada más que unos calzoncillos puestos.

Profesionalidad en su máximo esplendor.

—Lisa, no deberías tocarle las narices a Lana si ni siquiera te interesa Logan —dice Hadley con un suspiro.

Le lanza una mirada de advertencia a Lana por algún motivo y luego dirige su atención hacia mí.

—El *sheriff* ha convocado una reunión en el parque. Dice que quiere a todo el mundo allí. Están a punto de enviar a todos los habitantes del pueblo a buscar a Kyle ahora que ha amanecido.

A Kyle se lo llevaron en un vehículo ayer justo después del atardecer. Es imposible que lo encontremos en el bosque, pero el *sheriff* se niega a creer que haya habido un coche involucrado porque nadie dice haber visto uno.

Creo que subestima el terror que reina en este pueblo.

También creo que sobreestima lo que les importa su hijo.

—Me la llevo —le dice Hadley a Lana, y luego señala con el dedo—. Aquí no ha pasado nada.

Lana se encoge de hombros y se vuelve hacia mí mientras Hadley regaña a Lisa. A medida que sus voces se desvanecen, Lana se acomoda en mi regazo y la beso antes de que pueda decir nada.

—Lo siento —murmuro contra sus labios cuando interrumpo el beso—. Lisa es una mala pécora.

—Simplemente está acostumbrada a que tanto mujeres como hombres le dejen decir lo que quiera sin consecuencias. No es la primera vez que me enfrento a tías como ella. Mucho ruido y pocas nueces. Pero luego lloran a base de bien.

Ladeo la cabeza, observándola. Parece… distante. Como si de alguna forma estuviera ausente.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunto en serio, mirándola a los ojos.

Parecen más fríos, rozando lo espeluznante.

—Ha sido una noche larga —dice antes de suspirar, acariciándome la mejilla con un dedo—. Pero ya me voy sintiendo mejor. Parece que tuvieras poderes mágicos o algo así, me recuerdas que soy humana.

No tengo ni idea de a qué se refiere, pero es obvio que lo está pasando mal y que intenta encerrarse en sí misma.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, sujetándole la cara.

Al instante, se le humedecen los ojos y parpadea rápidamente, como conteniendo las lágrimas.

—Nada —dice con una sonrisa forzada—. Solo que no he dormido mucho. Quería volver contigo lo antes posible.

La beso de nuevo, sintiendo que se relaja lentamente en mis brazos, como si estuviera derribando esa extraña barrera que se había interpuesto entre nosotros por un momento. Su beso es inquisitivo, como si necesitara algo que solo yo puedo darle. Pero, antes de que pueda profundizar, me suena el teléfono, recordándome todo el trabajo que tengo hoy y que solo he dormido un par de horas.

Gimiendo, interrumpo el beso y apoyo mi frente contra la suya.

—En cuanto termine el día, reanudaremos ese beso. Hadley tiene un montón de material forense que revisar hoy en la cabaña que está más alejada. Quédate con ella.

—Me encanta que me protejas tanto —dice con suavidad.

Nuestros ojos se encuentran, y vuelvo a intentar descifrar qué le pasa por la cabeza. Es como si estuviera librando una batalla interna, pero no me dice por qué. Casi me dan ganas de dejarlo todo y pasar el día en la cama con ella para poder ofrecerle el mismo refugio que ella me ha proporcionado tantas veces.

—Venga —dice con un suspiro mientras se levanta y se arregla la camisa roja. Ha usado ropa roja casi todos los días desde que llegamos. Puede que incluso todos.

—¿Por qué vistes tanto de rojo? —le pregunto, trazando con los dedos el dobladillo de la camisa cuando se pone de pie.

—Metí en la maleta un puñado de ropa sin mirar. Parece ser que lo cogí todo de la sección roja.

Me dedica una sonrisa poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienes una sección roja?

—Tengo un vestidor enorme. De alguna manera tengo que organizarlo.

Ella sale disparada de la habitación y yo me levanto, pasándome la mano por el pelo. Ni siquiera tengo tiempo de darme una ducha que me espabile porque el puñetero teléfono no deja de sonar.

Al salir de la cabaña, bajo la mirada y veo a Lana desapareciendo en nuestro cuartel general provisional.

Leonard me está esperando fuera.

—¿Problemas? —pregunta, con los ojos puestos en la cabaña más alejada, donde están Lana y Hadley.

—Lisa.

Él se ríe por la nariz y, mientras arranco, se sube al coche.

—Lisa parecía muy satisfecha cuando se fue.

—Es una puta pesadilla. —Le cuento rápidamente los detalles de la maravillosa mañana que llevo.

—¿Qué hizo Lana?

—Le sonrió y le soltó un comentario sarcástico, pero sin tono mordaz. En realidad, fue un poco extraño. No se puso agresiva. Casi cualquier otra mujer se habría puesto como loca si mi ex hubiera entrado a montar un espectáculo como hizo Lisa. Pero, una vez más, Lana vuelve a sorprenderme con sus reacciones.

—Hace falta mucho control para no reaccionar en caliente —comenta Leonard, aunque parece que se lo dice más a sí mismo que a mí—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Me encojo de hombros.

—¿Qué opinas realmente sobre nuestra asesina? Si hoy descubrieras su identidad y la escucharas, ¿serías capaz de encerrarla sabiendo que de no ser por ella nunca se haría justicia?

Frunzo el ceño.

—La justicia no va de torturar y matar a un puñado de gente, Leonard.

—Olvídate por un minuto de que trabajas para el FBI. Finge que eres una persona que ha sido testigo de las mayores depravaciones de
la humanidad y capaz de ver lo bueno en los monstruos.

—No te sigo —le digo mientras paramos en una calle cortada. Hay coches por todas partes, así que nos vemos obligados a aparcar atrás del todo.

—La mejor amiga de mi hermana, Katie, salía con un camello —dice de repente, y yo me giro en el asiento para mirarlo con una ceja arqueada.

Él me mira a los ojos y continúa:

—Nunca vendía a menores, cuando estaba en casa aparcaba por completo el mundo de las drogas y, si alguno de sus chicos vendía a un menor, acababan encontrando sus cadáveres flotando en el río, sin cabeza, manos ni pies.

—Qué buen ojo para elegir a los hombres —digo, confundido.

Él pone los ojos en blanco.

—De entrada, cualquiera diría eso. Pero ningún chaval de su ciudad tenía acceso a drogas. Ningún forastero se atrevía a venderles nada a los chavales de la zona por miedo a lo que les pudiera pasar. ¿Y Katie? A ella nunca la tocó. De hecho, la adoraba, la trataba como a una reina y volvía a casa con ella todos los días, además de jurarle que ella le había salvado de sus demonios.

—¿Adónde quieres llegar con esto? —pregunto, todavía perdido.

—Katie no tenía ni idea de que se dedicaba a eso, aunque casi todo el mundo en la ciudad lo sabía. Nunca corrió peligro. La policía hacía la vista gorda simplemente porque, si metes a un traficante entre rejas, aparece otro, y al menos este no les vendía a los niños. Más vale malo conocido que bueno por conocer, y todo eso.

Deja escapar un suspiro pesado.

—Al final lo detuvieron por un delito menor, porque no todos los policías creían en la lógica de «más vale malo conocido». Dos semanas después de su encarcelamiento, Katie descubrió la verdad. Se sintió traicionada. Estaba furiosa. Rompió con él, y otro traficante llegó a la ciudad. En tres semanas, diez chicos de entre doce y quince años murieron por sobredosis.

—¿Entonces estás diciendo que es mejor dejar que un traficante siga cometiendo delitos siempre y cuando no venda a menores? —pregunto, sin entender aún a qué viene todo esto.

—Lo que digo es que el mundo está plagado de cosas malas, pero que hay monstruos con moral mientras que otros son pura maldad. Pasados unos meses, Katie siguió adelante y conoció a un chico con un buen trabajo y una vida normal. Él trabajaba en una empresa de contabilidad, pero cuando volvía a casa le pegaba unas palizas tremendas. Lo dejó dos veces, y él la buscó para hacérselo pagar. Ella presentó una denuncia, pero la policía no hizo nada porque él no tenía antecedentes y Katie había estado relacionada con un conocido narcotraficante.

Tensa los labios y yo me inquieto.

—Tuve que intervenir cuando mi hermana me llamó. Amenacé a ese pedazo de basura, llegué incluso a utilizar mi influencia. Pero eso

no lo detuvo. Y la policía no lo arrestó, ni siquiera después de que la mandara al hospital con media docena de huesos rotos.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto, inclinándome hacia delante.

—El exnovio narco salió de la cárcel tras cumplir un año de condena. Localizó a Katie, y la policía encontró al contable maltratador. Bueno, encontraron su cadáver flotando sin cabeza, manos ni pies. También dieron con el traficante nuevo unas semanas después, en el mismo estado, a ver si me entiendes. Katie se casó con él y tuvo tres hijos, y todavía la trata como a una reina mientras dirige un negocio que despierta mucha indignación. Katie aprendió que lo que haces para ganarte la vida no determina si eres un monstruo o no. Y un asesino a veces puede ser más bondadoso que un hombre que nunca ha matado. Supongo que lo que quiero decir es que no culparía a nuestra asesina porque podría ser peor, y esta gente, Logan… Esta gente está mal de la cabeza. Además, ¿cómo se detiene a todo un departamento de policía?

Me recuesto en el asiento y miro por la ventana, asimilando poco a poco sus palabras.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

Él abre la puerta.

—Katie amansó al verdadero monstruo amando al hombre y aceptándolo tal y como era. Lo que quiero decir es que espero que nuestra chica tenga a alguien que haga lo mismo por ella porque, de lo contrario, podría perderse en toda esta vorágine. Y no merece ese final.

Debería echarlo del caso por admitir algo así. Quiere que salga impune.

Por alguna razón, en lugar de hacerlo, salgo del coche y no digo nada.

Donny se acerca y Leonard se pone tenso, quizá preocupado por que vaya a delatarle y a decir que no debería estar en el caso.

—¿Qué tenemos? —le pregunto.

Leonard se relaja cuando Donny responde:

—Kyle Davenport es un hijo de la gran puta retorcido —dice Donny por lo bajo.

—Eso ya me ha quedado bastante claro. Me refería a qué está diciendo el *sheriff* —contesto sin rodeos.

—Que quiere encontrar a su hijo, y les está recordando a todos quién es el dueño de todo lo que hay en este pueblo. Les ha dicho que, si alguien está ayudando al asesino a esconderse, se arrepentirá. Está amenazando abiertamente a todo el mundo, abusando de su autoridad, y Johnson se lo está permitiendo. Es que no me entra en la cabeza.

—Kyle Davenport está como una puta cabra —dice Lisa al acercarse a nosotros, mirándome fijamente a los ojos.

—Pues igual que tú —gruño—. Vuelve a intentar esa mierda con Lana y me aseguraré de que te degraden a alguna unidad cutre que se dedique principalmente al papeleo aislada del resto.

Abre los ojos de par en par, y los presentes se mueven con incomodidad.

—¿Qué pasa con Kyle? —pregunta Donny, que consigue que aparte la mirada de Lisa.

A la mierda. La voy a mandar a otra unidad igualmente.

—¿Quieres decir aparte de desaparecer sin dejar rastro? Pues verás, en lo que va de mañana ya son más de cinco mujeres las que nos han contado lo que les hizo en la Casa Encantada a lo largo de varios años. Su novia se reunió con nosotros en privado y nos comentó que normalmente invita a una segunda chica a unirse a ellos las noches en las que se pasa con la bebida. Ha roto con él en tres ocasiones y ha acabado en urgencias las tres veces.

Leonard me mira a los ojos y aprieto los labios. Algo me dice que él ya lo sabía.

—Así que es un cabrón maltratador al que le gusta violar a mujeres. Todos estamos de acuerdo en que no se merece seguir respirando aire puro. Ahora lo que quiero saber es si tenemos novedades sobre él.

Los demás niegan con la cabeza, y yo empiezo a dar vueltas, preguntándome si algún miembro del equipo estaría dispuesto a meter a esta chica entre rejas si logramos encontrarla.

Hasta yo mismo me lo planteo.

Pero nos enfrentamos a una asesina por encargo. Debe de serlo. Nadie tenía una relación tan estrecha con estas personas como para vengarse a título personal. Eso la convierte en alguien doblemente peligrosa porque encontrará otro objetivo con el que obsesionarse y acabará matando a personas inocentes sin motivo de peso.

Vaya mierda.

Vaya puta mierda.

Pero es que tampoco puede irse de rositas.

Probablemente acabará en un psiquiátrico en lugar de en la cárcel, aunque sin duda es demasiado peligrosa como para dejarla en libertad, independientemente de los dilemas personales que esto nos plantee a todos.

A estas alturas, este caso ya nos ha afectado a todos. Es difícil sentir compasión por estas víctimas, y eso es lo que más me preocupa de cara al futuro.

—¡Ahora id a encontrar a mi puñetero hijo u os juro que nadie volverá a descansar en este pueblo! —grita el *sheriff,* con la cara roja como un tomate inflado a punto de explotar.

—Tenemos que enviar el perfil que hemos creado a los hospitales psiquiátricos de los alrededores —digo mientras la gente aguanta la diatriba del *sheriff* durante unos minutos más.

—Si la persona a la que buscamos fuera mentalmente inestable, no tendría el control necesario para llevar a cabo algo así —argumenta Leonard.

—Que no actúe en solitario lo cambia todo. En toda relación, siempre hay alguien dominante. Sin embargo, en esta ocasión, la persona que domina no es quien mata.

—¿Entonces quién? —pregunta Elise.

—Enviad a alguien a casa de Jacob Denver. Algo no terminaba de cuadrar cuando fuimos a visitarlo —les digo.

—No puede ser él —dice Leonard con un suspiro—. Tendría que ser alguien capaz de ayudar a pintar esos mensajes y llevar a cabo todas las otras mierdas. Jacob no tiene capacidad física para hacer nada de eso. Ya viste su historial médico.

—Nuestra… Digo, *la* asesina no habría necesitado la ayuda de Jacob para eso. Ella podría ser simplemente la mente pensante

—señalo.

Leonard me lanza una mirada ceñuda antes de negar con la cabeza, como si estuviera decepcionado. Luego se aleja.

—¿Qué le pasa? —pregunta Donny, confundido.

—Lleva un día muy malo —miento, sin saber bien por qué lo hago.

Justo cuando la multitud está a punto de dispersarse para ir a buscar inútilmente a Kyle en el bosque, las campanas de la iglesia comienzan a repicar.

Ladeo la cabeza con el ceño fruncido, sin comprender por qué tocan a las seis y cuarto de la mañana. Normalmente solo suenan cada hora.

Hay una extraña bolsa enorme, parecida a una lona, colgada del campanario de la iglesia.

Parece que hay una cuerda de aspecto sospechoso atada a una de las manecillas del reloj de la torre, y observo que cuando marca las seis y dieciséis, de repente algo sale disparado de la bolsa.

Se oye un jadeo colectivo segundos antes de que los gritos se extiendan por todo el parque. La gente retrocede, apartando la mirada de la escena, y varios empiezan a correr como si les fuera la vida en ello.

El *sheriff* se tambalea, con los ojos muy abiertos, la piel pálida y las piernas flojas. Se tropieza con un ayudante, que le ayuda a mantenerse en pie. Los agentes que no se han quedado atónitos en sus puestos corren hacia la iglesia, junto con Lisa y Donny.

Incluso a mí se me revuelve el estómago al contemplar el campanario con total horror.

No estoy seguro de que sea Kyle Davenport lo que veo colgado, ya que lo que queda de cuerpo no es suficiente para reconocerlo, pero todos llegamos a la misma conclusión.

Aunque no podamos identificarlo, sabemos que es él.

La cuerda lo sostiene por el cuello de manera que su cuerpo desnudo y desgarrado cuelga de la torre mientras las campanas siguen repicando. Si su intención era provocar el pánico generalizado, acaba de conseguirlo.

Por otra parte, probablemente sea un plan de la mente maestra.

Sabían que el parque estaría lleno de gente a esa hora, aunque la reunión fuera improvisada. Conocen al *sheriff*. Sabían lo que haría incluso antes de que lo hiciera.

El cadáver castrado se balancea, chocando contra el ladrillo de vez en cuando. Y no puedo apartar la mirada.

¿Quién sino un psicópata es capaz de hacer algo tan depravado y siniestro?

—¿Sigues pensando que merece una vida feliz? —pregunto en voz baja mientras Leonard traga saliva de forma audible.

—Esperaba encontrarlo en condiciones pésimas —dice entrecortadamente—. Fue él quien lo orquestó todo.

Niego con la cabeza.

—Estamos ante alguien con una psicosis tan grave que se cree con el derecho de hacer algo así a pesar de no haberse visto perjudicado personalmente.

—Y si fuera tu hermana la que hubiera sido víctima de Kyle Davenport, ¿seguirías creyendo que esto es excesivo? —pregunta Leonard con tono severo.

—Yo no tengo hermanas —respondo, antes de adentrarme en el caos.

Elise se acerca cojeando a mi lado y yo reduzco el paso para que pueda seguirme.

—¿Crees que este ha sido el golpe final? —pregunta Elise, echando un vistazo a la espantosa escena que tiene delante antes de volver a mirarme.

Es poco probable que esto sea el final porque la asesina no muestra señales de descontrol, como es habitual en estos casos.

—Sinceramente, no lo sé.

Lisa se acerca corriendo hacia nosotros, extrañamente pálida. Parece que está a punto de vomitar.

—¿Desollado y castrado? —le pregunto.

Ella traga saliva con dificultad.

—También le faltan los diez dedos de las manos.

Era de esperar.

—Hay algo nuevo, aparte de que lo hayan despellejado entero —dice, haciendo una mueca.

—¿El qué?
—Le cosieron los ojos para mantenérselos abiertos.

Capítulo 14

LANA

Es peligroso tener razón
cuando el gobierno está equivocado.
—Voltaire

—No puedes hacerle daño a Lisa —me dice Hadley cuando le lanzo otro cuchillo a la foto de la puta pesada a la que se está refiriendo.

Doy de lleno justo entre los ojos y me acerco para recogerlo.

—Solo me estoy desahogando, no planeando matarla —digo sin entusiasmo.

—Le estás lanzando un cuchillo a la cara.

—A su foto —puntualizo.

Noto que me fulmina con la mirada, pero decido ignorarla.

—Mejor no pregunto dónde aprendiste a manejarte tan bien con cuchillos.

Preparo mi siguiente disparo, lo ejecuto y le atravieso la garganta a Lisa con el cuchillo. Ya me gustaría. Lástima que eso no vaya a suceder. Al fin y al cabo, no puedo ir matando a gente solo por tocarme las narices.

Para mi desgracia.

—Venga. Logan no quiere que te dejemos sola, y por lo visto tengo que investigar la escena de un crimen —me dice Hadley antes de dejar escapar un largo suspiro.

—Es Kyle Davenport, y lo desollé vivo hasta que la palmó. Ahí lo llevas. Acabo de ahorrarte trabajo —afirmo sin rodeos.

Ella emite un sonido ahogado y yo me giro para mirarla.

—¿Quieres que te describa algunos detalles de todas las atrocidades que hizo para que se te borre esa cara de horror? —le pregunto.

Ella sacude la cabeza con énfasis.

—Mi estómago no soportaría escuchar nada más de lo que ha hecho ese psicópata. Lo que pasa es que… ¿Lo despellejaste vivo?

Asiento.

—Sip. Fui muy cuidadosa al arrancarle la piel poco a poco, y solo las capas más superficiales para que no se desangrara mucho mientras me entretenía.

Extraigo el cuchillo de la foto de Lisa (que imprimí desde el ordenador de Hadley) y luego la quito antes de tirarla a la basura y cubrirla con otros desperdicios.

—Eso no da ningún yuyu, qué va —murmura Hadley.

—Me dedico a torturar y matar hombres. Lo de dar yuyu va incluido.

Me mira fijamente y frunce los labios.

—Estás aún más distante de lo habitual.

—Normalmente puedo pasar más tiempo con Logan después de sacar a relucir mi lado más oscuro para hacer lo que hay que hacer. *Lisa* se ha empeñado en interrumpir esa dinámica esta mañana, y tiene suerte de que sepa controlar mi lado más violento. Ha metido las narices en el momento menos oportuno. Después de pasar por algo así, necesito un tiempo para calmarme. Es mi forma de mantener la cordura. He tenido que acortar los plazos, y con cada muerte he perdido una parte de mí misma.

La sigo y, cuando vemos lo colapsadas que están las calles, decidimos ir andando, caminando a buen ritmo por la acera.

—Estoy preocupada por ti, Lana. Me estás diciendo que te estás perdiendo a ti misma y que te cuesta no matar a Lisa.

Pongo los ojos en blanco.

—Si quisiera matarla, ya lo habría hecho mientras estaban todos distraídos con el cuerpo desollado de Kyle.

Ella sufre una arcada y yo sonrío.

—En serio. No sueles ser tan fría ni estar tan distante —dice mientras caminamos por el pueblo, donde el caos que he desatado está en pleno apogeo.

Quería ver las caras que pondrían cuando descubrieran a Kyle, pero sabía que no era buena idea estar presente. Jake y yo

condujimos como locos para llegar a tiempo y colgar el cadáver, y aún no he pegado ojo.

—Ya casi he terminado —digo mientras ignoro el temblor de mi mano.

Matar a Kyle del modo en que lo hice… Esforzándome al máximo para hacerle sufrir como se merecía en tan poco tiempo… Me costó mucho. Estaba muy acelerada y me desquité con él.

De lo único que me arrepiento es de no haber tenido más tiempo para alargar su sufrimiento.

—Sé que es una zorra, pero no merece ninguno de esos impulsos que tienes de apuñalar.

Levanto las manos de forma inocente mientras escucho distraídamente los sollozos de aquellas personas a las que puede que haya marcado de por vida. Desde hoy por la mañana, ya no temen al *sheriff* que *siempre* ha protegido a su hijo. Ahora temen a la única persona capaz de acabar con el intocable.

Ahora me pertenecen a mí.

El rebaño tiene un nuevo pastor al que temer. *Beee, perras.*

—No voy a apuñalarla. Te lo prometo.

No puedo controlar mis emociones como de costumbre. Las tengo a flor de piel, y los recuerdos que había reprimido tras cada asesinato han resurgido, despertando sentimientos que había congelado hace mucho tiempo. Me está matando no poder rematar todo esto ahora mismo. No poder golpear al *sheriff* antes de que se le pase el *shock* por lo de su hijo.

Quiero que se hunda en su dolor un poco más que unos simples instantes. Quiero que se derrumbe antes de dar paso a la siguiente fase.

—Te descuidaste a la hora de dejar pruebas. Deberías haberlo arrastrado.

—Me habrían pillado.

—Ahora saben que no actúas sola.

—Lo sé.

Le sonrío mientras ella pone los ojos en blanco y me esfuerzo por mantener la compostura con más dificultad de lo normal. Ahora

mismo mi fachada se tambalea, y no tengo tiempo para recomponerme antes de que llegue el momento de sacar el arsenal.

Tengo que dar el golpe pronto, pero no *demasiado*.

Me meto un chicle en la boca y Hadley refunfuña cuando ve a Lisa hablando con Logan y Leonard.

—Compórtate, por favor. Esto es la escena de un crimen, y no necesito que me des más trabajo con otra víctima —dice medio en broma medio en serio.

—Me portaré bien —digo con una sonrisa siniestra y los ojos clavados en Lisa mientras me imagino cómo serán sus gritos.

Tengo que controlarme de verdad antes que me dé por hacerle un cortecito.

No estaría bien.

—Hay testigos por todas partes —dice Hadley con voz cantarina.

No dejo de mirar a Lisa mientras intenta tocar a Logan. Él, muy prudente, se echa hacia atrás, impidiendo que ella le roce el brazo. Está de espaldas a mí, pero Lisa me ve y una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios.

Ay, si pudiera dejarle un par de cosas claras.

Hadley empieza a preocuparse otra vez y se coloca delante de mí para taparme la vista.

—No lo hagas. Estoy en esto contigo, pero no me gustan las peleas infantiles.

Levanto las cejas, pero, antes de que pueda decirle nada, la voz de Lisa nos interrumpe.

—Es lamentable que necesites una niñera constantemente, estás perjudicando al equipo —dice Lisa, porque es tan estúpida que se dedica a provocar a alguien que podría darle una paliza durante horas sin cansarse.

—Márchate de una vez —espeta Hadley, mientras fulmina a Lisa con la mirada.

Ella suelta una risita al pasar junto a mí y yo le escupo el chicle. Como tengo muy buena puntería, le da justo en la nuca, y lo hago con tanta fuerza que se le queda *bien* pegado.

Lisa jadea y se lleva la mano a la parte de atrás de la cabeza, mientras se gira con los ojos como platos: una imagen ridícula

combinada con la boca abierta.

Sonrío y meneo los dedos antes de seguir caminando hacia Logan.

Hadley gruñe mientras corre para alcanzarme.

—*Eso* es infantil —bromeo, sonriendo con orgullo.

Curiosamente, ya no tengo tantas ganas de apuñalar a nadie. Dudo que con escupir chicle a todas mis víctimas potenciales fuera a sentirme mejor, pero parece que con Lisa funciona.

Debería comprar más chicles.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —sisea Hadley, pero noto que está evitando esbozar una sonrisa tan inmadura como la mía.

—Es mejor que mandarle rosas de parte de un asesino en serie. —Me encojo de hombros y la sonrisa de Hadley se desvanece.

—¿Demasiado pronto? —pregunto, haciéndome la tonta.

Me hace una peineta y se marcha justo cuando Logan se acerca, observando con curiosidad nuestra interacción.

—No eres amigo de Hadley hasta que te saca el dedo al menos un par de veces —dice, sujetándome la barbilla e inclinándome la cabeza hacia atrás.

—Pues debemos ser íntimas amigas, porque a mí me lo hace bastante a menudo.

Él sonríe, pero percibo la tristeza en sus ojos y lo abatido que se siente. El cuerpo de Kyle iba a ser demasiado para él, y yo lo sabía antes de colgarlo para dejarlo a la vista de todo el pueblo.

No lo comprende.

Las palabras de Jake intentan colarse en mi cabeza, pero las ignoro, obligándome a concentrarme en el aquí y ahora.

—En cuanto termine este caso, me tomaré unas merecidas vacaciones y apagaré el teléfono durante al menos una semana. Nos iremos a algún lugar donde no puedan encontrarnos —dice, rozando mis labios con los suyos.

Me consuelo con esa ilusión, que me sumerge en una realidad lejana donde sigo siendo la Lana Myers que él ama y no la chica a la que persigue.

—Le tomo la palabra, agente especial Bennett.

Él sonríe contra mis labios, pero un fuerte grito nos obliga a separarnos.

—¡Mi hijo está muerto y tú estás aquí dándote el lote con tu novia nada más descolgar su cuerpo! —grita el *sheriff* indignado mientras se abalanza sobre Logan a toda velocidad.

Dos ayudantes nos atacan también, pero Logan lanza un puñetazo que impacta en la cara de uno de ellos antes de golpear al *sheriff* en el estómago, lo que detiene la embestida y hace que el muy capullo se doble de dolor.

Antes de que pueda contenerme, mis instintos toman el control y le doy un puñetazo en la garganta al tercer hombre antes de que me golpee. Él tose y abre mucho los ojos, pero entonces Leonard lo derriba al suelo mientras Donny se encarga del otro.

Los ojos de Leonard se encuentran con los míos y, por un breve instante, entro en pánico. Me he movido con mucha más precisión de la que se le supondría a Lana Myers.

—Buenos reflejos —dice, esbozando una sonrisa tensa mientras esposa al hombre que yace en el suelo.

Logan le da la vuelta al *sheriff,* lo empuja contra un árbol y le esposa las manos a la espalda.

—¡Quitadles las putas manos de encima! —grita Johnson, que carga contra nosotros—. ¡No podéis arrestar al *sheriff!*

—Ha atacado a un agente federal —dice Leonard—. Igual que estos.

—Yo no —se queja el que tiene debajo.

Leonard lo hace gritar de dolor cuando le aprieta aún más las esposas.

—No, tú has intentado atacar a una mujer *indefensa*.

No me gusta nada que me describa así. Es bastante insultante.

Me doy la vuelta y me alejo antes de que Johnson me cabree más de la cuenta. Logan produce en mí el efecto de un puñetero detonante, porque quiero reventarle la cabeza a Johnson incluso mientras él y Logan se enzarzan, gritando cada vez más.

La guerra ha comenzado y pronto despacharán a Logan. Hemos adivinado cada uno de sus movimientos. Ya les hemos hecho jaque

mate, pero ellos siguen pensando que estamos en mitad de la partida.

No puedo estropearlo clavándole un cuchillo a Johnson en el entrecejo en medio de un parque lleno de maderos y testigos.

Así que me voy. Cuento hasta diez. Luego hasta dos mil. Troto. Corro. Hasta medito, coño.

Pero las ganas de matar a esos hijos de puta están más vivas que nunca. Me estoy esforzando mucho por contenerme antes de la traca final. Ahora mismo parece casi una misión imposible.

Por primera vez, me preocupa perder la cabeza.

Así que llamo a la única persona a la que le importo lo suficiente como para conseguir que me calme.

—Distráeme —le digo a Jake, con el corazón a mil por hora—. Distráeme ya.

—Los penes de los patos tienen forma de sacacorchos —dice, y yo me detengo—. Pásate por aquí y te enseño fotos. Qué asco dan los muy guarros.

Pongo los ojos en blanco y me sorprendo sonriendo sin motivo alguno.

—¿Quiero saber por qué sabes eso?

—Tengo una cantidad enorme de información inútil en la cabeza, entre ella algunos datos de lo más perturbadores para momentos como este. Cuanto más aleatorio, mejor para desconcertarte, querida.

—No quiero ver penes en forma de sacacorchos.

—Entonces tiraré de gofres azules. Vente. Ahora mismo. Antes de que cometas una estupidez.

—¿Qué son los gofres azules?

Casi puedo oír su risa burlona.

—Ya lo verás. Te garantizo que no pensarás en matar durante un tiempo. Vas a necesitar un lavado de cerebro.

—Las cosas que hace una por no volverse loca —refunfuño, cambiando de rumbo para ir a investigar este asunto de los gofres azules.

Capítulo 15

Logan

Está prohibido matar; por lo tanto,
se castiga a todos los asesinos,
a menos que maten en masa
y al son de las trompetas.
—Voltaire

—Hola —digo, aliviado cuando Lana responde a la llamada.

No la culpo por huir de la locura que siguió a la agresión injustificada del *sheriff,* pero me preocupa que lleve horas sin contestar al teléfono.

El *sheriff* y sus ayudantes se están calmando en su comisaría. Johnson ganó la guerra de las detenciones, pero está perdiendo fuerza. Esta es una muesca más en el expediente que Collins está preparando contra él.

—Hola —dice con suavidad, su voz es un bálsamo calmante.

—¿Dónde estás?

Eché un vistazo por las cabañas, pero nada me indicaba que hubiera vuelto.

—Salí a correr. Me estaba… cabreando. No me gusta estar cabreada —dice con tristeza—. Espero que estés bien. No quería llamarte hasta estar segura de que no estabas con ellos.

—Estoy bien, Lana —respondo, sonriendo—. Créeme, puedo con unos cuantos policías paletos y un agente chapado a la antigua con complejo de superioridad.

—No los subestimes.

Oigo su voz detrás de mí y tiro el teléfono a la cama cuando la veo de pie en la puerta, con el pecho subiendo y bajando rápidamente y un ligero brillo de sudor en la frente.

—Cuelgan un cadáver del campanario y tú sales a correr —digo, con un suspiro, sin darme cuenta de lo tenso que estaba hasta este

momento.

—Estaban atacándote. Sabía que, si abría la boca, solo empeoraría las cosas —dice mientras se quita la chaqueta y entra en la habitación—. Y se me da fatal morderme la lengua.

Mi sonrisa se ensancha mientras me acerco y la atraigo hacia mí por la cintura.

—Puedo librar mis propias batallas, así que reserva esa lengua para otras cosas mejores —le susurro al oído, sintiendo su sonrisa, aunque no pueda verla.

Empiezo a dejar una hilera de besos por el cuello y ella pega su cuerpo al mío.

—Me hacía falta esto —dice, mientras me abraza con fuerza.

Aunque me gustaría hacer algo más que abrazarla, me doy cuenta de que también es lo que necesito en este momento. Sobre todo porque está tan loca como para pasearse por un pueblo donde acaban de despellejar vivo a un hombre. ¿Por qué no puede ser normal y quedarse encerrada en la cabaña?

Me va a salir una úlcera por su culpa.

—Nos iremos tan pronto como termine este caso. Solo tú y yo y una playa muy muy lejana.

—Sé que dijiste una semana, pero… ¿no puede ser un poco más? —pregunta ella, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Y si invito yo?

—No puedo coger más de una semana seguida con toda la carga de trabajo que tenemos, pero puede que pronto sí. Y yo correré con los gastos.

Ella pone los ojos en blanco antes de apoyar la cara en mi pecho y seguir aferrada a mí.

—Te quiero —digo en voz baja.

Me abraza con más fuerza mientras el bullicio se vuelve cada vez más intenso al otro lado de la ventana, donde todos me están esperando.

—Yo también te quiero —dice con un suspiro largo—. Tienes que irte, ¿verdad?

—Es lo que pasa cuando tienes que encontrar al tipo que acaba de desollar vivo a un individuo adulto.

Ella asiente y da un paso atrás, limpiándose el ojo.

—Cierto. Perdona.

—¿Estás bien? —le pregunto, agarrándole la barbilla con suavidad para que me mire.

Me mira con ojos vacilantes. Siempre me da todo sin pedir nada a cambio. Aun así, percibo una pregunta en su mirada y me siento dispuesto a hacer lo que ella quiera. Incluso si eso implica abandonar este caso y salir de aquí.

Pero en realidad todavía me queda mucho por descubrir en este pueblo extremadamente injusto mientras finjo centrarme únicamente en el asesino que nos ocupa. Aunque, teniendo en cuenta que Johnson y el *sheriff* ya están conspirando para acabar conmigo, supongo que podría dejar de fingir. A estas alturas ya saben que estoy haciendo algo más que recopilar información sobre el asesino. Joder, prácticamente lo he gritado a los cuatro vientos.

Estoy preparando todo un puto caso en su contra.

Pero es muy difícil hacerlo sin tener pruebas físicas.

—¿Qué necesitas? —le pregunto cuando se queda callada.

—Esta tarde, si tienes oportunidad, ¿crees que podríamos pasar un par de horas juntos?

Es la primera vez que me pide algo así. Normalmente soy yo el que necesita que se adapte a mi horario de locos, por no mencionar las veces que ha tenido que soportar amenazas de muerte.

—Puedo tomarme toda la tarde libre —digo, acariciándole la mejilla con los dedos.

Ahora mismo no puedo permitírmelo, y menos con Johnson confabulándose con el director mientras hablamos. Pero eso me lo guardo para mí.

—Solo un par de horas —dice con una sonrisa tenue—. Sé que tienes muchas cosas de las que ocuparte.

El murmullo del exterior va en aumento, y me inclino para besarla en los labios.

—Volveré a las siete y entonces seré todo tuyo durante el resto de la noche.

Ella cierra los ojos cuando la toco, como si
absorbiera la sensación de mi mano en su mejilla.

—Vale —dice con voz suave, abriendo los ojos para mostrar esos inquietantes ojos verdes que se han grabado para siempre en mi memoria.

Le doy un beso rápido y me dirijo hacia la puerta con la sensación de estar haciendo algo malo. Hasta ahora, nunca la había notado tan vulnerable.

Cuando salgo, hay gente haciendo cola, todos hablando al mismo tiempo. ¿Qué narices pasa? ¿Cuánto tiempo llevo dentro? Esto no estaba así cuando entré.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Elise.

Se vuelve hacia mí con expresión impasible.

—Al parecer, todo el mundo ha recuperado la memoria y ahora tienen prisa por contar lo que pasó hace diez años, además de lo ocurrido antes y después. Vamos a pasarnos el resto de la noche tomando declaraciones.

Hay gente en fila a lo largo de toda la calle, y me paso la mano por el pelo. Me giro y veo a Lana de pie en el porche, con la mirada fija en la larga cola de personas dispuestas a desentrañar los secretos que llevan tanto tiempo guardando.

La frialdad se ha vuelto a apoderar de sus ojos.

Es como si les guardara rencor.

El miedo siempre es un buen incentivo para que la gente se sincere.

Me vuelvo hacia Leonard y él me hace un gesto para que me acerque.

—Se supone que debo ir con Donny al forense para recoger el informe sobre Davenport —le digo.

—Voy yo contigo. Él se encargará de ayudar con todo este follón y de lidiar con los ayudantes del *sheriff,* que no hacen más que presentarse aquí para tratar de disolver la fila. Como era de esperar, nadie se achanta. Supongo que tienen más miedo a un asesino capaz de desollar a un monstruo que a los hombres que los han tenido acobardados durante quién sabe cuánto tiempo.

Niego con la cabeza, dejando atrás el barullo.

En cuanto nos subimos al coche, arranco y empiezo a conducir.

—¿Has localizado a Jacob Denver? —pregunto.

—Según su contestador automático, está en California por motivos laborales.

—No me digas —murmuro—. Qué conveniente. Averigua si hay algo que lo demuestre.

—Alan confirmó que se utilizó el billete de avión y que alguien se registró en un hotel de California a su nombre. Está revisando las imágenes de las cámaras de seguridad, pero ambos sabemos que es difícil verle la cara a alguien en una silla de ruedas con una gorra de béisbol. Si está involucrado en todo esto, imagino que lo habrá planeado con mucho cuidado. Aunque no sea realmente él, podrá demostrar su coartada.

Da golpecitos con los dedos en el salpicadero como si estuviera nervioso, y yo lo miro de reojo.

—¿Qué te pasa? —pregunto, con curiosidad.

—Tengo la sensación de que no te va a gustar lo que voy a contarte ahora.

—¿El qué?

Se gira para mirarme y yo me detengo en un semáforo.

—El director ha tenido muy vigilado a Alan, así que le pedí a un viejo amigo que investigara un poco más. He descubierto que Jacob Denver tiene otro negocio en el que es, básicamente, un socio en la sombra.

—Vale…

—¿Recuerdas que te dije que tenía una teoría, pero pensaba que era errónea? ¿Y que luego descubrimos que nuestro sospechoso tenía un cómplice?

—Claro. ¿Por qué te estás poniendo tan nervioso? —pregunto, confundido.

—¿Te suena de algo el nombre de Kennedy Carlyle?

Me quedo pensando, tratando de hacer memoria.

—El apellido Carlyle sí… Mierda. Así se apellidaban los conductores ebrios que conducían el coche que mató a Jasmine Evans.

Él asiente despacio.

Da golpecitos cada vez más fuertes con los dedos, más alterado de lo que nunca lo había visto.

—Al principio pensé que se trataba solo de una casualidad. Fui al hospital para preguntar por Victoria Evans, pero cuando mencioné a una chica de dieciséis años que había sufrido un accidente de coche en esa fecha, me dijeron que ya habían hablado con un agente del FBI sobre ella. Me quedé desconcertado hasta que me entregaron un expediente sobre Kennedy Carlyle en lugar del de Victoria Evans. No pudieron mostrarme mucho, pero me resumieron lo más importante.

—Me he perdido, Leonard —me quejo.

—Hadley Grace les llamó para preguntarles por Kennedy. Típico de ella.

—¿Para qué?

De repente se cuela entre los asientos y me da con la cadera en el hombro al pasarse a la parte de atrás.

—¿Pero qué cojones estás haciendo? —le recrimino, apartándome cuando vuelve a golpearme el hombro.

—¡Perdón! —exclama mientras se acomoda en los asientos traseros—. Solo quería asegurarme de estar fuera de tu alcance.

Levanto las cejas hasta que casi me llegan al nacimiento del pelo.

—Mira, me parecía totalmente absurdo, pero me cuesta creer en las coincidencias —continúa divagando.

—Leonard, te juro que estoy a esto de perder la paciencia. —Junto los dedos para mostrarle exactamente la poca que me queda.

—Hadley siempre investiga a las chicas con las que tienes algo —dice al fin.

—Me doy cuenta de que todo el mundo piensa que voy de flor en flor, pero nunca he oído hablar de Kennedy Carlyle —le digo secamente—. Y no salgo con tanta gente como dicen los rumores.

—Estaba en el hospital la misma noche que Victoria Evans… La misma noche en que murieron tanto ella como Marcus Evans.

—¿Y qué pasa?

—Que me parece demasiada coincidencia, teniendo en cuenta que sus padres fueron los culpables de la muerte de Jasmine Evans. Así que seguí indagando. Kennedy Carlyle se cambió el nombre hace mucho. Diez años para ser exactos. Además, abandonó el hospital

en contra de las indicaciones del médico el día después de someterse a la operación que le salvó la vida.

—¡Maldita sea, Leonard! —grito.

—¡Vale! Está bien. —Respira hondo—. Antes de contarte esto, debes saber que no mantiene ninguna relación sentimental con otros hombres. Lo he investigado muy muy a fondo. De hecho, ha tenido muy pocas relaciones amorosas a lo largo de los años.

—¿Y a mí eso qué coño me importa? —gruño.

Recorre el coche con la mirada mientras yo lo miro fijamente por el espejo retrovisor.

—Se fue con Jacob Denver. Los dos son propietarios de una tienda *online* de compra, venta e intercambio. Y Kennedy Carlyle ahora se llama Lana Myers.

La sangre se me hiela en las venas mientras todo el oxígeno abandona mis pulmones de una forma dolorosa. El coche derrapa hasta detenerse bruscamente y Leonard se agarra al respaldo del asiento delantero.

—El cinturón —murmura, haciendo una mueca—. ¿Cómo me he olvidado del cinturón?

Escucho en los oídos el latido de mi corazón acelerado. Me sujeto al volante con todas mis fuerzas mientras miro al frente, pero no veo nada.

—Te quiere, Logan. Creo que deberías saberlo antes de hacer nada.

Algo se enciende con un estruendo y el silbido del fuego me saca por un instante de mis pensamientos en el momento en que las llamas se propagan por una de las paredes del ayuntamiento. La gente tropieza y se queda mirando con la boca abierta mientras van apareciendo palabras, esta vez escritas con fuego.

CORRED. ANTES DE QUE ESTE PUEBLO ARDA
HASTA LOS CIMIENTOS.
CORRED. CORRED. CORRED.

—No —digo en voz baja, negando con la cabeza—. No. Es imposible que sea Lana.

—Eso pensaba al principio —responde demasiado bajo—. Entonces leí los resultados de la autopsia de Plemmons. Lana tenía algunos moretones. Plemmons estaba cubierto de ellos. ¿Te parece normal que un hombre que había sometido fácilmente a tantas mujeres en el pasado acabara corriendo hacia una navaja después de recibir una paliza? Nunca lo investigamos por…

—Hadley —susurro con voz ronca.

—Sí. Hadley. Y entonces llegó el caso del pedófilo que había abusado de…

—Hadley —repito, sintiendo cómo las ataduras de la traición me aprietan cada vez más, como si se convirtieran realmente en una soga alrededor de mi cuello.

—Sí —murmura, con la voz cargada de lástima—. Obviamente, cree en todo lo que Lana le ha contado sobre su misión. Después de lo que Hadley pasó, no es de extrañar. Yo también lo comprendo, pero… no entiendo cómo puede actuar en nombre de otra persona sin mostrar signos de sufrir brotes psicóticos. Siento que hay algo que se me escapa.

A medida que la verdad va calando lentamente en cada uno de mis huesos, voy sintiendo más opresión en el pecho, hasta que me deja totalmente paralizado.

—Te quiere de verdad —dice en voz baja desde la parte de atrás—. Lo he visto, Logan. Lo arriesgó todo para…

—*Cállate* —lo digo con voz ronca, incapaz de añadir nada más porque se me hace un nudo en la garganta.

Los coches nos adelantan mientras permanecemos parados en medio de la calle, y yo sigo con la mirada perdida.

Cada mañana me despertaba y pasaba el día preocupado por su seguridad, temiendo cada segundo que estaba lejos de ella. Y cada noche se iba a dormir cargada de secretos, seguramente riéndose de mí.

—Eres perfilador —dice Leonard, haciendo caso omiso de mi petición de que se calle—.
Sabes que lo que ella siente no es fingido. No hagas ninguna

tontería, Logan. Puede que seas lo único que la mantiene anclada a la realidad, y si la quieres… No olvides la historia de Katie.

Resoplo con desdén mientras el corazón me late desbocado en el pecho.

—Que. Te. Calles.

En lugar de ir a la oficina del forense, doy media vuelta y regreso a las cabañas.

—No se lo cuentes a nadie todavía. Quiero que lo confiese ella —le digo con un tono de calma letal.

—Te pido que no hagas ninguna tontería, Logan.

Aprieto el volante con más fuerza, con la traición corriendo por mis venas llenas de amargura.

He amado a una asesina de la que no sabía nada. He amado a una chica que estaba tan obsesionada con una familia muerta que acabó matando, o a la que un hombre manipuló aprovechándose de su psicosis.

Sea como sea, esta noche pienso averiguarlo.

Capítulo 16

LANA

Las lágrimas son el lenguaje
silencioso del dolor.
—Voltaire

Justo estoy saliendo del baño acomodándome la toalla cuando Logan entra por la puerta del dormitorio y me da un susto de tres pares de narices.

—Casi me provocas un infarto —me quejo, agarrándome el pecho.

A pesar de que él mantiene una expresión muy seria, yo esbozo una sonrisa.

—¿Has vuelto para el circo que hay montado fuera? —pregunto, recolocándome la toalla.

—Se han ido todos. Esta vez ha aparecido un mensaje escrito con fuego. Seguro que se ha corrido la voz. En los pueblos pequeños las noticias vuelan.

—Es una mala costumbre que tienen —balbuceo, y me trago cualquier otra cosa que pudiera querer comentar al respecto.

No deja de mirarme, y su expresión seria me inquieta cada vez más.

—¿Va todo bien? —le pregunto, preocupada.

—Sí —contesta, acercándose a mí.

No tengo oportunidad de preguntarle más porque de repente se abalanza sobre mí y me besa con violencia, aplastando mis labios contra los suyos. No hay ni rastro de la delicadeza y ternura habituales.

Es duro, exigente, casi punitivo, pero le devuelvo el beso, agarrándome a él. No sé muy bien cómo ha conseguido un rato libre, pero por mí estupendo.

—Te quiero —digo contra sus labios, con lo que me gano un beso aún más intenso, casi doloroso, mientras me levanta y me deja caer sobre la cama, colocándose encima de mí.

Él no me corresponde, posiblemente porque está demasiado ocupado quitándose la ropa, desesperado por poseerme. Cuando sus labios vuelven a encontrar los míos, no lo hace con más delicadeza.

Me separa las piernas con la misma fuerza bruta y luego me penetra. Grito sorprendida, dando gracias por mojarme tan fácilmente cuando estoy con él. De lo contrario, me habría dolido.

Y embiste cada vez más y más fuerte. Y así sigue, sin detenerse, moviendo las caderas con furia, sin ritmo alguno.

—Te quiero —le susurro al oído cuando interrumpe el beso y deja caer la cabeza al lado de la mía.

Una vez más, no me devuelve las palabras, y continúa follándome como un salvaje, con violencia y rabia. Por mucho que me guste, se me abre un hueco en el pecho, un dolor
sordo que crece y se expande por todo mi cuerpo.

Me aferro a él con más fuerza mientras se me escapa una lágrima y poco a poco me doy cuenta de lo que está pasando. Él me agarra por las caderas, me arquea y me toma como si fuera de su propiedad…, como si fuera algo que puede quebrar.

Otra lágrima. Y otra más. No es por el dolor físico, porque solo siento un placer intenso. Es porque no se tiene sexo con rabia a menos que se esté enfadado, y Logan está furioso.

Y me está usando.

Por última vez.

Me está castigando.

Porque lo sabe.

Pero aún no sabe toda la verdad.

Las lágrimas brotan más rápido, y yo las dejo correr. Ojalá esto no me gustase tanto, pero la carne lo disfruta incluso mientras el corazón se hace pedazos tras ella.

Grito, incapaz de contenerme cuando el orgasmo me atraviesa. Incluso mientras lloro por el dolor que siento en el pecho, el placer físico hace que mi cuerpo se estremezca de deseo.

Mientras él permanece dentro de mí, el corazón me palpita con fuerza, y cada latido lo destroza un poco más. Sabía que me dolería.

Sabía que me dejaría devastada.

No tenía ni idea de que, con cada segundo que pasara, me costaría más respirar.

—Lo sabes —susurro con cuidado, y la voz me sale tan rota que casi me chirría en los oídos.

Sale de mi interior con la misma brusquedad con la que empezó todo y me coloca las manos por encima de la cabeza. Ni siquiera me resisto, solo me fijo en que se niega a mirarme mientras me ata con sus esposas las manos al cabecero de hierro forjado.

Mis lágrimas caen implacables, llenándome de vergüenza, humillándome, arrebatándome cualquier atisbo de dignidad que me pudiera quedar en este momento.

Y me deja desnuda mientras él se pone la ropa sin decir una palabra hasta que está completamente vestido.

Sigue sin mirarme.

—No debería haberlo hecho —dice con amargura—. Pero, por otra parte, también debería haber sabido que llevaba varios meses acostándome con una asesina.

Finalmente, me mira fijamente con unos fríos ojos azules en los que no hay ni una pizca de afecto.

Existe el dolor, y luego está la agonía.

Hacía mucho que no sentía la agonía que provoco en mis víctimas.

Pero ahora la siento.

Es algo que te cala hasta los huesos, te revuelve las entrañas y es tan poderoso que te pulveriza por dentro. Desnuda y esposada a la cama, mientras lloro lágrimas ardientes de dolor, intento ignorar la agonía que no deja de desgarrarme con una violencia implacable.

Pero es inútil.

Todavía estoy demasiado sensible por las heridas que abrí anoche.

Estoy demasiado enamorada como para fingir que no me importa.

Y el desamor es demasiado real como para no notarlo en cada fibra de mi ser.

Ya no quiero ser una romántica. Duele demasiado, joder.

—Logan, yo…

—Tú te callas la puta boca, Lana —espeta, con los ojos cubiertos de lágrimas no derramadas—. Te quería. Me preocupaba por ti. ¿Y tú? ¡Lo único que has hecho es mentirme, joder! ¡Me has usado!

Intento volver a hablar, pero él me tapa la boca con la mano, apretándola con tanta fuerza que me duele. Esto es lo peor que podría hacerme.

Silenciarme.

Fue lo peor de todo.

Que me silenciaran, que nadie quisiera escucharme.

Ahora la única persona a la que me he abierto lo suficiente como para enamorarme me está silenciando.

Intento aferrarme a la ira, busco la frialdad, pero solo encuentro más tristeza y lágrimas que caen con demasiada libertad.

Pero él no siente nada. Es como el hielo. Y encima pone en duda mis sentimientos.

—Estás enferma. Necesitas ayuda. Y sinceramente no tengo ni puta idea de qué hacer contigo ahora porque… ¿Sabes qué? Averigua tú el motivo. Tú has montado este lío, me has involucrado en él sin importarte lo más mínimo cómo me afectaría, y ahora aquí te quedas, rumiando lo que pasará ahora.

Él se gira bruscamente y yo me trago mis palabras.

—Kennedy Carlyle —dice por lo bajo—. Es que es para cagarse, vamos.

Tengo en la punta de la lengua la explicación de todo, pero finalmente esa frialdad me invade, aliviando parte del dolor mientras cierro los ojos y la busco…, imploro que llegue.

Jake tenía razón. Logan nunca me habría elegido.

Acaba de demostrarlo.

Ni siquiera me ha preguntado.

Ni siquiera le ha importado.

En cuanto pega un portazo y se marcha, abro los ojos lentamente y me quedo mirando a la nada mientras deslizo las muñecas por la barra. Mi cuerpo funciona en piloto automático y con el pie busco mi bolso y lo levanto.

No aparto la mirada de la pared mientras el frío se apodera de mí, recorriendo mis venas con una fuerza renovada. No quiero sentir nada, pero para eso necesitaré más tiempo. Tendría que matar a más gente de la que puedo hoy.

Perderé mucha más alma de la que acabo de recuperar.

Mientras busco el kit de ganzúas y lo palpo con los dedos para encontrar las herramientas adecuadas, sigo mirando al frente, ya que no necesito los ojos para nada. Normalmente no se me da muy bien forzar cerraduras, pero, al parecer, que te arranquen el corazón es un incentivo añadido para hacerlo bien.

Después de soltarme, me levanto lentamente de la cama, me visto, cojo mis cosas, hago la maleta y salgo tranquilamente de la cabaña, como si no tuviera prisa. Tengo la mente prácticamente en blanco. Aunque no puedo contener las lágrimas, la frialdad se hace cada vez más intensa.

En cuanto llego a la nueva localización que Jake ha preparado tras abandonar la cabaña de caza de su padre, me encuentro con mi mejor amigo.

Levanta la vista y palidece cuando caigo de rodillas, con el cuerpo agotado por el dolor que intento reprimir con todas mis fuerzas.

Pensé que el amor me arrancaría el corazón.

Pensé que me envolvería en llamas.

En cambio, me ha convertido en hielo.

Fin del libro 4

Sobre la autora

S.T. Abby era uno de los muchos seudónimos de la autora superventas del *USA Today* C.M. Owens, también conocida como Kristy Cunning. Le encantaba escribir tantos subgéneros que no podía quedarse con un solo nombre. Pasó de las historias ligeras y alegres a las oscuras y un poco retorcidas. (No te preocupes, retorcidas pero divertidas). Quería que todo el mundo encontrara lo que le guste, desde el romance sobrenatural e historias de amor *new adult* hasta el lado más oscuro de la novela romántica. Nació y se crio en un pequeño pueblo de Alabama, donde cada uno se buscaba el entretenimiento como podía y quizá acababa cojeando al día siguiente. Se pasaba los días escribiendo, ayudando a su hijo con los deberes y jugando a videojuegos. Las palabras de S.T. Abby siempre serán un refugio para quien las lea.

Título original: *All the Lies (Mindf*ck 4)*

Edición en formato digital: junio de 2026

Copyright © 2016. ALL THE LIES by S.T. Abby
© de la traducción: Gema Pereira Silvestre, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-57-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

CAPÍTULO **1.** Logan
CAPÍTULO **2.** Lana
CAPÍTULO **3. Logan**
CAPÍTULO **4.** Lana
CAPÍTULO **5.** Logan
CAPÍTULO **6.** Logan
CAPÍTULO **7.** Lana
CAPÍTULO **8.** Logan
CAPÍTULO **9.** Logan
CAPÍTULO **10.** Lana
CAPÍTULO **11.** Logan
CAPÍTULO **12. Lana**
CAPÍTULO **13.** Logan
CAPÍTULO **14.** Lana
CAPÍTULO **15.** Logan
CAPÍTULO **16.** Lana
Fin del libro 4
Sobre la autora
Créditos
